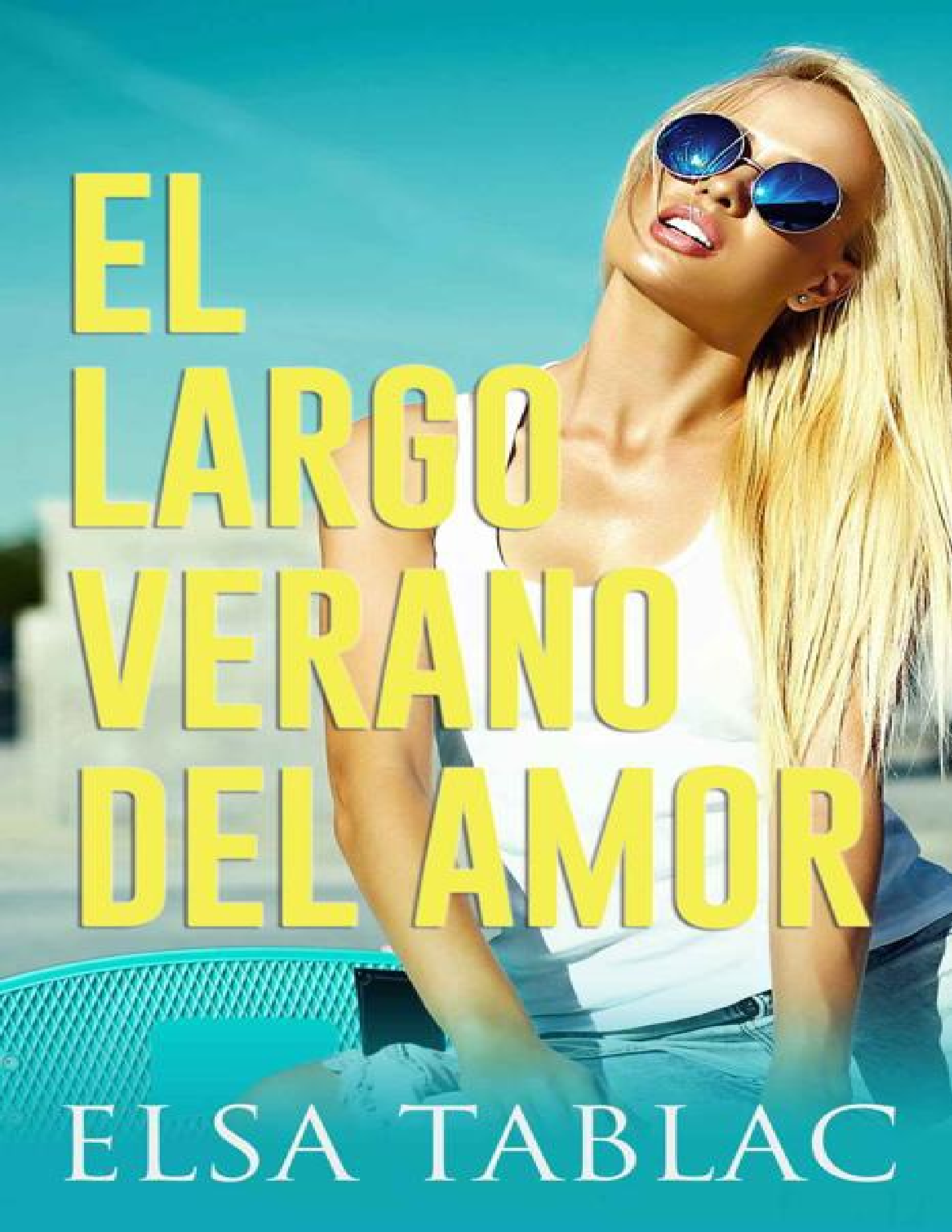
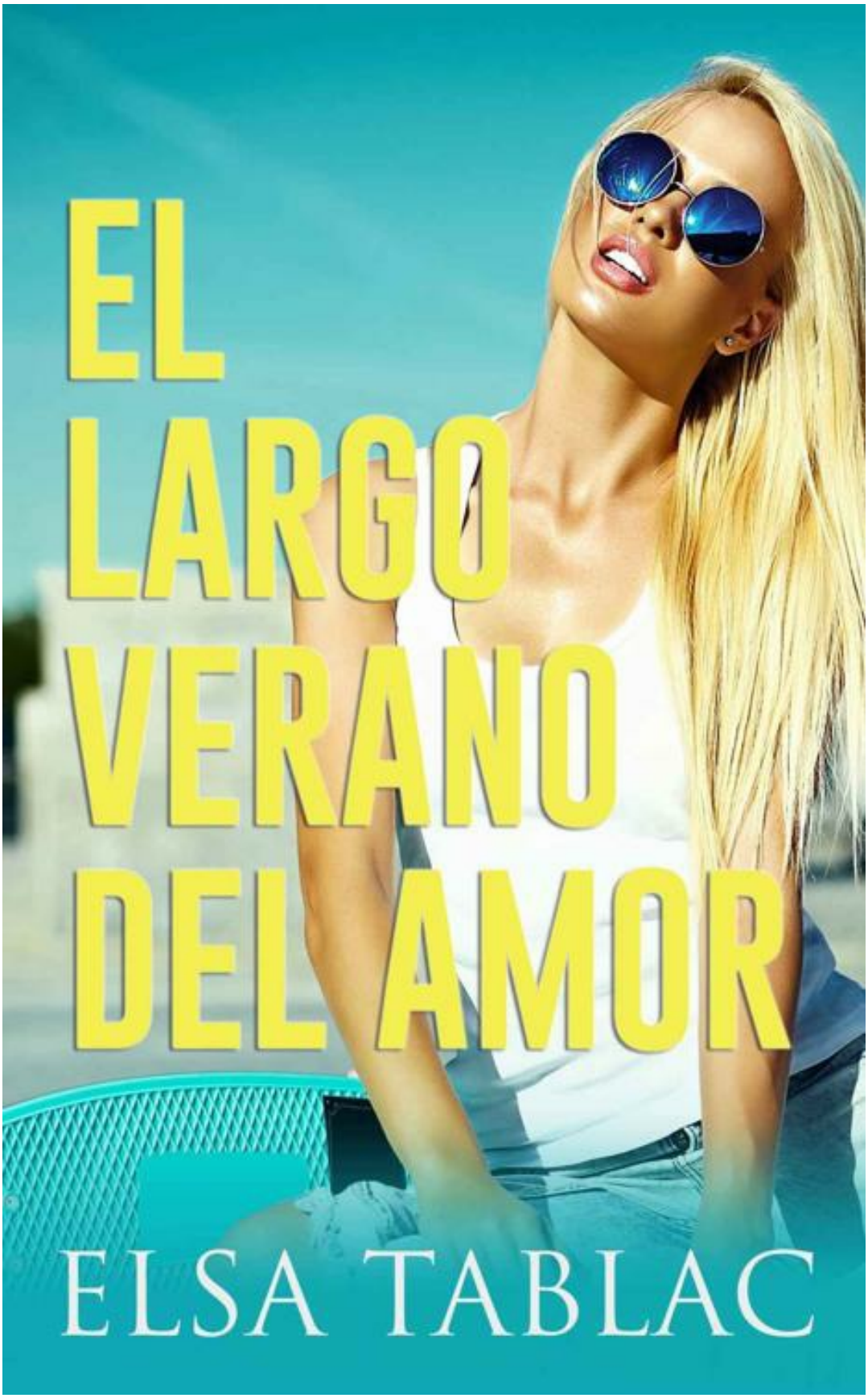

EL LARGO VERANO DEL AMOR
ELSA TABLAC


EL
LARGO
VERANO
DEL AMOR
ELSA TABLAC

Contenido

Créditos
NOTA DE LA AUTORA
UN AMOR FEROZ
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
EPÍLOGO
Un amor oculto
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
EPÍLOGO
Un amor desértico
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
EPÍLOGO
NEWSLETTER
Otros títulos

EL LARGO VERANO DEL AMOR

Primera edición: Octubre 2023

Copyright © Elsa Tablac, 2023

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Esta recopilación incluye 3 historias previamente publicadas. Aunque se pueden leer de forma independiente, el hilo conductor es Alice, uno de los personajes secundarios, que aparece en los tres relatos.

EL LARGO VERANO DEL AMOR incluye:

UN AMOR FEROZ
UN AMOR OCULTO
UN AMOR DESÉRTICO

Un amor feroz

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

LOGAN

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —me preguntó James, mientras clavaba la mirada en la figura que tenía sobre una de las estanterías de mi despacho: un lobo de resina de treinta centímetros que tal vez era un poco excesivo. Como yo. Yo también soy excesivo.

Desperté de mi ensoñación.

—¿Hacer qué?

—Sobre lo que han publicado. Porque supongo que es mentira, ¿no?

Me encogí de hombros.

—No me preocupa lo más mínimo. No voy a molestarme en desmentir ni confirmar nada.

—El lobo de Baltimore tiene cosas mejores que hacer, supongo —dijo James, riéndose.

—Bah. Solo son tonterías de Internet, Willis. Tengo otras cosas en la cabeza.

Se levantó y salió de mi despacho, después de ofrecerme una de sus miradas condescendientes. Así, sin más, sin despedirse. James Willis era, además de mi socio, mi mejor amigo. Me conocía mejor que la mayoría de miembros de mi familia. Supongo que en el fondo intuía que no me podía molestar que publicasen algo así.

Así me conocen en Nueva York.

Para ellos soy *el lobo de Baltimore.*

Logan Wolf. Despiadado y muy poco escrupuloso. Dos atributos muy útiles en el mundo de las finanzas, por cierto.

Me levanté del borde mi mesa blanca y minimalista y me acerqué a la ventana, pensando todavía en las palabras de James. ¿Qué si iba a hacer algo? Uhm. Tal vez, pero no lo que él creía.

Si me paraba a pensarlo, era todo bastante ridículo. Había coincidido con ella en la inauguración del nuevo restaurante de Tom Billingham.

Ella.

Faith Bell.

Sí. *Esa* Faith Bell.

La estrella del pop. La de los números estratosféricos.

Faith y yo nos encontramos durante unos minutos en la barra donde servían unos excelentes cócteles. Creo que tuve que parpadear para asegurarme de que era ella. ¿Qué hacía Faith Bell allí? No era especialmente fan de su música —aunque visto lo visto no me importaría—, pero sabía perfectamente quién era.

¿Cómo no saberlo?

Era demasiado famosa.

¿Y cuál es el criterio que determina cuando alguien es famoso?

Para mí es muy fácil: si tu madre sabe quién es, entonces es famoso.

Y mi madre, la señora Reese Wolf, al parecer, sabía muy bien quién era Faith Bell, pues esa misma mañana me despertó con una de sus frecuentes llamadas para decirme que había leído en *Big Star*, una página web de cotilleos, que yo estaba saliendo con la cantante Faith Bell.

O más bien que ella estaba saliendo con un pequeño tiburón financiero de Wall Street, y que habían sido vistos juntos, "en actitud romántica", en el interior de un restaurante.

Obviamente, mi primera reacción fue reírme.

—Dime que es cierto —dijo mamá al otro lado de la línea.

—Oh, por favor. Qué más quisiera que Faith Bell me hiciera caso, mamá. No entiendo de dónde han podido sacar esa noticia. Es surrealista. No puedes llamar para contarme estas cosas a primera hora de la mañana.

—Pero, ¿coincidiste con ella?

—Sí, durante tres minutos, exactamente. En la barra de un restaurante. La saludé de forma educada, como siempre me has enseñado. Poco más.

—Ahora mismo te envío el *link*. Me parece que esta noticia va a correr como la pólvora, hijo.

—Ugh, mamá…—aparté un segundo el teléfono de mi oreja para ver qué hora era—. Déjame que me tome un café al menos. Te llamo más tarde.

No tuve que esperar a que mi madre me enviase el enlace de aquella web de cotilleo. Directamente busqué en Google. Después, perplejo, me dirigí a la cocina y puse en marcha la cafetera. A decir verdad era un milagro que tuviese café en casa. No tenía ni la menor idea de cuestiones domésticas como tener cosas en la nevera. Siempre comía fuera o mi *chef* traía todo lo que necesitaba para asegurarse de que me acordaba de comer.

Encontré enseguida la noticia. No tenía ningún sentido, pero ahí estábamos, en la foto, indudablemente Faith Bell y yo mismo, conversando muy cerca el uno del otro. Me quedé perplejo, tratando de recordar el momento exacto en el que habían hecho esa foto. ¿Tanto me acerqué a ella? Observé mi mano, posada peligrosamente sobre la parte baja de su espalda. Dios mío, ¿llegué a tocarla? No podía recordarlo. Habría sido un acto reflejo.

El texto que acompañaba a la imagen era pura bazofia y el título estaba redactado con la única intención de acumular clics.

No, por supuesto que yo no estaba saliendo con Faith Bell.

Me quedé absorto, mirando la foto que daba lugar a error.

Ella era preciosa. Deslumbrante. Temblaba solo con recordarlo. Me había sentido como un absoluto trapo a su lado. No podía ni imaginar que Faith Bell se fijase en mí y aquel artículo sensacionalista y grotesco había disparado mi imaginación.

No sé qué prejuicios tenía, pero en aquel momento, con un café en una mano y mi iPhone en el otro, mirando sus últimas publicaciones en Instagram, me pregunté si en alguna dimensión existiría la posibilidad de que alguien como Faith Bell se enamorase de mí.

La verdad: no solía tener ese tipo de dudas.

No soy un tipo al que se le resistan las mujeres. Eso sí, solo soy consciente de eso en los pocos momentos en los que me interesa alguna en concreto. Escasos momentos. Tengo demasiado en la cabeza, demasiado que pensar siempre, mi tiempo consciente durante el día está cien por cien volcado en las finanzas, en hacer que los números se multipliquen, y en los planes de ocio que me propone James de vez en cuando. Me gusta hacer crecer mi fortuna y emplearla en lujosos accesorios y propiedades. Sabía muy bien que no existía hasta la fecha una mujer que

lograse apartar mi mente de eso.

De mis objetivos.

Así es como he conseguido todo lo que tengo.

Dedicándole el cien por cien de mi tiempo y mi energía.

¿Una estrella del pop? ¿Una cantante de éxito que sale de gira y graba canciones continuamente?

Una carcajada espontánea me sorprendió allí, solo, en medio de la cocina.

No te conviene nada de eso, Wolf.

Hice clic de nuevo en el enlace que me había enviado mi madre. Sería gracioso si no fuera porque, muy posiblemente, a Faith Bell no le haría ni pizca de gracia toda esa historia. Sobre todo si ya salía con alguien.

En ese momento decidí que el teléfono no era suficiente y que iba a revisar mi ordenador personal.

Atravesé mi ático palaciego en dirección a mi despacho, el espacio que usaba cuando no me apetecía ir a la oficina. Las oficinas son una cosa del siglo pasado. Siempre lo he pensado en secreto y debo reconocer que no he predicado con el ejemplo. Mi equipo acude a trabajar todos los días y yo solo aparezco por allí de vez en cuando. Me gusta pensar que soy como el Mago de Oz, presente e invisible al mismo tiempo.

Me senté y en lugar de atender los e-mails urgentes que me atenazaban todas las mañanas, busqué más información sobre Faith Bell. Lo que más me interesaba era ubicarla: ¿vivía en Nueva York?

No sé por qué, siempre había tenido la sensación de que las estrellas de la música tienen una vida itinerante. No se sabe muy bien dónde viven. ¿Los Ángeles? ¿Londres? ¿Miami? Se pasan la vida haciendo giras, grabando videoclips en sitios estrambóticos, ingresando en clínicas de desintoxicación en resorts perdidos en las montañas.

Ojalá fuera tan simple averiguar…

¿Quién es Faith Bell?

Busqué videos de entrevistas. No había demasiados. ¿Cómo era posible? Localicé un artículo sobre su persona en el que se afirmaba que no hablaba mucho con la prensa. Que se ocultaba deliberadamente y que era una de las pocas artistas de primera línea que desaparecía entre proyecto y proyecto. ¿Era eso posible en el siglo veintiuno? ¿Desaparecer cuando eres una de las personas más reconocibles del planeta?

Faith Bell poseía una belleza clásica y cautivadora. Era esbelta como un junco, de apariencia frágil que sin embargo se transformaba cuando subía a un escenario. Entonces se convertía en un animal sensual y vigoroso.

Traté de recordar la sensación que me produjo tenerla al lado. Si James hubiese estado conmigo en ese momento me habría dado un codazo y me habría instado a que le hablase, a que le dijese cualquier cosa por irrelevante que fuera. Y que luego tratase de introducirlo a él en la conversación.

Un momento, pensé, *¿James estaba allí?* Me había acompañado esa noche, pero no recordaba si estaba a mi lado ese momento o no. Vi a Faith y el resto de la humanidad desapareció.

Ese era nuestro *modus operandi* cuando salíamos por la noche en Manhattan. Yo me acercaba a la chica que a él le interesaba y después los presentaba. Total, a mí me daba exactamente igual. Toda presencia femenina me era indiferente. Pasado un rato, si él estaba cómodo, yo desaparecía de la escena. Me largaba a casa. Siempre solo.

Ese no fue el caso con Faith.

Faith.

Mi mente ya trabajaba para convertirla en humana, aunque nunca dejaría de ser una diosa.

Volví al artículo inicial, en el que aparecía nuestra foto, algo borrosa. La del enlace que me había enviado mi madre. El texto era irrelevante, en esencia una sarta de mentiras; pero aún así me fijé en quién lo había escrito.

Sharon Clash.

Sonaba a seudónimo ridículo.

Apunté aquel nombre en un post-it. Ya me ocuparía en algún momento de averiguar quién era exactamente la persona que había puesto su ojo distorsionado en una conversación fugaz y nos había robado aquella foto, malinterpretándola ante los ojos del mundo.

Antes de redirigir mi atención a los números, como cada mañana, me pregunté cuánto tardaría en olvidarme de ella.

Bien. No sucedió en unas horas. Ni tampoco al día siguiente.

Ni pasada una semana.

Aquella chica ya asaltaba mi pensamiento a lo largo de mi inercia diaria.

Preocupante, Wolf. ¿No crees?

CAPÍTULO 2

FAITH

Resoplé de forma teatral delante de Alice. Ella es una de mis mejores amigas y estaba desde hacía solo unas semanas integrada en mi equipo. Su trabajo era, en esencia, acompañarme a sitios y ofrecerme apoyo emocional. La había contratado para que facilitase mi transitar por el día a día.

—No tengo tiempo para esto —le dije, tratando de contener los nervios.

Cuando decía "tiempo", en realidad quería decir "energía".

Alice puso el teléfono en mi regazo.

Había aprendido muy rápido que ya no me importaba con quién me relacionasen. ¿Un tipo en un restaurante? Ni siquiera recordaba de qué restaurante me hablaba. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Como quieras, Faith —murmuró, sacando el iPad de su bolso.

Ahí teníamos mi agenda detallada para el resto del día. Consistía en una sesión de fotos para la revista Elle. Sin entrevista. No iba a conceder entrevista, y menos aún después de que una ridícula web de cotilleo publicase una foto mía con un tipo, posiblemente manipulada o retocada.

Pero supongo que aún no estaba lista para aparcar el tema:

—Es que ya ni me molesto, Alice. ¿Desmentirlo? ¿Para qué? Si tuviese que desmentir todas las mentiras que se publican sobre mí estaría todo el día en los medios de comunicación. Y ya sabes que eso no forma parte de mi visión ni de mi estrategia.

Alice asintió.

Le había costado entender la manera en la que yo me manejaba en el mundillo.

Esto era lo que quería: poca información sobre mí, pocas apariciones.

Solo música.

Porque solo la música y mis seguidores me habían llevado hasta la cima. Y quería vivir en paz en ella.

Alice tecleó frenéticamente en el iPad. Íbamos en un lujoso coche con las lunas tintadas, sorteando las calles de Manhattan en dirección al estudio de Burt Pink, el fotógrafo que me haría las fotos.

Estiré la mano y toqué el antebrazo de Alice.

—¿Bien?

Ella asintió y esbozó una sonrisa.

Aún no podía estar cien por cien segura de si Alice era la asistente idónea. Se había mudado de Los Ángeles a Nueva York hacía solo tres semanas, buscando un cambio profundo en su vida. Los últimos seis años los había dedicado a la producción cinematográfica, y estaba harta. Un rodaje problemático en Arizona le había ayudado a dar el salto, a tomar la decisión firme de dejar todo atrás y buscar un nuevo rumbo.

Ella decía que había tenido una suerte tremenda en cuanto le ofrecí el puesto. Era un cargo extraño, complicado de entender para quienes no pertenecen a nuestro mundo. Hay gente que piensa que simplemente se trata de pagar a nuestros mejores amigos para que nos hagan de paño de lágrimas y nos acompañen a los sitios. Para que nos entiendan. Pero Alice había demostrado desde el primer momento que iba a hacer mucho más, que iba a ayudarme a tomar decisiones.

Cogí el iPhone que me había tendido en un principio.

¿De verdad quería saber cuál era la última mentira publicada sobre mí?

Por lo general me provocaban risa.

Algunas de las últimas perlas que había leído en los últimos años:

Que adoptaba gatitos que después desaparecían misteriosamente.

Que acudía regularmente a reuniones de los Illuminati.

Que había protagonizado una pelea con una anciana en una cafetería del Soho.

¿Cuál era la última?

—Veamos.

Hice *scroll* por la pantalla hasta dar con la noticia.

Faith Bell: inesperada cita con un rico empresario de Wall Street.

—Y tan inesperada— susurré.

Sin ser consciente, estaba sonriendo.

Alice, sentada a mi lado, me observaba atentamente.

—Entonces, ¿no es cierto, no? No conoces a ese tipo…

Lo recordaba bien. Muy bien.

Me habían impresionado sus modales exquisitos y su cercanía. Me habló como si fuese una mujer anónima y no una estrella de la música. Recuerdo que por un instante me pregunté si aquel hombre sabía quién era yo.

Se había presentado educadamente. Me presentan a docenas de personas al cabo del mes y siempre olvido sus nombres.

Por alguna razón, el suyo se me había quedado grabado.

Logan Wolf.

Me dije a mí misma que era normal. Es un nombre memorable.

Nadie más podría llamarse Logan Wolf.

Leí aquel artículo basura, firmado por alguien a quien, imagino, jamás le había caído demasiado bien. Sharon Clash. No esperaba menos de ella.

Parecía bastante segura de lo que decía.

Un nuevo romance para Faith Bell. ¿El definitivo?

Un atractivo y rico empresario de Wall Street.

Era gracioso si no fuese porque algo en mí me decía que aquello hubiese sido posible. Wolf no era mi tipo. En absoluto. Y no porque no fuese irresistible. Lo recordaba bien. Tenía algo, era magnético y la forma de mirar, como si te desnudase de un plumazo ...nunca me había encontrado con un hombre así.

Pero era un financiero. De Wall Street.

Y yo jamás me he involucrado con ese tipo de hombre.

Lo mío, tal vez para mi desgracia, eran las mentes creativas. Sentía que solo alguien así podía entenderme, entender mi trabajo. Solo alguien como yo, enamorado de su arte, podría aceptar y comprender mis viajes, mis giras, mis jornadas interminables en el estudio. Sabía muy bien que solo otro músico me complementaría a la perfección. Un músico, un actor, un pintor.

Sí, me gustaban los hombres creativos, apasionados por algo que no fuese yo. Y tal vez por

eso me habían ido las cosas tan mal con ellos. Por eso me había resignado a permanecer soltera, comprometida con mi trabajo y mis fans.

Pero eso no quita que me sintiese sola cada vez que llegaba a casa, por la noche, después de doce horas en el estudio.

Hay gente que se pregunta si alguien como yo, como nosotros, pasa tiempo a solas.

La respuesta es no. Casi nunca.

Tengo un equipo de seguridad que vigila desde la distancia. Tengo un *chef* que acude donde esté para asegurarse de que no me desvío demasiado de mi dieta. Y ahora tengo a Alice, que es mis ojos y mi contacto con la realidad y el enlace con todas las cosas mundanas, tras la marcha de Sheela.

Mi mano derecha.

Pulsé el botón que me comunicaba con Thomas, el chófer.

—Un poco más de frío, Thomas.

Añadí un *por favor*.

Al instante, el coche se enfrió un poco.

—Este horrible calor me va a matar, Alice.

Ella arqueó una ceja.

—Estamos en agosto. Ni siquiera necesitas estar al aire libre, Faith.

Me reí.

En ese momento supe a ciencia cierta que había sido una buena decisión contratar a una de mis mejores amigas. No es tan fácil para mí rodearme de gente de confianza. Parecía evidente que Alice me iba a decir verdades, y no necesariamente lo que quería oír. Y es vital conservar a ese tipo de personas a mi lado.

Le devolví el iPhone para que me lo guardase.

—Definitivamente no voy a desmentir nada.

—¿Qué?

—Lo de Logan Wolf.

Alice me miró como si no supiese de qué le estaba hablando.

—El tipo del restaurante —aclaré.

—¿Sabes su nombre?

—Sí, claro. Hablé con él un poco. Me saludó. Sharon Clash puede escribir lo que quiera. No es un dechado de credibilidad precisamente. Para mí no es una periodista seria desde el momento en que se esconde detrás de un pseudónimo.

—Eso no lo sabemos seguro…

—¿Tú tienes idea de quién es?

—Mmm. no. Pero podría indagar un poco.

—Perfecto. Hazlo —le dije.

—¿Y cuándo la localicemos? ¿Quieres que hable con tu equipo de abogados y exploremos posibilidades?

—No, de momento no. Es solo que me gustaría saber quién es. A veces publica historias sobre mí. No puedo decir que se invente todo. Pero no me gusta no tenerla identificada. Temo que pueda ser alguien que está más cerca de mí de lo que creo.

Alice cogió su propio teléfono, abrió la aplicación de Notas y tecleó a toda velocidad.

—Veré qué puedo hacer —me dijo.

No soy una estrella del pop amable, sonriente y poco problemática. Soy molesta desde el

momento en que no soy del todo visible, que nadie sabe gran cosa sobre mí en una época en la que todo el mundo vuelca su intimidad en Internet.

No sé si tengo enemigos manifiestos, pero a veces pienso que esa tal Sharon Clash es una de ellos. Puedo palpar su hostilidad en cada una de sus líneas, en la manera en que selecciona las fotos que acompañan a sus artículos-basura sobre mí.

Y sin embargo, en ese coche, de camino a la sesión de fotos, no podía evitar cierto sentimiento de gratitud hacia ella.

Por esa foto, por esas líneas.

Por encuadrarnos.

Al rico empresario de Wall Street y a mí.

Ojalá ese *link*, esa no-noticia que flotaba sin sentido en la red, fuese una declaración de intenciones.

Ojalá mi camino se volviese a cruzar con el de Logan Wolf.

CAPÍTULO 3

LOGAN

Últimamente las miradas furtivas de admiración y —cierto— temor se habían convertido en un chiste en la oficina. *Tendría que haberme quedado en casa,* pensé. No solo tenía que aguantar los sermones de James al respecto, sino también las miradas risueñas y expectantes de mi equipo.

Había pasado una semana desde que mi madre me envió esa noticia de Big Star y las cosas no habían mejorado en ese sentido, precisamente.

Yo pensaba que en el año 2023 aquellas ridículas noticias duraban horas, un par de días a lo sumo. Pero no, la broma ya duraba demasiado. Concretamente, una semana.

Faith Bell y el Lobo de Baltimore eran la nueva pareja favorita de Internet. Ni siquiera existían más fotos —básicamente, porque no nos habíamos vuelto a encontrar—, pero aún así el bulo había crecido. Todo eran conjeturas, hipótesis estrambóticas, suposiciones, y sobre todo *memes*. Muchos *memes*.

Sandra Meek, mi secretaria, me miraba con los ojos brillantes, aguardando instrucciones. Por un momento había olvidado por completo qué hacía allí, en mi despacho, sentada en la silla que ocupaba normalmente con mi agenda entre las manos.

Sandra era una *assistant* a la antigua usanza, de las que apuntaba todo en papel. Si no fuese por lo eficiente que era, hacía tiempo que se lo habría prohibido, por un motivo evidente: si dejaba algo garabateado por ahí y alguien podía verlo, esa información podría llegar a manos indeseadas.

—¿Necesitas algo más? —le pregunté.

—Oh, día quince de agosto. Tu disponibilidad. Lloyd Davies quiere verte en su *resort*, en las Bahamas. Es decir, estás invitado. Así puedo reservar un vuelo privado.

Me encogí de hombros.

—No sé si es un buen momento para viajar a Bahamas —le dije.

Sandra parpadeó. No llevaba muy bien que me saliera del guión.

Sonrió nerviosa.

—Según mis notas, te has reunido con él y con su hermano allí los últimos tres años. Y siempre a mitad de agosto.

Me levanté.

Noté una molesta punzada en la sien.

—Lo pensaré. Lo dejamos por hoy, Sandra. Me marcho a casa, no me encuentro demasiado bien, y me parece que últimamente en esta oficina hay demasiado…jolgorio. Willis se queda al mando.

—¿Te encuentras bien, Logan? Puedo hacer que un médico te vea de inmediato, y en cuanto a la oficina…

—Oh, no, no. No será necesario. Últimamente he estado trabajando hasta tarde. Eso es todo —contesté.

—Sobre la oficina, decía que…creo que solo están un poco alterados por esos rumores que circulan acerca de Faith Bell…

Sandra dejó en el aire la segunda parte de aquel binomio cibernético. O tal vez quería que yo completase la frase, no lo sé. Por primera vez, me vi en la obligación de desmentirlo.

Respiré hondo.

—Creo que a estas alturas me conoces bien. Sabes que eso no es cierto, ¿verdad, Sandra? Lo de Faith Bell.

—Oh, no es asunto mío, Logan.

No. Por supuesto que no era asunto suyo. Pero estaba deseando obtener cualquier dato al respecto. Era evidente. Y yo sabía muy bien que si plantaba esa pequeña semilla de información en Sandra, era cuestión de horas que el resto del equipo dejase de especular.

Se lo aclaré aún más. Para que tomase buena nota.

—Pues no es cierto. Me la encontré en la inauguración de un restaurante hará unos diez días. Ambos estábamos en la barra, esperando un cóctel. La saludé un instante, y alguien hizo la famosa foto, a nuestras espaldas y desde bastante distancia. Y a partir de ahí, esa bola de nieve ridícula…De hecho, James estaba conmigo esa noche. Incluso diría que estaba a mi derecha, también en la barra. Supongo que alguien lo eliminó de la foto hábilmente…

—Oh…

—Qué sucede.

—Es solo que James no ha dicho nada al respecto. Me refiero a que cuando lo hemos comentado, quiero decir…cuando el equipo ha comentado sobre la posibilidad de que estuvieses saliendo con Faith Bell, cosa que a decir verdad nos entusiasmaría, y él estaba por la zona… bueno, simplemente no lo ha desmentido, Logan.

Noté una nueva y apremiante punzada en la sien que hizo que saltase de la silla.

—Ya. En fin, me temo que no puedo hacer mucho más al respecto. Me marcho ya, Sandra. Si hay algo verdaderamente urgente… intenta retenerlo hasta mañana, ¿ok?

—¿Busco al chófer?

—No, no. Hoy regresaré a casa en helicóptero. No estoy de humor para atascos. Voy a subir a la azotea.

Me acerqué al perchero, en busca de mi bonito abrigo de Armani. Cuando ya salía por la puerta recordé que había guardado el teléfono en el cajón. Volví y lo cogí, bajo la mirada circunspecta de Sandra.

No solía comentar intimidades como las que acababa de exponer, pero me interesaba atajar de inmediato los rumores acerca de mi no-relación con una famosa cantante. Quería desviar la atención. Necesitaba que mi equipo se olvidase del tema y me permitiesen volver a esas sombras en las que me movía con total comodidad.

Subí a la azotea del edificio y le hice una señal al piloto, para que pusiera en marcha el helicóptero.

Rara vez lo usaba para volver a mi casa de fin de semana, en el norte de Nueva York, fuera de la urbe. Generalmente de martes a jueves dormía en Manhattan, mi ático de la Tercera Avenida. Los fines de semana me retiraba de la ciudad.

Subí al helicóptero y levanté el dedo pulgar para ponernos en marcha. El trayecto hasta casa duraba apenas quince minutos.

Traté de relajarme mientras evitaba mirar hacia abajo. Nunca iba a superar mi miedo a las

alturas por mucha terapia que hiciese, y era irónico que mi vida transcurriese precisamente entre áticos, rascacielos y el dichoso helicóptero. Por eso trataba de concentrarme en mi ordenador portátil o contestar algunos e-mails o mensajes de texto que hubiesen acumulado. Y prefería el vértigo a los atascos.

Además, tenía muchas cosas en la cabeza.

Para empezar, el extraño comportamiento de James Willis y lo que acababa de decirme Sandra sobre él. Sabía muy bien que el rumor que se había extendido en la oficina era falso y no se había preocupado ni un segundo por desmentirlo, ni por avisarme. Por no decir que apenas lo había visto en los últimos días. Estaba *raro*. Había puesto una excusa barata para nuestra cena habitual —y copas posteriores— de los martes y apenas habíamos coincidido en la oficina.

Recordé lo que me había dicho cuando vimos la noticia por primera vez, *¿Supongo que es mentira, no?* ¿Por qué me había preguntado eso? Al final resultó que él *estaba* allí. Fue testigo de la brevísima conversación que tuve con Faith.

En fin, no podía preocuparme más por mi socio. Era un tipo obtuso y complicado y a veces se ofuscaba por razones incomprensibles.

Mi segundo dolor de cabeza se debía a esa reunión con los Davies en su resort de las Bahamas. El Hotel Paradiso. Sandra tenía razón. Era un encuentro que esperaba con cierta ilusión todos los años. Y siempre tenía lugar en la misma fecha, a mitad de agosto. Pero en esa ocasión no tenía demasiadas ganas de ir. No tenía ninguna excusa potente que presentarles, así que imaginé que tendría que aparecer por allí.

Mi tercera preocupación, la más latente, la más urgente, era directamente algo que me quemaba y que poco tenía que ver con aquel sol abrasador que caía sobre Manhattan en esas primeras semanas de agosto.

Faith.

Faith Bell.

Llevaba unas veinte horas dándole vueltas a una idea.

Llegamos a la zona habilitada en mis jardines para el aterrizaje del helicóptero. Respiré hondo. Inconscientemente agradecía cada vez que pisaba tierra firme después de bajar de aquel trasto y aspirar el aire incorrupto de las afueras de la ciudad.

Saludé a Cody, el jardinero, mientras me dirigía hacia el interior de mi casa.

Era mi refugio. No era el tipo más escrupuloso del mundo a la hora de gestionar mis negocios, —por algo me llaman el Lobo de Baltimore— pero una vez traspasaba aquellas puertas sentía que dejaba atrás aquella piel y aquella coraza; el disfraz de hombre invencible.

Me estiré en el sofá y observé la pantalla de mi iPhone, buscando las palabras que necesitaba.

Me habían dado un nombre: Alice.

Era su persona de confianza. La mujer que la acompañaba en su día a día cuando tenía compromisos profesionales. Había conseguido su nombre y su número de teléfono gracias a uno de mis contactos en Los Ángeles. Al parecer Alice era una ex productora de cine que había dejado todo atrás y se había incorporado hacía muy poco al equipo de Faith Bell.

Tal vez no se manejaba bien aún con sus nuevas tareas. Esto podía ser un inconveniente o todo lo contrario.

Marqué su número y esperé.

Descolgó a la tercera llamada.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Logan Wolf. ¿Hablo con Alice?

—Así es.

Intenté que no me temblara la voz.

—Estoy tratando de localizar a la señorita Faith Bell.

Hubo un pronunciado silencio al otro lado de la línea.

—¿Puedo saber de qué se trata, señor Wolf?

Yo no soy alguien acostumbrado a las trabas ni a las puertas entreabiertas.

—Preferiría comentárselo personalmente a Faith.

Pareció dudar un instante.

—Está ocupada ahora mismo. Puede contármelo a mí y le pasaremos el recado.

—Alice, imagino que sabes quién soy, ¿verdad? Se habla mucho de nosotros últimamente. De Faith y de mí. Aún no tengo su teléfono directo y necesito ponerme en contacto con ella.

Aguardó un instante más, prologando mi tortura, y después dijo, sin demasiada convicción:

—Un segundo, Logan.

El hecho de que pronunciase mi nombre me permitió entrever un atisbo de esperanza. Imagino que había ido a consultar algo, que la había llamado en el momento más inoportuno y que tal vez Alice estaba en la cola del supermercado o cambiándose de ropa en un probador, si es que ella hacía tales cosas mundanas. Aguardé pacientemente mientras buscaba nuevas e imaginativas razones por las que necesitaba hablar con Faith y solo con ella. Sin intermediarios.

Fue entonces cuando una voz femenina, totalmente distinta a la que me había atendido, sonó al otro lado de la línea.

—¿Logan?

—¿Faith?

Eso sería demasiada suerte, pero tenía que intentarlo. De repente pensé que la misma voz que escuchaban millones de adolescentes en todo el planeta se dirigía a mí y solo a mí, y para colmo lo hacía pronunciando mi nombre. Contuve el aliento y el escalofrío.

—Sí. Soy yo. Alice me ha pasado el teléfono.

Respiré hondo mientras hablaba. Sentía que tenía muy poco tiempo para convencerla. Concretamente para convencerla de que lo que le iba a proponer no era una absoluta locura.

—Necesitaba hablar contigo. Supongo que tal vez, a estas alturas, alguien te ha dicho algo sobre el rumor que circula y la foto que nos hicieron en el restaurante de Tom Billingham.

—No hago demasiado caso a lo que se dice de mí en Internet, Logan. Especialmente si lo publica *Big Star*. No tengo tiempo para desmentir rumores. Siento de verás si todo esto te ha causado algún problema personal…

No parecía molesta ni enfadada por mi intromisión. Más bien al contrario.

—No es eso, Faith. Es solo que he pensado que, ya que dicen que estamos juntos, podríamos tratar de hacerlo realidad.

—¿Cómo?

—Te llamo para proponerte una cita.

CAPÍTULO 4

FAITH

Un helicóptero. Debería estar acostumbrada a estas alturas. Ahora soy Faith Bell, pero mis orígenes son humildes. Los helicópteros, los aviones privados, los lujosos áticos —como el que alquilé hace un año en Manhattan— están ahora a mi alcance, pero durante mucho tiempo fueron solo un sueño lejano. *Spoiler:* en realidad nada de eso te hace feliz.

Y ahí estaba yo, subida al helicóptero del Lobo de Baltimore, persiguiendo mi felicidad, o la dirección en la que creía que se encontraba.

La propuesta de Logan Wolf era radical e ingenua al mismo tiempo; y me vi diciendo que sí antes de pensarlo siquiera. Hubiera sido muy fácil echarme atrás, ponerle alguna excusa convincente. Inventarme un viaje, un compromiso, incluso un marido secreto.

Pero no podía.

Yo también quería verlo.

Y aunque dejaba atrás un pequeño rastro de vergüenza por saltar a su helicóptero como una quinceañera, tenía que ser razonable y precavida. No podíamos vernos en cualquier sitio. No después de aquella foto sobredimensionada que había dado pie a especulaciones falsas.

En el trayecto me acompaña Boyd, un miembro de mi equipo de seguridad. Por lo general no necesitaba que un guardaespaldas me acompañase a todas partes. Solo recurría a Boyd cuando tenía algún acto público en Nueva York. Cuando simplemente quería escabullirme, ver a alguna amiga o dar un paseo, me parapetaba bajo unas gafas de sol, gorra, y mascarilla quirúrgica —gracias COVID—. Generalmente salía airosa y nadie me reconocía.

Pero a Alice casi le había dado un soponcio cuando le dije que me iba a ver a Logan Wolf, al hombre del restaurante, y que había aceptado su propuesta: me enviaría su helicóptero, que me llevaría hasta su mansión en Peekskill, al norte de Nueva York.

Cuando Alice se repuso del susto, me preguntó:

—¿Te has vuelto loca, Faith?

Entendí que lo preguntaba genuinamente, consciente de que yo aún no había cumplido los treinta y que ser una estrella de la música conocida en todo el mundo no me eximía de hacer locuras de este tipo. Aunque sea de vez en cuando.

—Solo será un rato. Almorzaré con él y luego el helicóptero me devolverá a casa. Es de día —recalqué, como si eso aportara un extra de seguridad.

—Es muy oportuno que tengas…¿cómo se llama? Una pista de aterrizaje sobre el techo de tu ático.

—Un helipuerto. Es muy común en ciertas zonas de Manhattan, Alice. De todas formas, no quiero que estés preocupada. Voy a estar localizable, ¿no?

Alice me miró, temerosa. Realmente no tenía potestad para prohibirme nada. Solo podía aconsejarme. Trató de convencerme para que Boyd me acompañase. Me negué en redondo.

—Ni de coña. No puedo llevarme a Boyd a una cita con un hombre.

—Pero puede acompañarte en el trayecto, ¿no?

La miré, fastidiada. En el fondo tenía razón. Logan Wolf era un hombre a quien no conocía y todo eso de "me fío cien por cien de mi intuición…" era mejor aplicarlo solo a mi música y mi manera de desenvolverme en la industria.

Finalmente acepté que Boyd me acompañase en el vuelo. Esperaría allí, junto a aquel trasto con hélices, o ya veríamos qué hacer.

Aterrizamos en Peekskill.

Estaba nerviosa, y eso es algo que normalmente nadie espera de mí.

¿Qué estás haciendo, Faith?, pensé en ese momento. Miré a mi guardaespaldas. Boyd parecía tranquilo aunque no entendiese muy bien aquella excursión en helicóptero. Tampoco iba a opinar al respecto. Sabía muy bien cuál era su trabajo y dónde estaban los límites.

—¿Qué harás, Boyd? —le pregunté.

—No se preocupe, Faith. Simplemente me quedaré aquí. Esperando, junto al helicóptero. Llámeme ante cualquier inconveniente.

Bajé de aquel trasto, no del todo relajada. Por supuesto, Logan Wolf estaba allí, esperándome.

El Lobo de Baltimore.

Estaba en los pies de la escalera que conducía al interior de una bonita mansión de estilo mediterráneo. Él llevaba un atuendo cómodo y de color marrón. Y me fijé enseguida en que iba descalzo.

Solo había visto a aquel hombre en persona durante unos minutos y me había obsesionado durante días. Pero me hubiese olvidado de ese tema si no fuera porque Internet se empeñaba en recordármelo constantemente.

Me decía a mí misma que aquel encuentro, en su casa, era natural. Que estaba acompañada de un miembro de mi equipo de seguridad, que era de día, que teníamos que hablar sobre qué debíamos hacer con aquellos rumores que nos afectaban. ¿Cortarlos de raíz?

A lo mejor aquello no era una "cita". Puede que la naturaleza del encuentro fuese exactamente eso. Acordar cómo íbamos a parar aquel tsunami mediático que nos envolvía.

Mientras caminaba hacia él observé cómo Logan Wolf no me quitaba el ojo de encima, apoyado en una de las grandes columnas que sostenía la entrada de su casa.

Y mientras él extendía su mano para alcanzar la mía pensé que me había propuesto aquel encuentro porque todo aquel rumor ridículo destrozaba a alguien importante para él. A su novia. Tal vez a su esposa. A lo mejor quería que yo lo desmintiese ante alguien de su círculo cercano.

Noté cómo mis mejillas se encendían en cuanto nuestras manos entraron en contacto. *Oh, oh.* Preocupante. Puede que fuese el momento de reconocer lo evidente. Aquel hombre no pertenecía a mi mundo, pero me había hecho ir hasta allí. Ir hacia él.

—Faith —dijo—. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido. Acompáñame.

Miré a mi alrededor. Solo veía verde, por todas partes. Había perdido el pequeño helipuerto de vista. No había buscado demasiada información sobre Logan Wolf con total intención: quería que hubiese algo que me sorprendiera. Logan estaba de suerte; estaba de humor para una pequeña aventura.

—Este sitio es increíble.

Me sonrió.

—Tal vez demasiado grande para mí solo.

Supongo que aquello fue una sutil declaración de intenciones. Había pasado unos días desgañitándome, tratando de recordar mis impresiones de la noche en que se acercó a mí.

Creo que lo que más me llamó la atención de Logan Wolf, al margen de su innegable atractivo, fue que no me trató como una estrella. Y eso siempre es algo misterioso y refrescante.

Sabía quién era, por supuesto, pero se dirigió a mí con galantería. Simplemente como un hombre atraído por una mujer y decidiendo en ese momento que tenía que obtener su atención como fuese.

Entré en aquella casa siguiendo su estela.

Soy una mujer de éxito. Mi carrera musical ha sido fulgurante y las marcas se pelean por asociarse conmigo. Y sin embargo, los primeros pasos que di en el mundo de Logan Wolf me impresionaron profundamente.

No era el dinero que derrochaba cada uno de los rincones de aquella casa.

Era *clase.*

¿Por qué alguien como él iba a preocuparse por un absurdo rumor?

—Debo admitir que estoy intrigada —le dije.

Era como si estuviese dentro de un palacio. Nos dirigimos hacia el salón principal. Al fondo estaba la cocina —o tal vez una de las cocinas, quién sabe—, y entreví una figura que se movía.

—Es la cocinera. Nos preparará un aperitivo enseguida.

No le dije que en realidad no tenía hambre.

Me senté en el sofá de cuero. Nunca había visto una pieza así, elegante y atemporal. Lo acaricié con disimulo.

—¿No vives en Nueva York? —le pregunté.

—Solo tres o cuatro días a la semana. El resto del tiempo lo paso aquí. ¿Y tú?

—Vivo en un avión.

Me reí nerviosamente.

Dios mío, ¿qué me estaba pasando? Jamás actuaba así delante de un hombre.

Sus ojos se clavaron en mí.

—Quería hablar contigo, Faith. En persona. Siento lo que ha pasado. Y siento si te ha afectado en algo —me dijo.

Me encogí de hombros.

—Como te dije, mentiría si no dijese que estoy acostumbrada.

—¿No te pareció extraño? Ese artículo del Big Star.

Suspiré.

—No es la primera vez que me relacionan con un hombre al que no conozco.

Pero Logan Wolf no parecía convencido.

—No sé, Faith. Francamente, creo que aquí hay algo más. Es que ese artículo me pareció… raro, eso es todo. Y la manera en que se viralizó. Discúlpame, solo quería saber si tú o tu equipo habíais tenido algo que ver.

No sabía si ofenderme o no.

—Logan, no conozco a esa reportera. No tengo ni la menor idea de quién es.

—Yo tampoco.

¿La conversación se estaba enrareciendo? ¿Logan Wolf me había subido a ese maldito helicóptero solo para resolver sus dudas respecto a aquel ridículo artículo?

Se encogió de hombros y sonrió. Seguía descalzo. Aquello, por el motivo que fuese, no me incomodaba. Ya no voy a clases de yoga, obvio, ahora tengo a mi profesora particular, pero una de las razones por las que agradezco disfrutar del éxito y la exclusividad es no tener que

compartir una clase de yoga con hombres. No es que piense que el yoga es cosa de chicas —bueno, tal vez un poco sí—, pero nunca me gustó que en aquellos gigantescos *lofts* de Brooklyn hubiese chicos. ¿El motivo?: que iban descalzos.

No me juzguéis. Cada una tiene sus manías personales.

La cuestión era que aquellos ya eran tiempos pasados y que los pies de Logan Wolf no me provocaban ese rechazo. Más bien todo lo contrario.

—¿Sabes qué? Todo eso ahora da un poco igual. Estamos aquí, y lo que te he dicho por teléfono era real: quería proponerte una cita.

Me reí.

—Pero, ¿es esta la cita?

Logan se rio.

—Disculpa mi torpeza, Faith. No soy un tipo que tenga citas. No tengo la menor idea de cómo funciona el protocolo. Ni siquiera sé si debería pronunciar la palabra "cita".

Ay, Dios.

Si no fuera porque tenía una sonrisa encantadora y un aura magnética probablemente ya me hubiese encaminado de nuevo hacia el helicóptero que, según me había prometido, me devolvería a casa en cuanto yo quisiera.

Enterró la cara entre sus manos, tratando de recomponerse, como si quisiera medir sus palabras:

—¿Me acompañarías a las Bahamas, Faith?

CAPÍTULO 5

LOGAN

Faith se rio. Aquello estaba siendo un completo desastre, pero me era imposible concentrarme en las palabras cuando tenía a semejante mujer a solo unos metros, sentada en mi sofá favorito.

No podía desconfiar de mí mismo en ese momento. *Ha venido. Está aquí. Y ha venido porque le interesas y porque tal vez, en el fondo, ella también desearía que todo lo que se publicó fuese verdad.*

Tenía ese convencimiento, pero no podía verbalizarlo. Al menos no aún. Me levanté con el ánimo de que me siguiera.

—Me gustaría enseñarte mi invernadero —le dije.

Sonrió, desarmándome otra vez.

—Por favor.

Atravesamos el salón. Me asomé un momento a la cocina y le pedí a Marsha que nos sirviera el almuerzo en la galería que daba al jardín.

—Ha preparado un poco de todo —le dije—. No sabía qué te gustaba. Pero estará bueno, te lo garantizo.

Caminamos unos cinco minutos por el exterior de la casa. El silencio allí fuera solo lo quebrantaban los pájaros.

—Esto es un oasis —dijo Faith—. Por cierto, ¿qué es eso de Bahamas?

—Perdona que asuma que puedes hacer un hueco entre todos tus compromisos para algo así. Para venirte de viaje conmigo sin ni siquiera haberte besado todavía.

Faith se detuvo.

Observé su reacción.

Cualquier gesto suyo podía darme una pista fiable sobre cómo proceder.

—Espero que no te incomode que me haya descalzado —dije—. Una costumbre de la que nunca me he desprendido.

Sonrió.

—¿Sabes qué? En cualquier otro hombre lo hubiese odiado. Pero tú…tienes unos pies bonitos.

Llegamos al invernadero al mismo tiempo que oímos un trueno cercano. Entreabrió los labios, sorprendida por su interior.

—Pero está…

—Vacío, sí.

Entró en la casita de cristal, levantando el rostro y recibiendo el sol a raudales. Los últimos rayos de sol antes de una tormenta de verano. Paseó hasta el centro del habitáculo. En el techo había una enorme ventana que dejaba pasar la luz y la lluvia. Justo cuando entramos allí empezaron a caer unas gotas.

—¿Por qué este sitio? Dime, ¿hace poco que vives aquí?

—Compré esta casa hace dos años. Me encantaría instalarme aquí de forma permanente, pero lamentablemente no puedo, por mi trabajo.

—¿Trabajo?

Faith parpadeó.

Su expresión me hizo gracia.

—Trabajo, sí. Faith, administro una empresa. Nos va bastante bien.

Dio unos pasos en círculo por el centro del invernadero vacío.

—Lo imagino, perdona. Ha sonado fatal. Supongo que lo que me preguntaba en realidad es si tu trabajo requiere que tú estés presente.

—No del todo. Pero me gusta aparecer por la oficina y asegurarme de que mi equipo está bien. Y supongo que nunca voy a poder desvincularme del todo de esa…electricidad de Nueva York.

Di unos pasos hacia ella, en el límite de lo que podría considerarse invadir su espacio vital.

—¿Por qué me querías enseñar este sitio? —me preguntó Faith.

—Dos de tus videoclips están rodados en invernaderos. He pensado que tal vez te encantaban.

Miró al suelo y se rio. *Es una suerte que está chica no piense que soy un psicópata,* pensé. No lo soy, pero tampoco estaba preparado para admitir que había visto cada uno de los videos que había en YouTube en los que aparecía, incluidos todos y cada uno de sus vídeos musicales.

—Dime que no eres uno de mis fans.

Me acerqué unos centímetros más.

—No lo era. Hasta que te vi en ese restaurante.

Uno de mis dedos se deslizó debajo de su mandíbula. Necesitaba que Faith me mirase para que captase con mi mirada lo que no le iba a decir: que me había enamorado de ella mirando aquel ridículo artículo de Internet, al ver nuestra foto borrosa, en la que ella se reía y yo rodeaba sus hombros de forma casual.

Quería besarla e iba a hacer exactamente eso; aunque sabía muy bien que su reacción podía ser marcharse de allí de inmediato, subirse al helicóptero y pedirle a mi piloto que la llevara a casa.

Aún retumbaba en mi cabeza su pregunta: *¿es esta la cita?* No podía permitirme que mis intenciones, que mi deseo de acercarme a ella, no estuviese meridianamente claro.

Sus labios se curvaron cuando levanté su rostro, esbozando una sonrisa. Ella miró los míos.

Y no pude aguantar más. La besé despacio, en medio del invernadero vacío, ajenos a la lluvia que ya caía como si se empeñase en regarnos.

Perdí la noción del tiempo. Solo recuerdo que estiré de su brazo y la desplacé hacia un lugar seco, donde el techo nos cubría.

Faith me contó entonces por qué le encantaban los invernaderos desde que era una niña: era el lugar en el que permanecía horas y horas, acompañando a su abuelo Arthur. Curiosamente había atesorado aquellos recuerdos, aquellas horas rodeada de verde y de olor a tierra húmeda.

Después, mientras almorzábamos ya en el interior, me preguntó si estaría interesado en vender la casa. Me hizo gracia aquella ocurrencia. No le aclaré su duda. No le dije ni que sí ni que no a Faith Bell, por algo muy simple:

Ella no iba a tener ninguna necesidad de desembolsar la indecente suma que costaba aquella mansión al norte de Nueva York.

Y el motivo era evidente: sería suya en el momento en que aceptara casarse conmigo. El

invernadero estaba vacío solo para que ella lo llenase con su luz, su música y su sonrisa.

CAPÍTULO 6

FAITH

No es tan feroz, pensaba, de nuevo surcando los cielos en dirección a la pequeña isla de las Bahamas en la que debía encontrarme con Logan Wolf. Esa era, supongo, nuestra segunda cita, y me temo que tampoco iba a ser un encuentro convencional.

Será mucho más divertido si me acompañas, me había dicho.

Una de las azafatas del vuelo privado que el equipo de Logan había preparado para mi desplazamiento se acercó a mí:

—¿Está todo bien? ¿Le puedo traer algo?

—No, gracias. Todo está perfecto.

—¿Sabe? Mi hija es una gran fan suya…Su cara es lo primero que ve todos los días cuando se despierta. Tiene un póster gigantesco de Faith Bell en la pared.

—Gracias —murmuré—. ¿Qué edad tiene?

—Siete.

Sonreí por defecto. Esperé un segundo para ver cómo reaccionaba y constatar una evidencia. Muy poca gente te pide ya un autógrafo. Solo lo hacen los coleccionistas, o la gente que quiere hacer caja vendiendo memorabilia en Internet.

—¿Le importa si nos hacemos un *selfie*? —preguntó la azafata—. Creo que le hará mucha ilusión que se la envíe.

Sonreí de nuevo y acerqué un poco mi rostro al suyo mientras ella empuñaba su teléfono.

Hacía tiempo que había aceptado que aquellos pequeños infortunios formaban parte de mi trabajo. En los últimos meses, sin embargo, había estado planteándome cosas que hasta el momento había hecho "por defecto", con el piloto automático.

En breve empezaríamos a trabajar en las mezclas del que sería mi cuarto disco y ya había decidido que no haría gira mundial. La discográfica no tenía todavía ni idea de esto, pero por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba agotada, que no quería subirme a un escenario durante meses y meses. Me gustaba ir al estudio y escribir y producir música, pero las giras, en el pasado, me habían dejado exhausta. Necesitaba mucho tiempo —semanas—, para recuperarme de ellas.

Sonreí a la azafata, esperando que captase que quería disfrutar de aquel breve vuelo a solas con mis pensamientos. No iba a decirle nada sobre lo que me parecía que su hija de solo siete años pudiese recibir *selfies*. Mi música, por cierto, no es apta para niños tan pequeños.

Observé cómo se perdía en la cola del avión y redirigí mi pensamiento hacia mi destino: Logan Wolf.

Lo del *Lobo de Baltimore* era un dato que él, por supuesto, no me había facilitado. Lo había averiguado yo, preguntando, haciendo intensas búsquedas en Internet, bajo la mirada incrédula

de Alice. Supongo que mi asistente estaba alucinando con toda aquella situación, pero no dijo nada cuando le confirmé que me iría unos días a descansar a las Bahamas.

Viajaría sola.

Sin acompañamiento de ningún tipo. Sin Boyd.

Esa había sido una batalla dura de librar, pero sentía que quería estar completamente sola con Logan Wolf.

Temblaba al recordar aquel beso, en el invernadero.

No había sucedido nada más entre nosotros ese día. Habíamos almorzado y la conversación había ido por un cauce más "normal". Nada de misterios de Internet, ni guardaespaldas, ni helicópteros (aunque me reencontré con estos dos últimos a la hora de volver a mi casa en Manhattan).

Logan Wolf tenía un aire inquietante y misterioso que me intrigaba. Ya había caído la noche cuando me acompañó a los pies de su helicóptero. El hecho de que no me acompañase personalmente hasta casa me intrigó aún más. Tampoco intentó convencerme para que me quedara a pasar la noche con él, ni sus manos se deslizaron más allá de donde debían en un primer encuentro.

Soy alguien tradicional, a pesar de mi aspecto y de mi trabajo. Doy rienda suelta a todos mis instintos cuando tengo mi arte entre manos, pero debo reconocer que aunque deseaba seguir descubriéndolo sin la ropa que llevaba encima, fui consciente de que alargar el misterio incrementaría mi propio deseo.

Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Ni siquiera tuve dudas cuando Logan Wolf me propuso en firme reunirme con él en las Bahamas. Incluso cuando se disculpó por no viajar conmigo.

—Creo que es más conveniente que viajemos por separado —le dije yo, por teléfono.

Y así era. A pesar de que en los últimos días los rumores sobre nuestra posible relación se habían desvanecido un poco —o supongo que simplemente habían sido sustituidos por las noticias sobre otra nueva pareja o divorcio de celebridades—, lo mejor por el momento era evitar otra foto juntos. Y esta vez iba a ser muy difícil disimular la evidencia. También pensé, por primera vez en mucho tiempo, que no me importaba la opinión de nadie al respecto. Ni siquiera la de mis fans.

La azafata se acercó de nuevo y me dijo que en breve aterrizaríamos en Nassau.

—Allí la espera ya el helicóptero del señor Wolf.

La verdad, no estaba muy al tanto de los pormenores del viaje, —algo que, por cierto, aterrorizaría a Alice—; porque Logan me había dicho que todo estaba atado y preparado, y que no preocupase del más mínimo detalle. *Yo me encargo,* me había dicho.

Asumí que los dos estábamos ocupados y esa era la razón por la que no nos habíamos visto en toda la semana.

El avión empezó a descender.

Vi una pista de aterrizaje que parecía de juguete, cada vez más cerca.

Las ruedas del avión pronto tocaron tierra. No recordaba cuál fue la última vez que volé sola. Creo que ni una sola de mis canciones había sonado aún en la radio. Vivía feliz en el anonimato, consciente de que tal vez todo eso se acabaría. Que pronto conocería la parte menos gratificante de la fama.

Pasaron unos minutos hasta que se detuvo del todo, y cuando estuve lista bajé del avión.

Mi equipaje era ligero y manejable. Por una vez llevaba lo justo para los tres días que iba a pasar con Logan en el resort de su amigo.

—No tendrá que caminar mucho —me dijo la azafata, despidiéndose a pie de la escalera—. Pero si quiere la acompaño hasta el helicóptero que la llevará hasta White Meadows…

—No hará falta —una voz masculina la interrumpió—. Yo me ocupo desde aquí.

Era Logan.

No le importó que aquella mujer estuviese delante. Me rodeó con su brazo y me besó.

—Te he echado de menos —me dijo.

Lo miré y justo después tomé la iniciativa en aquel beso. Quería que mis gestos hablasen por mí, que fuesen más demoledores y concluyentes que cualquier palabra que pudiese pronunciar.

Nuestros dedos se entrelazaron.

—Vamos.

CAPÍTULO 7

FAITH

Otra vez en aquel helicóptero. Sin Boyd, pero esta vez con Logan. Todo lo que necesitaba.

—Hacía mucho tiempo que no hacía esto —confesé mientras surcábamos de nuevo el cielo caribeño en dirección a la isla donde nos refugiaríamos los siguientes tres días.

—¿Hacer qué? ¿Vacaciones?

Nuestros dedos no se habían separado en ningún momento.

—No. Esto. Viajar sola. Desconectar de mi equipo…aunque solo sea unos días.

Logan me miró. Su rostro se ensombreció un poco, a pesar de que el sol entraba por la ventana a raudales.

—Entiendo.

—Es la situación. Es que habitualmente no…

—Me hago cargo, Faith. Quiero que estés tranquila. Sé que las personas en tu posición no os desplazáis sin un equipo de seguridad acorde a la situación. Por eso no me voy a despegar de ti. Vas a estar segura en todo momento, te lo prometo.

Respiré más tranquila. Logan deslizó la mirada hacia la ventana.

—Maldita sea, tendría que haberte recogido en el aeropuerto de Nueva York.

—Oh, no, no te preocupes. Todo ha ido bien. Es solo que es…distinto, eso es todo.

Eché un vistazo al interior del helicóptero. Era el mismo que me había llevado hasta su casa, en el norte de Nueva York, la semana anterior, pero había algo distinto. ¿Qué era?

Tardé un minuto en darme cuenta.

El espacio que nos separaba del piloto. La luna estaba tintada, otorgándonos una completa intimidad. Ni siquiera apreciaba su silueta a los mandos de aquel aparato.

De repente fui consciente de la desnudez en mis piernas. Quería viajar cómoda. Me había puesto una falda negra, corta y holgada de algodón y una camisa de seda de color blanco. Apreció unas gotitas de sudor en mi pecho que no deberían de estar ahí, pues la temperatura había bajado de un plumazo a medida que nos elevábamos de nuevo hacia el cielo.

Observé el perfil de Logan, que mordía descuidado uno de sus nudillos. Nuestras manos seguían unidas. Señalé discretamente hacia el piloto.

—¿Puede vernos? —le pregunté.

—No. Y tampoco nos oye a menos que puse ese botón de ahí.

Señaló un botón rojo. Era un intercomunicador.

—¿Cuánto tardamos en llegar a White Meadows apróximadamente?

—Unos veinticinco minutos.

—Nunca he estado en las Bahamas. Esta era una gran excusa para venir.

—Te va a encantar el Hotel Paradiso. Es un completo oasis.

—¿Es el hotel de tus amigos?

—Sí, los hermanos Davies. He tenido que viajar dos días antes para reunirme con ellos. Bueno, en especial con Luke. Tal vez te suena el nombre de su hermano, Lloyd Davies.

—¿El tenista?

Logan asintió.

—Viajo todos los años a White Meadows y paso aquí tres o cuatro días. Y supongo que esas son todas mis vacaciones. O lo más parecido a ellas que se me ocurre.

—¿Tienes negocios en común con ellos? Lo digo por lo de tu reunión…

Logan sonrió, enigmático.

—Algo estamos intentando. Con Luke, en Nueva York. Pero aún no puedo hablar mucho sobre eso, son solo las primeras conversaciones. Y además no quiero aburrirte.

Apartó un mechón de mi melena, como si quisiera apreciar mejor mis rasgos. Continuó hablando:

—Pero ya he terminado. Me he desprendido de mi teléfono, de hecho. Estaré desconectado los próximos días. Y no te avisé de ello, lo siento. El Hotel Paradiso anima fervientemente a sus huéspedes a dejar su teléfono en recepción durante su estancia. Para vivir una experiencia lo más relajante posible.

Sonreí.

—Suena bien. Es opcional, por supuesto. Pero yo lo he adoptado. Los tres días al año que me permito.

Logan se desplazó unos centímetros en el asiento. Aspiré disimuladamente su aroma. Lo bien que olía era un misterio y una perdición. Apoyé la cabeza en su hombro y él deslizó su mano por encima de mis muslos. Mi cuerpo reaccionó enseguida: mis piernas se entreabrieron.

Incliné el rostro para que él pudiese alcanzar mis labios cómodamente. Nos besamos con codicia, con cierta desesperación, como si fuese el último día de las vacaciones en lugar de la primera hora.

—Faith…

Deslicé mi lengua entre sus labios.

—¿No nos pueden ver? ¿Seguro?

Negó con la cabeza. Llevó mi mano hacia el interior de su camisa y la colocó sobre su corazón.

—Estamos solos en mitad del cielo, Faith. Mira cómo reacciona mi cuerpo cada vez que me besas. Mis órganos.

De repente sus dedos se habían multiplicado, deslizándose por toda la piel que me quedaba al descubierto, arrancándome ínfimos suspiros de placer. Era una locura, debíamos parar aquello. Estábamos en una cabina en mitad del cielo. Al mismo tiempo que mi razón me censuraba, mis manos se colaban de nuevo por su camisa, tratando de deshacer uno o dos botones más.

Entonces Logan resopló, se incorporó un poco del asiento y se colocó delante de mí. De rodillas. Acarició mis piernas, las besó. Mi cuerpo temblaba. Deslizó los dedos entre las tiras de mis sandalias Jimmy Choo y mi piel, suave e hidratada. Me había sometido a un tratamiento intensivo la tarde anterior, con el fin de preparar mi piel para el sol.

Besó mis rodillas, y poco a poco, fue subiendo por la cara interna de mis muslos. ¿Qué iba a hacer? ¿Esperar y ver hasta dónde llegaba? Me di cuenta de que había perdido la noción del tiempo. ¿Un trayecto aéreo de veinticinco minutos?

La lengua de Logan se deslizó, buscándome con avidez. Sus manos rodearon mi cadera. Me había convertido en un manjar y parecía dispuesto a devorarme.

Allí.

Ahora.

—Quiero que tus vacaciones empiecen ya —me dijo—. Ahora mismo. Quiero darte placer, Faith.

Mi cuerpo funcionaba solo bajo el efecto de sus palabras calientes. Eran órdenes invisibles, como la que me hizo levantarme levemente para que él pudiese deslizar sus manos debajo de mi falda y retirarme las braguitas.

¿Estaba preparada para semejante intimidad? ¿Seguro que el piloto no podía vernos? De repente, aquella posibilidad remota me excitó, y Logan aprovechó la ocasión para recoger con su lengua toda mi humedad.

Me estremecí, y acto seguido mi cuerpo se tensó, como si todos mis sentidos se concentrasen en el mismo punto. Las manos de Logan se colocaron sobre mis rodillas, y de nuevo, las separó suavemente. Se habían cerrado en un acto reflejo.

—Aquí y ahora, Faith. No puedo esperar más para darte placer. Déjame que te saboree, por favor. Lo necesito…

Y yo también.

Yo también lo necesitaba.

Decidí olvidarme del mundo que teníamos a nuestros pies, aunque eso incluyese aquel océano perfecto.

Logan me buscó con la lengua y empezó a recorrer con ella todos y cada uno de mis pliegues íntimos. Parecía ansiar el punto exacto que haría que me retorciese en aquel sitio insólito, suspendida en el cielo.

—Rodéame con tus piernas, nena —me dijo, levantando un segundo su mirada para buscar la mía—. Aprieta las rodillas alrededor de mi cuello. Aprisióname, Faith. Oblígame a que te devore.

Estaba hirviendo con sus palabras, y no podía hacer otra cosa que obedecer.

Me concentré en el delicioso ruido que Logan emitía cada vez que hundía su lengua en mis profundidades para salir a la superficie y bordear mi clítoris.

No habría hecho falta que me diese indicaciones. Apreté con mis piernas alrededor de su cuello en cuanto encontró mi punto más débil y lo lamió como si fuese el mejor de los helados.

—Ugh, Logan….creo que voy a…

Me sujetó con fuerza y me dejé ir entre sus dientes. Me perdí por completo.

CAPÍTULO 8

LOGAN

Era una erección casi dolorosa, y demasiado evidente para andar moviéndose con plena libertad por aquella isla. Eso era lo que me atenazaba en cuanto el helicóptero aterrizó en White Meadows, directamente en el espacio habilitado para vehículos privados situado en el Hotel Paradiso. Faith despertó algunas miradas entre el personal del hotel que nos recibió.

—Acompáñame por aquí —le dije—. Iremos directamente a mi villa.

—¿No he de pasar por la recepción, o hablar con alguien del hotel? —me preguntó Faith.

—No has de hacer nada. Ya me he ocupado de todo eso. Te alojas conmigo.

Miró a izquierda y derecha, inquieta.

—Esta humedad…

Parecía de nuevo preocupada.

Mientras un miembro de seguridad del hotel se ocupaba del equipaje de Faith ella hurgó en su bolso. Sacó sus gafas de sol y una gorra, que se colocó enseguida.

—No te preocupes por nada, Faith. Estaremos solos.

Sonrió.

—Entendí que venías a ver a tus amigos, a…

—Los Davies. Sí. Están por aquí. Pero andan ocupados y ya hemos hecho todas las reuniones pendientes. Solo estoy aquí para disfrutar a tu lado, Faith. Tienes que ayudarme a profundizar en el concepto “vacaciones”, ¿sabes? Me cuesta.

Le arranqué una sonrisa.

—Y a mí me cuesta pensar que alguien como tú no se toma tiempo libre. Tiempo real de descanso.

—Bueno, tú también trabajas mucho, ¿no?

Dudó antes de contestar, mientras avanzábamos por uno de los jardines traseros que unían el pequeño helipuerto privado y la zona de villas exclusivas del Hotel Paradiso.

—Sí. Pero si te digo la verdad, yo también necesito periodos recurrentes de descanso. Es básico para inspirarme y poder seguir creando música—dijo Faith.

Me concentré en nuestra charla, tratando de aparcar por un momento lo que había sucedido en el helicóptero. Me había costado retomar el ritmo habitual de mi respiración, y sospeché que la altitud del aparato no tenía nada que ver. Por desgracia aún no podía decir que Faith me había entregado su corazón, pero lo que sí sabía era que lo quería, lo deseaba. Apenas podía mirarla sin repetirme una vez más que allí estaba. Que era ella. La mujer a la que volvería una y otra vez, todas las noches.

Nunca, jamás, iba a olvidarme de su expresión de deseo en ese helicóptero. De cómo se desplomó sobre el respaldo cuando por fin se entregó a su placer.

La cogí de la mano.

—No quiero despegarme de ti, Faith —le dije.

Sonreí.

Ella sabía lo de “el lobo”. El Lobo de Baltimore. Estaba convencido. Discreta y educada, no me había preguntado directamente por qué me llamaban así.

Accedimos a la villa que me habían reservado los Davies, la mejor de todo el complejo. Se alzaba sobre una colina rocosa y ofrecía unas vistas perfectas, laterales, del océano turquesa que nos rodeaba. La localización de sus terrazas no era casual. Era del todo *anti-paparazzi.* Íbamos a poder disfrutar de privacidad e intimidad.

Nadie podía fotografiarnos allí, si bien a mí me daba exactamente igual que nos vieran. Tal vez a Faith no. Este era un tema que quería aclarar, especialmente para no meter la pata. Para poder prever, calcular nuestros pasos.

Ella era prudente, se notaba que quería ir paso a paso. No había podido averiguar nada sobre su pasado sentimental. Al parecer siempre había sido hermética con la prensa al respecto, y jamás había confirmado ni una sola de las relaciones que le habían atribuido. Eso me provocaba un severo lío mental. Sentía que necesitaba proteger ese deseo de privacidad y refrenar mis ganas de gritar a los cuatro vientos lo mucho que me gustaba aquella chica.

Aquella chica.

Para mí era la mujer de mis sueños. Cuando estaba a su lado no era FAITH BELL, la cantante. Era alguien tierno y vulnerable que parecía estar dispuesta a recibir mi amor, y a entregarme el suyo en la misma medida.

Entramos en el jardín privado que envolvía nuestro alojamiento.

—Guau. Preciosa piscina.

—Está excavada en las rocas. Podemos bañarnos mientras cae la puesta de sol —le dije.

Faith se quitó las gafas de sol y la gorra, enseguida parecía más relajada.

—¿Y por qué no ahora mismo? —me preguntó.

No esperó mi respuesta. Empezó a quitarse la ropa en ese mismo instante, y eso me puso nervioso. Dios mío, aquella mujer era indescifrable. Era un misterio. Se relajaba en cuanto estábamos solos, y se tensaba cuando olíamos algún rastro humano a una distancia prudencial.

—No puedo ver esta piscina y no sumergirme en ella de inmediato —me dijo.

No pude evitar admirar su proverbial cuerpo, esbelto, ágil, moldeado por muchas horas de baile disciplinado, probablemente. Faith se había metido en el agua con la ropa interior que yo había apartado en el helicóptero y que se había vuelto a colocar sin que yo me diese cuenta.

Me desvestí y fui tras ella.

¿Me extrañaba que no se hubiese desnudado por completo? Yo sí lo hice, pero me metí en el agua rápidamente mientras Faith estaba de espaldas, contemplando el mar.

Debo estar soñando, pensé.

Y justo después: espero no haber interpretado mal nada de esto.

En ese momento Faith se giró y me encaró. Apoyó la cabeza sobre las rocas que conformaban la pared natural de la piscina.

—Ven. Acércate.

No sé por qué, si era demasiado obvio, pero aún así se lo advertí:

—Estoy desnudo.

—Lo sé.

Desnudo y completamente erecto. El sol y el agua caliente multiplicaban todas mis sensaciones. La proximidad de Faith me electrificaba.

Las estrellas del pop no acostumbran a tener apellido y aunque Faith Bell sí lo usaba en sus

discos y giras para mí hacía tiempo que lo había perdido. Era inmensa, no necesitaba más que su nombre.

Nadé hacia ella.

Apoyé mis brazos a ambos lados de la roca, y Faith quedó atrapada entre ellos. En circunstancias normales habría jugado, la habría hecho esperar. Quién sabe, tal vez incluso me habría *suplicado,* pero no estaba en condiciones de esperar. No podía ser paciente con ella. La besé como el lobo que soy.

—Quiero más…como antes —balcuceó Faith.

—¿Cómo antes?

—En el helicóptero.

Me fascinaba su candidez. Faith era ya un mito erótico planetario y actuaba como si fuese la primera vez que estaba con un hombre. *No te hagas ilusiones al respecto,* pensé. No podía preguntarle algo así porque no era asunto mío, pero Faith se emocionaba, se movía y se excitaba como si estuviese conociendo sensaciones nuevas.

Coloqué mi miembro erecto entre sus ingles. Dejé que Faith lo sintiera en toda su magnitud. Ninguno de los dos podía relajarse ante ese contacto tan íntimo.

—Antes, en el helicóptero, conseguí contenerme. Ahora no creo que me sea posible, Faith.

—¿Qué quieres decir?

Sonreí.

—Que ni siquiera creo que sea capaz de sacarte del agua y llevarte hasta la cama. Quiero tomarte aquí y ahora. Contra estas rocas.

Noté como sus piernas se contraían, estrechando aún más mi polla. Faith empezó un suave vaivén, buscando un contacto aún más íntimo. Empezó a deslizarse sobre ella arriba y abajo.

—Esto me sobra —dijo, llevándose las manos a la espalda y desprendiéndose del sujetador.

Sujeté su rostro y la besé de nuevo. Desde ahí era muy fácil desplazarme hasta su cuello y de allí a sus pechos. Faith suspiró.

—Estaba debatiéndome sobre si decírtelo o no…

—¿Qué pasa, cielo? —le pregunté.

—Es solo que acabo de darme cuenta de lo mucho que me he perdido en estos últimos cinco años de vorágine, de giras, de interminables horas en el estudio. Y que no pienso posponerlo más.

El corazón se me detuvo. ¿Había oído bien?

Crecí un par de centímetros más entre sus piernas. Busqué el elástico de sus braguitas con mis dedos y lo deslicé. Lo que quedaba de su ropa interior quedó en el fondo de la piscina.

—¿Qué quieres decir, Faith? ¿Está todo bien?

—Lo que quiero decir es que nunca he estado con nadie. A este nivel, me refiero.

—¿Cómo?

Era como si me cantase una de sus canciones al oído.

—Sé que es difícil de creer, que el tipo de trabajo que tengo da pie a pensar que conozco mucha gente, todo el tiempo, pero al final del día, no es así. Duermo sola por las noches.

La besé de nuevo, intentando que mi acercamiento fuese mucho más suave y tierno. Prefería que mi cuerpo hablase por mí. No quería bajo ningún concepto meter la pata.

Antes de procesar lo que Faith me estaba diciendo, que era virgen y que ya no quería continuar siéndolo, se sentó a horcajadas sobre mi regazo. Su cuerpo se estrechó contra el mío y me besó.

Había algo, una voz por ahí enterrada que me decía que parase. Que la sacara del agua y la llevase a la cama. Pero había pasado tanto tiempo desde que una mujer que realmente me importase estaba así, tan cerca, que no iba a poder contenerme. La deseaba. Mucho. Sentía una emoción pura que creía olvidada. Excitación. Era como si todo mi cuerpo hubiera estado sumergido en hielo durante tanto tiempo que había olvidado lo que se siente al... sentir.

Y luego... Faith.

Sus manos suaves ahuecaron mi rostro mientras nuestros labios se reencontraban una y otra vez. Entonces, mi hambre se despertó de nuevo.

Tomé las riendas. Reconduje nuestros besos, consumiendo sus labios con poder, necesidad y deseo. Mi polla se convirtió en piedra entre sus piernas, debajo de su cálido centro, y fue entonces cuando me rogó que fuese más allá.

—Tómame, Logan —suplicó contra mi boca, para luego ofrecerme su lengua, que yo acepté con avidez.

Mi respuesta debería ser no. Me entraron las dudas. Tal vez aquel no era el sitio ni el momento adecuado.

—¿Estás segura? ¿Aquí?

—Sí.

Me preocupaba de qué nivel de virginidad estábamos hablando, pero no iba a preguntarle eso. Pensé en nuestro encuentro en el helicóptero. ¿Esa también habría sido su primera vez? Me costaba horrores pensar que aquella diosa nunca había sido adorada como se merecía. Pensé en cómo se corrió, encima de mi lengua, y sonreí maliciosamente al pensar que aquel primer orgasmo con un hombre había sido mío y solo mío.

—Logan, por favor…No puedo más.

—Yo tampoco, cariño.

Noté su cuerpo tenso al entrar en ella, pero fui lo más lento posible, susurrándole que se relajase. La sentí aflojar gradualmente mientras me permitía continuar. Faith siseó agudamente de dolor cuando rompí su resistencia. Me detuve un instante, preocupado, pero de inmediato asintió para que siguiese. Clavó sus uñas en mi espalda y trató de acercarse más a mí.

Su agarre era más fuerte que aquellas rocas: caliente y húmedo. Me quedé muy quieto por un momento, dejando que se adaptara a mí tanto como yo trataba de mantener mi cordura y mi resistencia. Entonces empecé a empujar de nuevo hacia dentro y fuera de ella, trabajando mi polla suave y despacio, siendo extremadamente cuidadoso y gentil. Su delicioso coño se relajó aún más, su excitación facilitaba que me moviese, y pronto me volvió a follar, levantando las caderas para recibir cada una de mis embestidas dentro de ella. Era ella quien se movía.

—Joder, nena —gruñí con los dientes apretados.

Faith solo maullaba de vuelta hacia mí. Sus manos se extendieron sobre su cabeza para agarrar mis hombros mientras la follaba un poco más fuerte, un poco más profundo.

—Creo que me voy a correr de nuevo— gimió Faith, mientras sus caderas se movían más rápido.

—¿De nuevo?

Me apretó aún más fuerte, buscando el pleno contacto entre nuestros cuerpos, y sus músculos internos se contrajeron mientras gritaba de placer. La sensación hizo que mis rodillas se doblasen, aún estando en el agua, y mi polla me advirtió de que había llegado al punto de no retorno. Agarré sus muslos y gimiendo largo y bajo, me vacié profundamente dentro de ella mientras mi propio orgasmo me arrasaba.

CAPÍTULO 9

FAITH

No concebía volver a mi vida real. De repente tres o cuatro días nos parecieron pocos y Logan y yo solo tuvimos que levantar el teléfono y confirmar a un número muy reducido de personas que habíamos decidido alargar nuestras vacaciones en las Bahamas.

—Algo tiene este sitio que atrapa a quienes lo visitan —me dijo Logan una de las mañanas, mientras desayunábamos en la terraza de nuestra villa privada—. Los Davies ya me lo advirtieron. Supongo que inconscientemente les he creído.

—No me extraña —contesté—. Nunca había tenido esta sensación. Es como si hubiese hecho un paréntesis real en mi vida. Si te digo la verdad, ahora mismo no echo de menos nada de lo que tengo en la ciudad.

—Ya. Pero me temo que en algún momento tenemos que volver, ¿no? Aunque yo puedo trabajar desde aquí, y hacer mis reuniones con videollamada…

Sonreí. Era un plan demasiado tentador, pero no muy factible.

—Yo he de acabar mi disco —le dije a Logan.

—¿Podrías terminarlo aquí? Si habilitásemos un estudio para ti…No sé. Solo es una idea. Tiene que haber algo que te sirva en alguna de las islas. Tal vez en Nassau…

Me reí.

Aquella conversación no era realista. Ya me había costado un mundo explicarle a Alice la situación. Nadie en mi equipo entendía que pretendiese alargar las vacaciones por el simple hecho de que jamás les había dicho, en todo el tiempo que llevábamos trabajando juntos, que quería tener unas vacaciones.

—Complicado —le dije a Logan—. Más que un estudio, necesito a mi equipo. A mis productores. Músicos. Y están todos en Nueva York.

—Podemos traerlos a todos aquí. No es un mal sitio para trabajar.

Logan se levantó y se colocó detrás de mi sillón de mimbre. Me rodeó con sus brazos por la espalda.

—No quiero que esto se termine nunca, Faith —me dijo.

Habíamos hecho planes.

Habíamos decidido en tiempo record que no queríamos separarnos, que aunque tuviésemos que volver a Nueva York, nos instalaríamos juntos en su casa a las afueras de la ciudad.

Quiero que el invernadero sea tuyo, me había dicho Logan. *Que lo llenes con todas tus plantas favoritas.*

Masajeó mis hombros mientras yo mantenía la mirada fija en algún punto del océano.

—¿Qué podríamos hacer hoy? —le pregunté.

—¿Bucear? Con esnórquel. Algo relajante. Nada demasiado sofisticado.

Asentí entusiasmada. No había buceado en mi vida.

—Me temo que no sé hacerlo.

—Un instructor nos puede acompañar. Te enseñaremos. Este sitio es digno de explorar.

Sonreí y recibí con regocijo el sol caribeño de primeras horas de la mañana en el rostro.

Cualquier cosa que me proponía, cualquier plan, me parecía la mejor de las ideas. Era consciente de que todo entre Logan y yo era rápido, meteórico, y sin embargo lo sentía como lo *correcto*. Lo *natural*.

Me había dado permiso a mí misma, al menos hasta que regresáramos a Nueva York, para no preocuparme por nada más que por seguir conociéndolo, por taladrar poco a poco aquella armadura impenetrable que Logan se había colocado en algún momento de su pasado.

—En realidad mi inquietud viene de no haber hablado con Alice en los últimos tres días. La avisé de que iba a dejar mi teléfono personal custodiado en la recepción del hotel. Alucinó, por cierto.

Logan dio un sorbo de su café.

—No te lo tomes tan a pecho, Faith. Lo del teléfono, digo. Yo también avisé de que estaría desconectado, pero mi equipo es bastante autónomo y tengo un socio que me cubre cuando yo no estoy. Si crees que vas a estar más tranquila, llámala de nuevo.

—Sí, tal vez lo haga.

En ese momento alguien llamó a la puerta de nuestra villa.

—¿Quién será? —se preguntó Logan.

Consulté mi reloj. Era demasiado pronto para que pasara alguien del servicio de habitaciones.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta principal de la villa. Cuando la abrí me encontré a una chica, más o menos de mi edad, elegantemente vestida. Tenía un iPhone en las manos.

—Faith Bell, ¿verdad?

Esa solía ser una pregunta obvia. Asentí. Me extendió su mano.

—Encantada. Soy Erin Davies, la relaciones públicas del hotel. Creo que aún no nos conocíamos. ¿Tendrías un segundo?

—Claro.

Me dio el iPhone.

—Este es tu teléfono. Un miembro de tu equipo, una chica llamada Alice, ha contactado conmigo a primera hora de esta mañana, a través del número de recepción. Creo que es mejor que la llames.

Me llevé la mano al pecho. Tenía un terrible presentimiento. Algo iba mal, muy mal. Si Alice me llamaba debía tratarse de algo urgente.

Le di las gracias y cerré la puerta para atender aquella llamada en privado. Me había parecido, aunque no le quise preguntar, que Erin Davies —más tarde Logan me contaría que era la esposa de su amigo Luke— estaba al tanto de los detalles de aquella "emergencia".

Me retiré al dormitorio y cerré la puerta, bajo la mirada circunspecta de Logan. Me acerqué a uno de los grandes ventanales y contemplé el mar en calma.

Alice descolgó el teléfono al primer tono.

—Faith, llevó veinticuatro horas tratando de localizarte. No me ha quedado más remedio que llamar a la dirección del hotel, tal y como me indicaste…

—¿Qué ha pasado, Alice? ¿Está todo el mundo bien?

Noté una respiración pesada al otro lado de la línea.

—Sí, sí, todos estamos bien. Es solo que…

—Dímelo ya, Alice.

—Han aparecido unas nuevas fotos.

—¿De quién?

—Tuyas…con Logan Wolf. Muy recientes. Parecen tomadas allí, en las Bahamas.

Respiré algo más tranquila. Ya me daba exactamente igual que se supiera lo nuestro.

—En ese caso tendremos que mirar la mejor manera de incorporar a Logan a nuestra narrativa, porque voy a volver con él a Nueva York y me instalaré en su casa en cuanto aterricemos…No voy a hacer ningún comunicado conforme estamos juntos, aún es pronto para eso, pero no vamos a ocultarnos…

Alice me interrumpió.

—No, Faith. Creo que no me entiendes. O yo no me he explicado del todo, disculpa. Son fotos…comprometidas.

Era peor, mucho peor de lo que podía imaginar. Eran fotos explícitas que circulaban en Internet, no en ningún periódico, no en ninguna web de cotilleos. Estaban en las redes sociales. Logan y yo éramos *trending topic*, y no para bien.

Las imágenes correspondían con el día de nuestra llegada, con el momento en que nos habíamos dejado llevar por la pasión que nos arrastraba en aquella maldita piscina al aire libre. Recordé las palabras al respecto de Logan. Habían sido muy claras:

Estaremos solos. No te preocupes.

Mi mirada se perdió de nuevo en el horizonte. Observé cómo Logan acababa de abandonar nuestra villa y caminaba por la playa, para encontrarse con uno de los instructores de buceo que esperaba junto al espigón, aguardando a los clientes del día.

Me sentía enferma. Me dolían el estómago y el alma, y pensé que lo peor de todo no era mi intimidad expuesta ante millones de ojos.

Revisé las fotos por última vez, porque no quería verlas más.

No se veía “demasiado” en ellas, solo una pareja entregada a la pasión, en una piscina, bajo el sol caribeño. Pero sí se apreciaban claramente nuestros rostros y mi expresión de éxtasis. Parecía más que evidente lo que estaba sucediendo allí, bajo el agua. Éramos reconocibles, Faith Bell y Logan Wolf, parece que se confirma la nueva pareja.

Lo peor de todo, decía, no eran las fotos en sí, no era la exposición o que todo el mundo supiera con quién estaba. Era el hecho de que me habían robado mi intimidad, mi primera vez, aunque nadie más que yo y Logan lo sabríamos.

Lo observé desde la distancia.

¿Cómo era posible que aquellas fotos hubiesen acabado en Internet?

Cualquier fotógrafo profesional las habría vendido a un medio digital parecido a *Big Star*. ¿Acaso había alguien acechándonos desde las rocas?

Me llevé la mano al corazón, que latía demasiado rápido.

Nadie más que Logan, y supongo que la dirección del hotel, sabía que yo estaría allí esos días. Nadie de mi equipo tenía la menor idea de en qué hotel me alojaba. Solo Alice se había enterado hacía tres días cuando la contacté por primera vez para avisarle de que no estaría del todo localizable.

Algo estaba mal y me destrozaba pensar que había algo allí que no encajaba. Necesitaba reunirme de inmediato con Alice, ver qué opciones legales teníamos y echar el freno en aquella vorágine.

Tal vez no había sido tan buena idea después de todo.

Los hombres como Logan nunca habían estado en mi radar. No lo conocía y aún así le había lanzado al vuelo mi corazón. Esa era la cruda verdad. Tenía que tomar las riendas de inmediato. Regresar, recapacitar. No me veía con ánimo de presentarme de nuevo ante él y decirle que había vuelto a pasar. Que nos habían vuelto a pillar juntos, y esta vez con todas las letras.

Fotos.

Redes.

La única razón por la que no nos habíamos enterado era porque dejamos nuestros malditos teléfonos en la recepción del hotel. Aquel bendito silencio.

Observé que Logan seguía hablando con el instructor de buceo, a lo lejos. Paseaban junto a la orilla de la preciosa playa de White Meadows.

No tenía mucho tiempo que perder. Cogí la pequeña maleta con la que había viajado y puse todas mis cosas en ella. Mi ropa sin doblar. Mis artículos de aseo.

Abandoné la villa a toda prisa y puse rumbo al despacho de la señora Davies, la relaciones públicas que me había traído las malas noticias. Le dije que me iba de inmediato, que había surgido algo urgente y que ni siquiera tenía tiempo para hablar con Logan. Que lo dejaba en sus manos.

Me miró con cara de circunstancias, pero no hizo preguntas.

Un helicóptero estaba libre y disponible para abandonar la isla.

No era el helicóptero de Logan, sino el de los Davies.

Me llevaría hasta Nassau; y allí podría esperar en la sala VIP del aeropuerto hasta que Alice pudiese conseguirme un vuelo de regreso a Nueva York.

Lo que había sucedido podía afectar seriamente a mi carrera. A mi música. Y no iba a permitir que lo que más me importaba en este mundo estuviese en peligro de derrumbe.

Y pensé que al Lobo de Baltimore no le quedaría más remedio que entenderlo.

CAPÍTULO 10

LOGAN

No lo entendí. Jamás podría entender lo que acababa de suceder en apenas unos minutos. Sentí una opresión en el pecho, como si Erin, la esposa de Luke Davies, me lo hubiese arrancado de cuajo. Me traía la peor de las noticias:

—Faith se ha marchado.

Creía que se trataba de una broma. Era imposible. Hacía solo quince minutos habíamos estado desayunando en la terraza, riéndonos, planeando el resto del día, pensando en convertir nuestra estancia en unas vacaciones eternas.

¿Y ahora me decía que se había marchado? ¿Que de nuevo unas malditas fotos habían saboteado nuestra intimidad?

Fue Erin quien me contó lo de las imágenes comprometidas. Allí, con gesto serio y circunspecto, en medio del salón. Yo apenas la escuchaba.

Volcaba mis cosas en la maleta a toda velocidad, a pesar de que no me importaba lo más mínimo que todo se quedase allí. Lo más preciado que tenía estaba ya volando de camino a Nassau.

Estaba enfadado, pero sabía que si la tuviese delante se me pasaría de un plumazo. No entendía por qué Erin no había ido a buscarme de inmediato para contarme lo que estaba pasando.

—No sé. La vi muy apurada, Logan. Me dijo que lo entenderías, que era una situación de emergencia y que necesitaba reunirse con su equipo para tomar medidas legales.

—¿Medidas legales? Yo también salgo en esas malditas fotos, Erin.

Me di cuenta enseguida de que mi tono de voz era algo más elevado de la cuenta.

—Lo siento, discúlpame. No es culpa tuya en absoluto. Nada de lo que ha pasado, Erin.

Me observó muy seria.

—Lo sé. Pero a nosotros, a la dirección del hotel, también nos interesa investigar lo sucedido. Quiero saber exactamente en qué circunstancias se han tomado esas fotos, desde qué punto de la isla, y por qué han llegado tan rápido a Internet. La privacidad de nuestros huéspedes es vital.

Revisé las imágenes de nuevo. Recordaba a la perfección esa expresión de éxtasis en el rostro de Faith. Nunca se olvidaría. Pero sentía que me la habían arrebatado. Ese preciado momento ya no era solo mío.

Erin suspiró.

—¿Cómo podemos ayudarte, Logan?

—¿Está listo mi helicóptero?

—Sí. Pero, ¿te marchas así? ¿Sin más?

—He de irme. He de solucionar todo esto y averiguar quién ha hecho esas malditas fotos. ¿Le dirás a Luke que lo llamaré?

Erin asintió, resignada.

—¿Y tus vacaciones?

Me acerqué a ella, ya con la maleta en la mano, y le di un abrazo.

—Volveré. Con Faith.

Cuarenta minutos después ya nos elevábamos en el cielo de camino a Nassau. El recuerdo de lo que había pasado en aquel habitáculo era demasiado vívido. Acaricié el asiento en el que había perseguido el primer orgasmo de Faith. Noté como me endurecía de nuevo. Mi cuerpo reaccionaba dentro de aquel maldito trasto. Ese corto trayecto fue el primero de toda mi vida en el que no pensé en el vértigo de volar.

Solo la tenía a ella en la cabeza.

Sabía muy bien que mi reacción era visceral, que ir tras ella de forma inmediata no era tal vez lo más adecuado. Probablemente hubiese sido mucho más útil quedarme en el hotel, hacer unas llamadas y averiguar de dónde procedían las fotos.

Pero no podía dejar que se marchase sin mí. No soportaba que viajase sola de nuevo. No quería que estuviese sola nunca más. Era brutal lo que aquella mujer había hecho con mi corazón en solo unas semanas.

Oteé el cielo en busca del helicóptero de los Davies, que era el que Faith había tomado prestado. Apenas veinte minutos nos separarían de la terminal VIP del aeropuerto de Nassau.

Por suerte, el viaje se hizo corto.

Descendimos y salí de allí a toda prisa, sin apenas atender a las palabras del piloto.

Desde los pies del helicóptero podía ver la sala VIP donde muy probablemente encontraría a Faith.

En ese momento, mi teléfono sonó. Erin me lo había devuelto cuando acudió a mi habitación a explicarme la situación. Eché un vistazo a la pantalla, confiando en que Faith hubiese recapacitado. Que hubiese decidido esperarme.

Pero no era ella.

Era Sandra, mi secretaria.

Descolgué de inmediato.

—Sandra, ahora no tengo tiempo para nada, estoy en el aeropuerto y en breve volaré hacia Nueva York. Podemos hablar en cuanto aterrice.

—Logan, he pensado que esto era importante. Seré muy rápida. Se trata de James.

—¿Willis?

—James Willis, sí, tu socio.

—¿Qué ha pasado?

Noté como Sandra respiraba hondo. Mientras, yo caminaba a toda prisa hacia la terminal VIP. A lo lejos alguien trataba de llamar mi atención, tal vez indicándome que no podía ir por aquella zona. Aceleré el paso, atento al relato de mi secretaria:

—Hace dos días me quedé hasta tarde en la oficina. Estoy tratando de cerrar el evento de Bloomingdale de septiembre, como sabes. Cuando me di cuenta, eran casi las once y no había cenado.

Estuve a punto de decirle que fuera al grano, pero ella misma redireccionó su relato.

Siguió hablando:

—Da igual. El caso es que vi luz en el despacho de James. Me acerqué para preguntarle si había cenado y si quería que añadiese algo para él al pedido de mi cena. Pero la habitación estaba vacía. Allí no había nadie. Pensé que se habría marchado. La lámpara de su mesa estaba

encendida, así que me acerqué a apagarla. Y fue entonces cuando vi las fotos.

Por primera vez desde que había bajado del helicóptero, me detuve junto a la puerta de acceso a la terminal.

—¿Las fotos?

—Las fotos que salieron esta mañana publicadas…de ti, con Faith Bell. En una piscina. Una piscina preciosa, por cierto, parecía excavada en un acantilado y…

—Disculpa, Sandra. ¿Puedes repetir lo que me has dicho? ¿Las fotos estaban sobre la mesa de James?

El corazón me iba a mil por hora. Y en esta ocasión no era por la huida de Faith. Era porque se cernía sobre mí la posibilidad de una altísima traición.

Sandra suspiró al otro lado de la línea. Se notaba que aquella llamada no era nada fácil para ella.

—Exacto. Las mismas fotos que han aparecido hoy en redes sociales. Estaban impresas en papel fotográfico y encima de un sobre marrón.

—Entiendo.

No podía decirle mucho más a Sandra.

—No sabía qué hacer. Pero he pensado que era mejor contártelo.

—Tranquila, has hecho bien. Estoy entrando en la terminal, Sandra. Supongo que podremos hablar con más calma en cuanto aterrice en JFK, pero no tengo ni la menor idea de a qué hora podré volar, así que…

—Hay algo más, Logan. Pero tal vez puede esperar.

Avancé por la terminal, buscando la escalera que me conduciría hasta la sala de espera VIP. El aire acondicionado aplacó mi enfado por momentos. Confiaba en que yo mismo podría encontrar un vuelo de vuelta.

—No. Dímelo ahora.

—Las fotos no fueron todo lo que vi en la mesa de James. Su ordenador estaba encendido. Dios, me da un poco de vergüenza admitir que eché un vistazo a la pantalla…

—Qué viste.

—Era una foto de Faith Bell, Logan. Una foto que se desplazaba a lo largo y ancho de la pantalla en reposo. James tiene una foto de ella como salvapantallas de su ordenador.

Entendí muchas cosas antes de despedirme de Sandra y cortar aquella llamada. Por fin sabía por qué James había estado evitándome desde que salieron esas fotos, por qué apenas lo había visto desde que conocí a Faith.

Recordaba muy bien esa noche. Él estaba conmigo, a mi lado. En la barra de aquel restaurante. Intenté visualizarlo. Por eso estaba tan enfadado al final de la noche. Le habría encantado estar en mi lugar. Deseaba conocer a Faith y no había soportado nuestro acercamiento.

Dios mío, ¿una foto de ella en el salvapantallas de su ordenador? ¿Acaso estaba mal de la cabeza? Iría a buscarlo en cuanto aterrizásemos y me asegurase de que Faith estaba a salvo en casa y acompañada de Alice. Porque a decir verdad, en ese momento tenía cosas más importantes de las que ocuparme, y la principal ya estaba delante de mis ojos, a solo unos metros de distancia.

Faith estaba de pie, en medio de una desierta sala VIP, sola y con los ojos llorosos.

En cuanto me vio se lanzó a mis brazos.

—Lo siento, lo siento tanto, Logan. Me arrepentí de irme en cuanto el helicóptero despegó de la isla.

La abracé. Estaba temblando.

—Shhhh. No quiero que te preocupes. Ya pasó.

—Has venido. A toda velocidad.

La estreché con fuerza entre mis brazos.

—¿Crees que iba a seguir con mis vacaciones sin ti, como si nada? No tengo otro destino más que correr detrás de ti cuando te vas de mi lado, Faith. Y me parece que ya he empezado a aceptarlo.

Faith sujetó mi rostro con sus manos y me besó.

—Quiero que estés tranquila, ¿de acuerdo? Todo se va a arreglar. Sé perfectamente quién está detrás de todo esto. Solo necesito que confíes en mí.

Asintió.

Sus ojos brillaban, aún amenazados por las lágrimas.

Sentí que lo había conseguido, a pesar de todas las adversidades, de todos los que habían pretendido derribarnos. Rodeé a Faith por los hombros y nos dirigimos hacia la terminal de embarque. Contra viento y marea, teníamos un invernadero que llenar de vida.

EPÍLOGO

Seis meses después

LOGAN

Me quedé absorto contemplando a Faith. Me fascinaba la manera en la que hundía los dedos en la tierra húmeda.

—No debe haber sido fácil para ti —me dijo.

Ella no apartaba la vista de la flor que trataba de controlar, cuyo tallo insistía en caer de nuevo sobre la tierra, y eso, debía reconocer, me inquietaba. Cuando Faith ponía su atención en algo, el resto del mundo desaparecía. Incluido yo mismo.

—En realidad no —contesté—. Mi relación con James ya se había deteriorado en los meses anteriores. De todas formas, ya está. Todo irá mucho mejor a partir de ahora. Siento que me he quitado un enorme peso de encima.

Fue un pequeño drama, pero Willis no tuvo más remedio que aceptar que había sido él quien había orquestado el asunto de las fotografías de White Meadows. Él había pagado a alguien para que las hiciera y las filtrase en las redes.

Tuvimos una conversación de hombre a hombre en la que admitió que llevaba un tiempo enamorado de Faith, aunque fuese solo platónicamente, y que en el momento en que vio ante sí la posibilidad real de conocerla y que esta le fue arrebatada porque “ella solo tenía ojos para ti”, se dejó llevar por la rabia y la ofuscación.

Jamás le dije nada sobre quién le había delatado, sobre aquella llamada de Sandra. Y mucho menos sobre aquel ridículo asunto de tener una foto de Faith como salvapantallas en su ordenador de trabajo.

Pero ya daba lo mismo.

Mi relación personal y profesional con James Willis estaba rota. Había hecho daño a Faith, y aunque ella se había recuperado en tiempo record, eso era algo que jamás iba a perdonar.

Las imágenes en sí habían desaparecido de la red, prácticamente, gracias a un costoso programa de borrado que pagué sin pestañear. Lo que hiciese falta para que Faith recuperase el cien por cien de su brillo en la mirada.

Pasábamos mucho tiempo en el jardín últimamente, a pesar de que el invierno arreciaba. El invernadero conformaba un microclima que me recordaba a nuestras vacaciones frustradas en las Bahamas.

A lo que mi amada se refería, en concreto, era a la división de los dos negocios que compartía con James Willis. Habían sido nuestros respectivos abogados quienes se habían encargado de todo, ya que no me apetecía verlo ni en pintura.

Faith se puso en pie. Era abrumadora la capacidad que tenía para detectar cuando no me

apetecía hablar de algo.

—¿Qué te parece? —me preguntó, cambiando de tema.

Me puse a su lado y la rodeé con mis brazos. Empecé a besar su cuello hasta que oí su risa.

—Me refiero a las petunias —aclaró.

—Espectaculares. Pero creo que este sitio ya se te ha quedado pequeño.

No exageraba. En solo unos meses Faith había convertido el invernadero en un auténtico *jardín de las delicias*.

Se giró y me besó.

No podía enumerar todas las cosas que Faith había cambiado en mí en aquellos meses, desde que nos habíamos instalado en mi casa, al norte de Nueva York. Cuando regresamos de las Bahamas y resolví todo el asunto de James Willis, ella decidió trasladar su estudio allí.

A nuestra casa.

Me dijo que quería trabajar en su música al mismo tiempo que en el invernadero.

—Y he tomado otra decisión, Logan —había dicho—. Se terminaron las giras. No quiero recorrer ciudades, pasarme meses y meses durmiendo en hoteles y autobuses. Seguiré creando música, pero mis conciertos serán esporádicos. Apareceré solo de vez en cuando. Con todo esto me he dado cuenta de lo mucho que aprecio mi privacidad. La nuestra.

—¿Estás segura de eso, cariño? Sabes que apoyaré tu decisión sea cual sea, y te ayudaré en lo que esté en mi mano.

Faith asintió, feliz.

Era una cantante atípica. No ansiaba las miradas ni las luces. Solo quería crear arte, ajena a quien lo recibiese. Estaba muy agradecida por el cariño incondicional de su público, pero no estaba dispuesta a todo para mantenerlo. *Lo único que puedo seguir dándoles es mi música*, me había confesado.

Y yo le dije que eso era más que suficiente.

La cogí de la mano y salimos del invernadero, en dirección a nuestro hogar.

A veces pienso que el Lobo de Baltimore ya no existe. Se quedó en aquella villa de las Bahamas, la misma que aguarda nuestro regreso… en nuestra eterna luna de miel.

***

Un amor oculto

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

SANDRA

Abrí los ojos y lo primero que vi fue el cielo despejado de Manhattan en lugar del techo de mi habitación. ¿Me había quedado dormida? Me incorporé de golpe y me tranquilizó reconocer el escenario al instante.

Estaba sobre el césped de Central Park, junto al lago.

Me había quedado dormida.

Sobre mi estómago reposaba la última novela de Leah Ellington, una de mis autoras favoritas. Me encantaba perderme por sus mundos. Sus historias me ayudaban a escapar de mi realidad corporativa.

Cerré el libro y lo guardé en el bolso. Esa tarde no había leído mucho. Más que leer, con él trataba de ocultarme del sol de justicia que caía a las siete de la tarde sobre Central Park. Era una de esas raras veces en las que había conseguido salir a una hora decente de mi trabajo.

Mi nombre es Sandra Meek. Soy la asistente personal de Logan Wolf, uno de los hombres más ricos de Manhattan. Es un trabajo absorbente y apasionante, pero a veces siento que no es muy distinto a hacer de canguro.

Me levanté de un salto y busqué los zapatos a mi alrededor. La oficina no estaba demasiado lejos, y ese era uno de los motivos por los que iba regularmente, a pesar de que Logan cada vez estaba más a favor del teletrabajo —¿quién lo hubiese dicho?—. Pero lo cierto era que él rara vez aparecía por allí, ya que desde que se había comprometido con la cantante Faith Bell sus negocios habían pasado a un segundo plano.

Él lo reconocía. Decía que eran “etapas”, y que sentía que toda su energía debía estar en preparar su boda. Eso, en el fondo, tenía una repercusión positiva para mí. Menos presión, menos encargos. Un poco más de tiempo libre, como esas dos horas que había arañado a mi agenda para echarme aquella improvisada siesta en Central Park.

Recogí el resto de mis cosas. Por suerte no me habían robado nada. Eché un vistazo al móvil. Tenía un mensaje de Alice:

¿Tomamos una copa de vino esta semana? Hace tiempo que no nos vemos.

Tecleé a toda velocidad:

Por supuesto. ¿Jueves a las ocho en The Firm? Confirmaré.

Mi deformación profesional me hacía contestar mensajes en cuanto los veía. Por suerte para salir a tomar algo con Alice no necesitaba consultar mi agenda. Ella solía estar igual de ocupada que yo. The Firm era el local al que íbamos últimamente, también lo llamábamos nuestro "centro de operaciones".

Alice era mi descubrimiento del año. Se había mudado a Nueva York hacía poco más de un año y trabajaba para Faith Bell, la prometida de Logan, mi jefe. Antes de eso, habían sido muy buenas amigas —me constaba que lo seguían siendo— y Alice había trabajado durante años en Los Ángeles como productora de cine. Había dejado todo eso atrás, cosa que a veces me costaba entender. No sé si el ritmo de Manhattan es mucho mejor. Es distinto, eso sí.

La cuestión era que habíamos coincidido un par de ocasiones para cuadrar las agendas de nuestros respectivos jefes. De ahí yo le recomendé mis clases de pilates y en pocos meses nos hicimos amigas. No compartíamos grandes confidencias. Más bien de esas amistades que quedan para desfogarse en algún bar los jueves por la noche. Alice y yo solo teníamos una norma: no hablar de Logan y Faith. Eran trabajo.

Me estiré, ya de pie sobre el césped, y aprecié las sensaciones que me provocaba la hierba entre los dedos de los pies. Un pensamiento repentino desató mi risa. ¿Era el sexo algo parecido a aquel cosquilleo entre los dedos?

La risa era porque, francamente, ni me acordaba. Una de las cosas que no le había contado a Alice era que hacía mucho, probablemente más de dos años, que no tenía sexo. Y sin embargo mi celibato era, de todos mis secretos, el que menos me incomodaba.

Estás bien, me decía a menudo. *No puedes echar de menos algo que ya has olvidado*.

Y era cierto. Apenas lo recordaba.

Era una especie de anestesia, algo complicado de explicar. Supongo que cuanto más tiempo pasas sin sexo menos lo extrañas.

Ni siquiera echaba mano de los escasísimos juguetes eróticos que podían quedar en casa, olvidados al fondo de un cajón.

La cuestión era que como sé que la gente tiende a opinar sobre todo y sobre todos, y no todo el mundo entendería que una joven urbanita y atractiva de veintinueve años llevase en realidad una vida monacal de celibato, al final era algo que me guardaba para mí.

Sí veía hombres que me gustaban. Por Dios, vivo en Nueva York. Los veía a todas horas, estaban por todas partes. Era solo que el universo se había conjurado para que pasasen por mi lado sin reparar en mí. Y yo, siempre con la cabeza en las nubes, pensando en la próxima reunión de Logan y….

Ploc.

Un golpe seco.

En ese momento me cayó una montaña encima.

Una montaña como las que no se ven desde Manhattan.

—Oh. Oh, no. Oh, dios mío…—oí una voz masculina lamentándose a mi lado.

De repente, todo lo vi negro.

Oí nuevas voces a mi alrededor:

—Creo que se está desmayando.

—¿Habrá perdido el conocimiento?

—Apártense, por favor, déjenle aire. Soy médico. Todo está en orden aquí. Yo la ayudo.

Primero fue su olor. Era perfecto, embriagador, pero demasiado familiar. Había olido ese perfume masculino antes y no recordaba dónde. Abrí los ojos, buscando al hombre que me había caído encima mientras tomaba una de las sendas de salida de Central Park. No me había dado cuenta que era uno de los caminos que utilizaban los corredores, la gente que hacía *footing* por el parque.

El hombre me dio la mano y me levantó del suelo sin apenas esfuerzo. Además de oler bien, era enorme.

Casi me desmayo de nuevo cuando vi quién era.

El mismísimo James Willis.

El ex-socio de Logan.

—Oh, dios. Sandra, ¿estás bien? ¿Puedes hablar? Lo siento muchísimo, no te he visto. Has salido de repente de detrás de ese seto…

Miré a mi alrededor.

¿Cómo demonios me había metido en la zona de corredores?

No estaba segura de que me tuviese que disculpar, y aún así lo hice:

—No, no…creo que ha sido culpa mía. Iba pensando en mis cosas…Me he metido por aquí sin darme cuenta.

Me miró, como si esperase a que yo lo reconociera. Qué tontería, por supuesto que lo reconocía a pesar de mi desastroso trompazo, de todo lo que sucedió con Logan, de su salida de la empresa…

Y aquel olor.

En ese momento me ubiqué en el sitio y la hora en la que me encontraba.

—¿Cómo estás, James? ¿Cómo va todo? —le pregunté, mientras comprobaba que ningún objeto importante había salido despedido de mi bolso.

Sonrió.

Y me desarmó.

No recordaba lo atractivo que era aquel cabrón.

—Todo bien. Estoy de vuelta en Manhattan.

La verdad, no sabía que se había ido. Lo miré con curiosidad. Era la primera vez que lo veía fuera de la oficina. A decir verdad iba más por allí que Logan, su antiguo socio y mejor amigo, pero yo nunca había trabajado directamente para él. Mis funciones estaban muy delimitadas, y mi trabajo era atender solo a lo que Logan Wolf necesitara.

—Si no te importa, voy a acompañarte un poco. Hasta la salida del parque, al menos. Quiero asegurarme de que estás bien —me dijo.

Aquello no era necesario, todo había quedado en un susto, pero no iba a ser yo quien le impidiese caminar a mi lado.

—¿Y dónde has estado? —le pregunté entonces.

—¿Cómo?

—Este tiempo.

—Con mi familia. En Florida. Mis padres se jubilaron no hace mucho y se marcharon a vivir allí. Me di cuenta de que ni siquiera había ido a ver su nueva casa. Durante un tiempo descuidé mucho la vida familiar, Sandra…

Creo que di un respingo. *¿Sabe mi nombre?*, pensé, a pesar de que ya lo había pronunciado hacía unos minutos.

—De todas formas ahora estoy de nuevo instalado en Manhattan —aclaró—. Tengo mucho trabajo.

La verdad, no sé si me daba toda esa información para que yo se la transmitiese sutilmente a Logan. Pues en principio no lo iba a hacer. Primero, porque cuando hablaba con mi jefe íbamos tan a destajo con asuntos de trabajo que apenas teníamos tiempo para meras formalidades como un "*¿Qué tal?*"; y segundo, porque de repente me sentía un poco avergonzada con la manera en la que habían acabado las cosas entre Logan y James.

Un resumen rápido de cómo acabó todo: Logan y James, socios y amigos, salen una noche de fiesta y conocen a la mismísima Faith Bell. Sí, la famosa cantante. Logan y Faith se gustan y James se queda al margen.

Alguien les hace una foto a Logan y a Faith. De repente se vuelve viral en Internet y mi querido jefe, a quien por algo llaman el *Lobo de Baltimore,* consigue el teléfono de Faith y se la lleva de vacaciones a Bahamas. Allí les hacen de nuevo unas fotos en situación… comprometida. Y yo descubro esas mismas fotos en la mesa de James. Un poco antes de que aparezcan publicadas en Internet.

Y se lo digo a Logan, porque creo que le debo lealtad a mi "amo".

Entre nosotras: lo de "amo" es broma.

Y a partir de ahí, se monta un jaleo descomunal del que salgo indemne, por increíble que parezca. Logan se pelea con James, lo echa de la empresa, o más bien divorcian sus millones, y James desaparece del mapa.

Desaparece de Nueva York.

Y un año después, en mitad del verano más tórrido que recuerdo —por la temperatura, el cambio climático y eso, ¿eh? Ya he mencionado antes mi celibato— me topo de bruces con él en Central Park.

Toparme es una manera muy sutil de llamar a ese choque estelar.

Miré a James con disimulo. Parecía genuinamente preocupado. Allí, bajo la tarde que caía sobre Manhattan, vestido con pantalones de deporte y camiseta, ya no parecía ese rey medieval que se paseaba por la oficina con aires de superioridad.

Y eso me llevó a pensar: ¿Habrá cambiado desde su pequeña traición a Logan?

Lo reconozco: fui yo quien descubrió aquellas fotos comprometidas sobre su mesa, pero nunca estuve cien por cien segura de mi interpretación. ¿A James también le gustaba Faith, y de ahí aquella venganza?

Espero que no me pregunte por Logan, pensé. *No me apetece hablarle de él.*

Pero la realidad era que habíamos caminado durante quince minutos, charlando de temas que nada tenían que ver con nuestra antigua cárcel de cristal —no tan antigua para mí—; y James no había mencionado a mi jefe ni una sola vez.

Mientras, yo trataba de recordar qué pensaba de él cuando aún compartía la empresa con Logan. ¿Me caía bien James? No especialmente. Más bien me era indiferente.

Pensé en aquel extraño encuentro, en si le contaría a alguien que me había encontrado con el mismísimo, el desaparecido James Willis, en Central Park. Que nos habíamos chocado por mis torpes andares mientras abandonaba el césped aún medio sonámbula.

Qué más da, pensé. *Nunca te lo volverás a encontrar en este monstruo de ciudad por mucho que él haya regresado.*

—Sandra, me ha encantado verte —dijo él de repente, interrumpiendo mis siempre catastróficos pensamientos.

—Oh. Sí, me alegro también.

Aquello sonaba a despedida.

—Y siento el golpe, de verdad. ¿No te duele nada? ¿Seguro?

—No, todo está bien.

Miró al suelo. Arrastró un poco de tierra con el pie.

—Escucha, si no lo ves apropiado lo entenderé perfectamente pero…¿te gustaría salir a tomar algo? ¿Este jueves por la noche? En realidad solo querré asegurarme de que al aterrizar encima de ti no te he causado uno de esos moratones internos que se manifiestan al cabo de unos días y…no sé, para ponernos un poco al día…Solo si lo ves apropiado.

Nunca diría que alguien como James Willis se pondría colorado de esa manera.

Se me ocurrirían decenas de razones para rechazar educadamente aquella propuesta sin sentido. Estas son todas las cosas que le podría haber respondido:

Ya tengo planes (de hecho los tenía. A medias. Con Alice).

Eres la némesis, el archienemigo de mi jefe, el hombre que paga mis nóminas religiosamente (aunque había pasado un año de todo aquello).

Te gusta Faith Bell, no yo. (¿Y a quién no le gusta Faith?)

Solo me propones esto porque quieres información fresca sobre Logan.

La cuestión era que no lo sabía. Y que estaba intrigada. Y que de repente algo, no sabía qué, se había despertado en mi estómago a pesar de la brusquedad de nuestro encuentro.

Tal vez era la novedad, lo inesperado. La certeza de que estaba haciendo algo cuestionable. Incluso un poco prohibido.

Le dije que sí.

—Está bien. El jueves.

CAPÍTULO 2

JAMES

No creo en las casualidades. Creo en el trabajo firme y continuado y en la persistencia. Al menos siempre había sido así, hasta que me tropecé con Sandra Meek en la senda de corredores de Central Park.

No me había olvidado de ella, eso era imposible; ya que durante mucho tiempo Sandra era una de las pocas razones que tenía para visitar la oficina todos los días. Yo había dado permiso a nuestros empleados para que trabajasen desde casa y acudiesen puntualmente a nuestras reuniones, pero Sandra, la secretaria personal de Logan, acudía diariamente.

Y yo iba también a menudo, y la miraba desde la distancia.

Era una criatura adorable y perfecta.

La empleada ideal, una mujer diez que hacía una labor excelente y minuciosa. Jamás se le escapaba nada. Siempre le había dicho a Logan que tenía mucha, mucha suerte de haber encontrado a una asistente como Sandra Meek; y que si en algún momento necesitaba prescindir de ella —o incluso si quería compartir su tiempo y que trabajase para los dos— yo estaría más que dispuesto a tenerla en mi equipo. Estaría encantado, de hecho.

Logan nunca aceptó algo así.

Y lo entendí. A mí tampoco me hubiese gustado compartirla.

Me giré sobre el taburete de la barra del *Clash Titans*, el bar del hotel Belvedere en el que la había citado. Miré mi reloj. Me había cuidado de llegar antes de tiempo, reconocer el territorio y así poder contemplar su llegada.

La verdad, aún me chocaba haber sido capaz de proponerle una cita. Estaba inquieto porque Sandra y yo siempre habíamos coincidido en la oficina, y la primera y accidentada vez que la había visto fuera de ella fue exactamente el momento en que decidí invitarla a salir. No sé qué pensaría ella al respecto. Pero había aceptado.

Y, sobre todo, me sentía libre. Logan y yo ya no teníamos nada en común. Podía invitar a salir a su secretaria. Faltaría más.

Respiré aliviado en cuanto la vi aparecer por la puerta del hotel. La noche después de nuestro encuentro casual le envié un mensaje de texto para confirmar el sitio y la hora. Tenía su número y supongo que ella tenía el mío, pero rara vez los habíamos utilizado.

La miré de arriba a abajo. No sé si tuve mucho éxito disimulando mi interés. Tampoco lo pretendía. estaba espectacular.

Me levanté para darle un fugaz beso en la mejilla.

Preciosa.

Llevaba un vestido de florecillas rojas y blancas que le favorecía. Observé un tímido

bronceado, cosa que me sorprendió. Estábamos a finales de julio y Nueva York era un horno abrasador, pero sus habitantes transitaban por el asfalto de edificio en edificio.

—Sandra, qué alivio que hayas venido. Y que sigas…viva. Aparentemente.

Me mordí el labio. Mi torpeza a la hora de dirigirme a las chicas era legendaria. Era algo que arrastraba desde los tiempos del instituto.

Por suerte se rio.

—Me maquillé un poco y me puse este vestido para parecer exactamente eso: viva —contestó.

—Me refería a nuestro accidentado encuentro del otro día. Quiero decir, que me alegro verte sin ninguna parte del cuerpo escayolada.

Supongo que eso implicaba que había revisado su figura de arriba a abajo pero, ¿cómo no hacerlo?

Y en ese momento, mientras ella se sentaba a mi lado despreocupadamente y cogía la carta de cócteles, me di cuenta de que no era un simple capricho.

Me interesaba conocerla, siempre había sido un misterio andante. Debía dejárselo claro lo antes posible. No podía arriesgarme a que ella pensara que le había propuesto esa cita porque pretendiese sacarle información sobre Logan o algo así. No. Había pasado página de todo eso.

—Un San Francisco —le dijo al camarero, devolviéndole la carta—. Hace demasiado calor.

Se recogió el pelo en la nuca y se abanicó con su propia mano. Cada gesto que hacía me parecía fascinante y me atraía unos milímetros más hacia ella.

Abrí la boca para explicarle por qué la había invitado esa tarde.

—Fui yo —me dijo entonces.

La miré, con un gesto interrogativo.

—James, fui yo quien encontró las fotos de Logan y Faith Bell sobre tu mesa. Entré a tu despacho esa noche para ver si querías que pidiese algo de cena para ti. No estabas en ese momento. Vi aquellas fotos comprometidas. Y obviamente se lo dije a él. Es mi jefe, así que en ese momento supuse que se lo debía. Antes de venir hoy he sentido que debía decírtelo. Pase lo que pase, debo ser clara. No podría…no sé, supongo que no podría estar aquí, sentada a tu lado tomándome un cóctel como si nada y guardarme eso para mí. Sé que lo que hizo tuvo consecuencias.

Respiró hondo, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Lo sé —le dije—. Hablé con Logan sobre todo esto. Y le dije la verdad. Desafortunadamente no la creyó.

Dio un sorbo de su cóctel.

No tenía la intención de que nuestra conversación tomara esos derroteros, pero tampoco me parecía mal dejar las cosas más claras y enterrar así nuestro pasado laboral.

Tomó aire y compartió su versión:

—Voy a contarte lo que sucedió ese día, y lo que pasó después con Logan. Por supuesto, eres libre de creerme o no. Yo no encargué esas fotos. No pedí que se hiciesen y desde luego no pagué a nadie por ellas. Soy consciente de que durante un tiempo se rumoreó en la oficina que a mí también me interesaba Faith y que había hecho todo aquello por celos. No fue así.

Sandra arqueó las cejas. Seguía mi relato muy interesada. Jamás tuve la oportunidad de despedirme de ella cuando Logan compró mi parte del negocio y me marché a Florida.

—No puedo decir que no era consciente de esos rumores…—murmuró.

Noté como unas perlas de sudor aparecían bajo su flequillo.

—Sé qué te hizo pensar eso, Sandra. La foto de Faith en el salvapantallas de mi ordenador.

La cuestión es que Ava, mi hija adolescente, lo cogió prestado la tarde anterior. Ella es fan de Faith. Puso su foto ahí, en el salvapantallas. La verdad, ni siquiera me di cuenta hasta que todo pasó.

—Oh…¿tu hija?

—Ava tiene trece años. Es fruto de una relación que quedó en el pasado. Su madre y yo coincidimos en la universidad y…bueno, jamás podría decir que fue un error. Ava es lo mejor que me ha pasado. Vive en Montauk con su madre, pero pasa algunos fines de semana al mes conmigo. Ahora un poco menos, a medida que va creciendo y tiene a sus amigas allí.

—Vaya, Logan nunca me dijo…

—Es algo de lo que no hablo demasiado con él. La cuestión es, Sandra, que no tuve demasiadas oportunidades para defenderme. Yo no encargué esas fotos. Me las enviaron. Estaban dirigidas a mí y aparecieron en la bandeja de correo interno. Ni siquiera tenían matasellos, así que supongo que esa periodista, Sharon Clash las envió. Ese era el nombre que aparecía escrito a mano, en la parte de detrás del sobre. Pero supongo que solo viste las fotos.

—Pero Logan parecía muy convencido de que tú estabas detrás de todo eso.

—Le mentí. Al final le dije que sí, que había sido yo. Admití todo lo que me echó en cara, porque esa era la puerta de salida que andaba buscando. Yo también quería separar nuestros negocios. Logan y yo tenemos una larga historia profesional. Sé muy bien que él buscaba desde hacía un tiempo la manera de dividir la empresa. Las fotos solo fueron una excusa. Fueron lo que precipitó todo.

Sandra cerró la boca. Esos preciosos labios me mataban…Parecía de esas personas que aprecian el silencio. O al menos era consciente de cuándo debía callar. Incluso estando callada dominaba aquellos pequeños espacios en nuestra conversación.

—La cuestión es que ya da igual, Sandra. No estoy aquí por nada de eso. Lo de Logan quedó atrás. Te he invitado a salir hoy porque en todos estos meses, mientras estaba con mi familia en Florida, tú eras la única persona de la oficina en la que pensaba de vez en cuando.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Yo?

—Es curioso, ¿verdad? Y justo vuelvo a Nueva York, salgo a correr por Central Park, retomando una de mis costumbres favoritas de cuando vivía aquí, y te encuentro. Accidentadamente, pero te encuentro de nuevo. No me habría perdonado no intentarlo, Sandra.

Respiró hondo. Sonrió. Dejó la copa sobre la barra y se giró sobre el taburete, encarándome. Estábamos más cerca que nunca. Solo tendría que inclinarme y…

…Besarla. Hacer lo que me moría por hacer desde que había entrado por aquella puerta.

Pero no lo hice.

No quería invadir su espacio, o sí quería, pero esperaba una señal clara. Aunque su presencia allí me daba una buena pista. ¿Era posible que aquella chica estuviese libre? Siempre me había intrigado una cosa: ¿por qué Logan jamás había intentado nada con ella? Yo hubiese odiado caer en aquel cliché gigante de la secretaria y el jefe, pero francamente, con una mujer como Sandra Meek me habría sido imposible resistirme.

—Pues me alegro de que lo hayas hecho, James. Y que ese golpe fortuito me haya conducido hasta aquí.

Me quedé petrificado.

Sandra se levantó del asiento y posó sus labios sobre los míos. De inmediato, empecé a explorar aquel beso bendito y sus infinitas posibilidades. Entreabrí los labios, buscando un imposible camino hasta su corazón. Creí oír sus latidos, pero el rumor de uno de los bares más

transitados por la sociedad neoyorquina los camuflaron.

Francamente, me daba igual si alguien nos veía.

Y tal vez alguien nos vio.

CAPÍTULO 3

SANDRA

Si otro hombre hubiese aterrizado sobre mí al abandonar el bar del Hotel Belvedere no me habría sorprendido en absoluto. Soy de ese tipo de persona a la que le pasan cosas insólitas dos veces.

Caminé como un *zombie* por la séptima avenida, en dirección a la primera parada de metro que apareciese en mi camino. No caminaba, casi podía decirse que flotaba; y todo se debía a aquel beso intenso y eléctrico que aún me envolvía. Dios mío, ¿qué había pasado allí dentro?

¿Qué había sido eso?

Fue un encuentro breve. Desde luego mucho más breve de lo que habría esperado. Miré mi reloj. No había pasado ni una hora desde que había llegado al bar del hotel.

Después de aquel beso innegable, firme, imposible de obviar o de olvidar y que yo misma había propiciado, había murmurado una disculpa de primero de neoyorquina: le había dicho a James que tenía una cena y que debía irme. Dicho esto, me levanté, consciente del temblor de mis rodillas, y me largué de allí tan dignamente como pude.

Estaba tan ida que no sabía si me había despedido de él correctamente. Le había besado yo, eso era evidente. Y ni siquiera había bebido lo suficiente como para exculparme por esa vía.

Quería gritar.

Me detuve, debatiéndome sobre si debía volver y pedir perdón por aquella huida brusca y cobarde.

Sé muy bien por qué me había levantado como si aquel taburete estuviese en llamas.

Por Logan, claro.

Por mi estúpida lealtad.

Porque James en el fondo había sido uno de los grandes problemas de mi jefe. Y allí estaba yo, encontrándome con él a escondidas, besándolo. Traspasando la línea que nunca había rebasado en la oficina, cuando lo veía casi todos los días. Ahora James ya no pertenecía a ese mundo, y yo no había dejado escapar la ocasión de responder a mi ardiente impulso.

Me perdí por las entrañas del metro de Nueva York, ignorando la vibración de mi móvil en el bolso.

Necesitaba desesperadamente poner mis ideas en orden, evaluar todo lo que James me había dicho.

Si todo aquello era cierto, lo del salvapantallas y su hija, que él no había tomado parte en el asunto de las fotos de Logan y Faith… entonces todo había sido un tremendo error. Y yo tenía parte de culpa.

A lo mejor Logan tenía sus motivos para desvincularse de James a partir de ese momento, pero lo cierto era que nunca me habló del tema. De repente, un día, James dejó de venir a la

oficina. Y Logan reunió a todo el equipo y nos dijo que él pasaba a ser el accionista mayoritario de la empresa.

Y ya está. No hubo más explicaciones, y tampoco le dimos más vueltas. Todos pasamos página.

Llegué a casa y me tiré de bruces sobre la cama deshecha. Me temblaba la entrepierna, los labios, las rodillas. Aquel beso había despertado a un animalito que llevaba dormido demasiado tiempo.

No tengo la menor idea de cuánto tiempo pasó hasta que estiré la mano y busqué mi móvil en el bolso.

Había tres llamadas perdidas y dos mensajes de Alice. El último decía:

¿Te ha pasado algo? Sigo aquí, esperándote. Avísame si no vas a venir.

Oh, dios.

El otro era de James:

Supongo que tendrías tus motivos para salir corriendo. Solo quiero que sepas que me gustaría volver a verte.

Lancé el teléfono sobre la almohada y ahogué un sollozo.

¿Por qué tenía que ser precisamente ÉL quien me había hecho despertar? Traté de recordar si me había fijado en James Willis durante los cuatro años en que me lo había cruzado casi a diario en la oficina. Recordaba su olor, claro, era el mismo, pero para mí siempre fue un hombre inaccesible. Para mí pertenecía a otra esfera. Y toda mi atención estaba puesta en Logan, en hacer bien mi trabajo, en mantener la promesa que me hice al principio de mi carrera: nunca, jamás, fijarme en uno de mis jefes.

Eso solo traía desgracias. No hace falta ser un lince para darse cuenta.

(Como si eso fuese algo que pudiera controlar).

No, no me había fijado en él.

Es más, siempre había sido prácticamente invisible.

Y la cuestión era que me moría de ganas de saber si a él le había sucedido lo mismo.

Me incorporé de un salto. Empezaba a llover. Di unos pasos por mi habitación, inquieta.

Busqué de nuevo mi teléfono y le escribí un mensaje a Alice:

Siento mucho no haber podido ir. Me he encontrado con alguien del pasado…

Reflexioné un momento. No. Alice conocía la situación con James y Logan. No podía decirle que había quedado con él. No iba a entender el contexto y además, Logan podía acabar enterándose de ello. Lo borré y lo redacté de nuevo:

Siento mucho no haber podido ir. Te debo una. Te explico en cuanto te vea. X.

No le iba a gustar, seguro. Pero era todo lo que podía decirle hasta que aclarara mis ideas. Hasta que decidiese si todo aquel embrollo se iba a quedar en un tropezón y un beso fugaz —

que, recordemos, yo misma había propiciado— o bien iba a verlo de nuevo.

Caí de nuevo sobre la cama, pero era como si flotase sobre el colchón. No iba a poder dormir esa noche.

Pensé de nuevo en Alice. Me arrepentí enseguida de haberle enviado aquel mensaje, que ya había leído.

En ese momento empezó a llover con más fuerza. Era una tormenta de verano. Las tormentas en la ciudad desprenden algo mágico. Me encantaba contemplar la lluvia desde la ventana de mi dormitorio. Frente a mí había un viejo edificio con sus tradicionales escaleras de incendio. La lluvia oscurecía la piedra. Era entonces cuando cambiaba de color y se tornaba negro.

Sabía muy bien que no iba a poder probar bocado. Hacía años que aquello no me pasaba, pero cuando me gustaba alguien se me cerraba el estómago. Eso era un signo inequívoco de que allí pasaba algo. No era algo de lo que estaba particularmente orgullosa pero así era: el amor me hacía perder el apetito.

¿Amor?

Dios mío, Sandra. ¿En qué estás pensando?

Me sonrojaba pensar que la repentina aparición de James Willis en mi vida, después de un año fuese un síntoma inequívoco de eso. De amor. De que aquello no se iba a quedar en un beso fugaz, ni en un revolcón. Algo me había cambiado desde nuestro encuentro atropellado.

CAPÍTULO 4

JAMES

Miré hacia arriba. El rascacielos se perdía en el cielo. Ni yo mismo me creía que estuviese allí, a las puertas del edificio en el que había trabajado durante años. En realidad ya no necesitaba trabajar, pero supongo que estaba en mi ADN. Ya echaba de menos tener un nuevo proyecto entre manos.

Esa idea me provocó la risa.

El proyecto era Sandra Meek, por supuesto.

—Entonces, ¿me detengo aquí? —me preguntó Elliott, mi chófer.

Me miró a través del retrovisor con un gesto de preocupación.

—Sí. Aquí mismo.

Cerró la boca y esperó tras el volante. Yo dudé un instante antes de salir del coche, pero finalmente abrí la puerta.

No había ningún riesgo real en el hecho de que hubiese decidido ir a buscar a Sandra Meek a la puerta del edificio donde yo solía trabajar, en la empresa que compartía con Logan. La tarde ya había caído y sabía muy bien la hora a la que solía abandonar la oficina. Aquel cabrón de Wolf era de la vieja escuela: le gustaba que su secretaria se quedase en el trabajo hasta que anochecía, prácticamente. Al menos así había sido siempre, aunque tal vez había relajado su postura desde que salía con Faith Bell.

Conocía muy bien las implicaciones de esperar a Sandra a la salida de su trabajo. Era consciente de que aquello que bordeaba la obsesión, pero habían pasado cuatro días desde nuestra "cita", por llamarla de alguna manera, y no había pasado nada más.

Algunos mensajes aquí y allá. Me había contestado, pero no había aceptado aún una nueva invitación para cenar. *Te digo algo en breve*, para mí, no es una respuesta aceptable. Me estaba dando largas.

Soy un hombre de acción. Estaba allí, a los pies de aquel maldito rascacielos, para que me diese un *no*; o más bien un *sí*, pero también era consciente de que estaba volviendo a un sitio que quería enterrar en el pasado. De hecho me había prometido no volver a pasar por esa manzana.

Pero a lo mejor no quería enterrarlo, simplemente soñaba con sacar a Sandra Meek de allí.

Yo también había guardado silencio después de nuestra cita, más allá de enviarle un par de mensajes. De repente me había asaltado una duda: ¿Me gustaba de verdad aquella chica o solo quería arrebatársela a Logan?

Estaba convencido de que era lo primero.

Algo en mi interior, hacía ya tiempo, había dejado atrás a mi ex socio. Era mejor para ambos que llevásemos caminos separados.

Miré mi reloj. Eran las ocho y diez de la tarde.

Esperé.

Y esperé.

Elliott aguardaba mis instrucciones dentro del coche. Hacía mucho años que trabajaba para mí y me había observado tanto a través de aquel espejo retrovisor que sentía que me conocía mejor que mi madre.

Nuestra comunicación era casi telepática. La razón por la que era mi empleado más duradero era su extrema discreción. Jamás opinaba, nunca preguntaba más de lo estrictamente necesario. Supongo que a esas alturas sabía que había una chica. Una razón de peso para volver al lugar del que salí escaldado.

Esperé durante veinte minutos, y por fin Sandra apareció en el vestíbulo del edificio. Se despedía de los recepcionistas y se dirigía a la puerta principal, cuando me vio, al otro lado del cristal. Me apresuré para esperarla junto a la salida y poder observar bien su reacción.

Al principio tenía una expresión asustada, pero después se relajó enseguida.

—James —me saludó con mi nombre, y después esbozó una sonrisa.

Eché un vistazo por encima de su hombro. Bajaba sola.

—Te marchas la última, como siempre…

—Esta vez ha sido culpa mía. No hay prácticamente nadie en la oficina. Está todo el mundo de vacaciones…Me he entretenido.

—¿Tienes un momento? —le pregunté—. Tengo el coche ahí mismo.

Señalé el Mercedes negro.

—Oh…Sí, por supuesto. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—Como tú estés más cómoda, Sandra. Sé muy bien que no debería haber venido sin avisarte. Pero si sientes la necesidad de desaparecer de nuevo, de marcharte corriendo, te prometo que no te molestaré más. Es que no dejo de pensar…en el beso que me diste.

Respiré hondo.

Dios mío, estaba preciosa. *Otra vez.* Me moría de ganas de acariciarla.

Sandra dio unos pasos en dirección hacia el coche y se detuvo junto a la parte trasera.

—¿Vamos? —me preguntó.

Corrí a abrirle la puerta.

Di la vuelta hacia el otro lado del vehículo. Sandra ya estaba dentro. No me había dado tiempo a decirle que Elliott trabajaba para mí y que nos llevaría donde ella quisiera, pero supuse que era demasiado lista y estaba demasiado acostumbrada a codearse con tipos como yo.

Entré en el coche. Por suerte, ella ya se había puesto cómoda.

—Quiero ir a casa —me dijo.

—Elliott, llevaremos a Sandra a donde ella nos diga.

Le dijo al chófer su dirección y nos pusimos en marcha. No era un trayecto corto, precisamente. Cada vez que llovía Manhattan se convertía en un pequeño caos. Aunque hacía un rato que había parado.

—No entiendo muy bien estas tormentas —me dijo, con la mirada perdida en el tráfico—. Estamos en pleno verano y de repente el cielo se ennegrece en pleno día…

Me cogió de la mano en el asiento trasero y solo entonces respiré tranquilo.

Vi como Sandra miraba a Elliott a través del retrovisor.

Pulsé el botón que nos separaría del chófer, el mismo que elevaba una fina pantalla negra de separación en el amplio asiento trasero del Mercedes y nos ofrecía algo de intimidad.

—Ya está. Tranquila, no nos oye.

—Espero que no te moleste que te lleve a mi territorio, James. Llevo unos días algo… intranquila. Yo también quería volver a verte, por supuesto, pero estoy hecha un lío. Sé que

tengo que dejar el trabajo detrás de esa puerta pero…

—Entiendo perfectamente ese dilema, Sandra. Pero, ¿cómo puedo hacer que comprendas que Logan Wolf ya no tiene nada que ver conmigo? Es solo una extraña y preciosa casualidad que nos encontrásemos en Central Park. Quiero que lo veas así. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que me creas.

No me soltó la mano.

Llegamos a su casa.

No soy un idiota, y sé que ella no me mentía cuando me dijo que quería acompañarme. Pero se metió en mi coche enseguida. Era evidente que no quería correr riesgos. No quería que nadie nos viese en la calle. Me pregunté si hubiese hecho lo mismo si la hubiese esperado a plena luz del día.

Llegamos a su casa, un coqueto apartamento en el West Village. Era una zona muy interesante en el sur de Manhattan. Yo mismo, a pesar de que no vivía demasiado lejos durante la semana, me había interesado por adquirir algunas propiedades en la zona.

Me incliné junto a la ventana de Elliott.

—No hace falta que me esperes. Te llamaré cuando puedas pasar a buscarme.

El chófer asintió y se marchó con mi coche.

Me quedé solo con Sandra, delante de la puerta de su casa.

—Espero que no te moleste que te haya traído hasta aquí —me dijo, mientras buscaba las llaves en su bolso, sin encontrarlas.

Era evidente que estaba nerviosa.

Mi sensación era que ninguno de los dos tenía ganas de rendir cuentas ante el mundo acerca de lo que estaba sucediendo entre nosotros. Porque ya ninguno de los dos podía negarlo.

Subimos al tercer piso por la escalera. Sandra guiaba mis pasos y me sentí el hombre más afortunado del mundo cuando se giró y me dijo:

—Tal vez esté un poco desordenado. No suelo tener visitas.

Le sonreí.

Abrió por fin la puerta que nos ofrecería absoluta intimidad.

Entramos en su apartamento.

Ella se quitó los zapatos y dejó el bolso sobre el mueble del recibidor, una elegante pieza de color negro que me hizo pensar enseguida que tendríamos un gusto parecido en cuanto a mobiliario. Y eso iba a facilitar mucho las cosas a la hora de…

—¿Entiendes mi dilema, verdad? —me preguntó en ese momento.

Ni siquiera me había conducido hasta el pequeño salón. Me abordó allí mismo, en aquel pasillo que se ramificaba, que parecía tener vida propia. Sandra apoyó la espalda en la pared, y eso me decía que íbamos a hablar allí mismo, que tenía que poner mis cartas sobre la mesa y hacerle ver de una vez por todas que estaba allí solo por ella.

—Explícame qué te preocupa.

—Sabes que si Logan, mi jefe, supiera que estoy aquí, contigo a solas, un año después, muy probablemente perdería mi trabajo.

Respiré hondo.

—¿No podemos olvidarnos de Logan? —le pregunté.

Miró al suelo.

De repente la vi junto a mí, descalza, más pequeña. Mucho más abrazable y apetitosa. Seguramente había una cama por allí cerca, pero estaba ya tan excitado que ni siquiera me hacía

falta una superficie mullida para recorrer su cuerpo con las manos. Con mi lengua.

Sandra levantó de nuevo la vista. Sonrió.

—Durante un tiempo fui especialista en meterme en líos, por eso no puedo creer que por una vez las cosas sean…fáciles. Llevo unos días pensando, intentando adivinar dónde está el truco.

—No hay trucos, Sandra.

—No es que sea una desconfiada, pero Dios…, si hasta estoy pensando en desnudarte para ver si llevas algún micrófono.

No me hicieron falta más palabras, aunque capté perfectamente el tono de broma. Si aquella chica necesitaba que me quedara desnudo delante de ella, que así fuera.

Mientras Sandra Meek, la secretaria de mi antiguo socio, me miraba de arriba a abajo y sus pupilas empezaban a dilatarse, busqué el primer botón de mis pantalones vaqueros y lo desabroché. Y después, la cremallera.

CAPÍTULO 5

SANDRA

Temblaba. No podía creerme lo que veía; las escasas prendas de ropa de James Willis cayendo una a una sobre el suelo de madera del pasillo. ¿Aquello estaba pasando?

Me miraba fijamente a los ojos mientras sucedía. Aquel condenado calor me invitaba a hacer lo mismo, pero no me atrevía. En ese momento fui consciente de lo distintos que éramos, y de cómo la gente de mi clase solo se mezcla con la suya en contextos laborales. O al menos esa había sido siempre mi percepción desde que llegué a la ciudad.

No. James no tenía ningún micrófono escondido en el pecho ni en ningún otro sitio. Lo que estaba pasando era lo que yo deseaba y no una artimaña para derribarme. ¿Podía confiar en él?

Sabía muy bien que si daba un paso al frente y me entregaba a ese hombre estaría poniendo mi corazón en sus manos. Era un riesgo poco calculado. Pero uno por el que estaba deseando precipitarme.

James dio un paso al frente y me atrajo hacia sus brazos. Estábamos a salvo, en el pasillo de mi apartamento y aún así sentía mil ojos puestos en mí.

Me daba igual. Iba a desatarme. Hacía demasiado tiempo que no…

Me empujó suavemente contra la pared.

—No dejo de pensar en esto desde que me dejaste solo en ese bar del hotel, el otro día —confesó, entre dientes.

Hice un amago de moverme, de conducirlo hasta mi dormitorio, pero James no parecía capaz de esperar. Me estaba desnudando, buscaba con ansia en mi espalda la cremallera del vestido veraniego, algo más informal de lo normal, que había escogido ese lunes para ir a la oficina desierta.

Con esa ropa, para él alcanzar mis bragas de encaje era lo más fácil del mundo. Sus manos hacían avances, arrancándome un placer inmenso cada vez que me rozaba.

Se puso de rodillas y me las bajó de golpe, inesperadamente.

—¡Oh, dios mío! —exclamé.

No sabía que deseaba tanto aquello hasta que lo tuve allí, al alcance de mi piel.

Me separó las piernas y sentí que besaba suavemente la parte interna de mi muslo, de arriba a abajo. Cada uno de aquellos besos me acercaba, y luego me alejaba, a mi propio alivio. Sentí que mis piernas flaqueaban, que estaba a punto de desplomarme, pero James parecía preparado para cualquier cosa. Enganchó una de mis rodillas sobre su hombro para tener un mejor acceso y agarró mi trasero para mantenerme en mi lugar.

Contra aquella pared.

No creía que la sensación de su boca sobre mí pudiese incluso mejorar, ser más intensa, hasta que su lengua se deslizó hacia arriba, recorriendo cada uno de los pliegues húmedos de mi coño.

Agarré su cabeza aunque aquel hombre no necesitaba ninguna guía. Sabía a la perfección lo que estaba haciendo, sabía muy bien cómo hacer que me estremeciese.

James gimió y por un momento temí estar haciéndole daño. Me di cuenta de que lo estaba agarrando por el pelo, estirando con fuerza hacia mí. Lo liberé, y él se sumergió aún más en mí, buscando mi clítoris, mi centro de poder; olvidado durante siglos hasta por mí misma.

Empezó a lamerlo con fruición, casi venerándolo. Yo gemí, deshaciéndome también por el poderoso efecto de sus manos, que buscaban mis pezones. Me revolví contra la pared. La palpé con mi mano, buscando algo a lo que agarrarme que no fuese su pelo y palpé algo que yo misma había dejado sobre el mueble del recibidor. Mi bolso. Se cayó al suelo.

No reaccioné. Mi cerebro estaba apagado, en blanco, solo podía concentrarme en cada una de las sensaciones que me estaba proporcionando James, con su lengua, sus manos y su deseo devorador.

—Creo que voy a…—murmuré, casi en trance. Pero no podía encontrar las palabras adecuadas.

Tampoco podía recordar cuándo otro hombre me había hecho sentir aquello.

Nunca.

Me corrí entre sus dientes. No pude, ni quise, contener un grito animal.

Necesitaba un instante de calma para regular los latidos de mi corazón, para que se calmaran y que aquel trozo de carne desbocado que me mantenía viva me permitiese pensar con claridad. Finalmente recuperé la sensación en las piernas y pude sostenerme por mi cuenta. Busqué la mirada de James, que me contemplaba extasiado.

Me incliné para besarlo con fuerza, con energía. Podía saborearme a mí misma en sus labios y especialmente en su lengua. Era una sensación extraña y adictiva al mismo tiempo.

James se puso en pie. Sujetó mi rostro para que escuchase bien lo que me tenía que decir:

—Esto no se ha terminado, Sandra. ¿Te ha gustado? Pues vas a sentirlo otra vez. Y otra.

Me puso contra la pared y recorrió mis brazos con los suyos. Noté su polla abriéndose paso entre mis muslos. La atrapé entre mis piernas y gemí al ser consciente de su considerable tamaño.

Me moví despacio, buscando el contacto íntimo que tanto necesitaba. ¿Cómo había podido privarme conscientemente de algo así? ¿Por qué había ignorado mi sexualidad durante meses, que luego se habían convertido en años?

—Eso es, inclínate un poco —me dijo James.

Me agarró de la cadera y me abrazó por detrás. Se inclinó y me susurró al oído:

—Tengo que tenerte aquí y ahora. ¿Has visto cómo me pones, Sandra? Ni siquiera soy capaz de separarme de ti para llevarte a la cama.

Mientras pronunciaba estas palabras empezaba a penetrarme. Apoyé la mejilla sobre la pared, confiando en que esto aliviase el calor que me invadía, la presión que sentía dentro de mi cuerpo después de tanto tiempo sin compartirlo con un hombre, sin dar acceso a mi intimidad.

El calor no se alivió.

Al contrario. Me había convertido en una olla a presión. Extendí los brazos, abracé la pared como pude y disfruté de cada una de sus embestidas. Notaba cómo crecía dentro de mí y me preguntaba si su sexo tenía un límite. Mientras me follaba con maestría, James atendía con más delicadeza otras partes de mi cuerpo: mis pechos, mi clítoris, mis dedos, que entrelazaba con los suyos.

Me corrí de nuevo en cuanto gritó que no podía más.

Fue entonces cuando me dio la vuelta, me cogió en peso y volvió a hundirse en mí, esta vez

con mi espalda apoyada en la pared. Eso me permitió abrazarlo con fuerza, descansar sobre su cuerpo sudoroso y disfrutar de aquel descomunal orgasmo compartido mientras me daba las últimas embestidas.

No soy muy consciente de lo que pasó el resto de la noche. Lo hicimos más veces, ya en el resto de la casa, avanzamos hacia el sofá, hacia la cama, y cuando abrí los ojos al día siguiente y vi que James seguía ahí, abrazándome, sentí una felicidad inmensa a la que no quería aferrarme.

No del todo.

Por lo que pudiera pasar.

CAPÍTULO 6

SANDRA

—Te desayuno a ti —me dijo James, besándome la mano mientras yo esperaba pacientemente junto al tostador.

Era surrealista que aquello hubiese pasado. Tal vez solo necesitaba tiempo y espacio para asimilarlo pero nunca había estado con un hombre de su estatus. Quiero decir, en mi casa, vestida con una camiseta blanca gigante con un Winnie The Pooh estampado.

James parecía cómodo. Me aseguró que había dormido fenomenal, a pesar de que yo me había despertado entre sus brazos, y eso me indicaba que posiblemente mi cuerpo inconsciente lo había buscado durante la noche, hasta conseguir que me abrazase.

No parecía tener prisa. Había hablado muy vagamente de sus "próximos proyectos", pero la realidad era que no sabía exactamente qué hacía James Willis en la ciudad.

Conocía muy bien las cifras que debía manejar porque debían ser muy parecidas a las de Logan, mi jefe, y muchos días me preguntaba qué hacía Logan dirigiendo una empresa cuando simplemente podía dedicarse a hacer crecer su fortuna.

El caso es que estaba inquieta. Por una parte, quería participar de aquella despreocupación. Quería volver con él a la cama después del desayuno, desnudarnos de nuevo.

Pero era martes. Tenía que trabajar.

Y resulta que trabajaba para su archienemigo. O no sé si lo era tanto, pero al menos estaba claro que no se sentía muy cómodo con el simple hecho de que apareciera en la conversación.

Así que no lo hice, no nombré a Logan. Aunque él debía saber muy bien que Logan era últimamente casi todo mi mundo. Un jefe a punto de casarse da mucho, mucho trabajo.

Le di un último sorbo al café y lo dejé en la fregadera. Dije exactamente lo que pensaba:

—Me encantaría pasarme la mañana contigo, James, pero creo que he de empezar a arreglarme para ir a la oficina.

Miró su reloj, como si no supiera que eran ya las siete.

Fui consciente enseguida de que le había cortado el rollo. Había enrarecido aquel clima cálido y confidente en solo unos segundos, porque ir a trabajar implicaba "volver al lado de Logan", aunque fuese solo en espíritu, ya que, como el resto de días en aquel tórrido verano, probablemente estaría más sola que la una en la oficina.

James sonrió, se levantó y me abrazó por la espalda.

—Tómate el día libre.

Dejé escapar una risita entre histérica y nerviosa.

—Eso no es posible.

Lo miré. No estaba bromeando.

—Claro que lo es. Estamos en pleno verano.

—Ya, James, pero tengo responsabilidades. Y además, no estaría avisando con la suficiente

antelación…

Me miró fijamente, exhibiendo media sonrisa.

—Te entiendo. Solo digo que es una opción. Podrías hacerlo. Él lo entendería.

Me besó.

Entendí que nunca más iba a decir su nombre mientras yo continuase trabajando para él. Finalmente se apartó. Me dolió esa distancia repentina.

—En realidad yo también tengo que irme. Voy a ir a Montauk a jugar a tenis con mi hija. Iré a buscarla a la salida de la escuela.

Nuestra despedida fue extraña. No puedo decir que fue fría. Y, por supuesto, no temía que James desapareciese de mi vida tal y como había reaparecido: de repente, ya que se despidió con un "te llamo más tarde" que me pareció sincero. No soy una ingenua, por supuesto que eso no es indicativo de nada hoy en día.

Estaba feliz, y contrariada al mismo tiempo. Pero hasta más tarde no supe por qué. Fue cuando ya estaba en la oficina, intentando poner un poco de orden en la bandeja de correo de Logan, cuando me vino a la mente lo que James me había sugerido.

Que me tomase un día libre.

Que Logan no tendría más remedio que decir que sí.

Fue en ese momento cuando fui consciente del lío en el que me había metido.

Aquel hombre había puesto mi vida patas arribas en solo unos días. Era raro el momento en que no estaba pensando en él. Había despertado algo en mí que llevaba dormido demasiado tiempo; y el excepcional sexo que habíamos compartido me había atrapado todavía más.

Me levanté de mi mesa y di un paseo por la oficina semidesierta. Llegué hasta el antiguo despacho de James, del que solo yo tenía la llave. Lo abrí y me acerqué a la ventana. Alguien, supongo que el personal de limpieza, se había preocupado de regar una solitaria planta que había quedado por allí después de su precipitada marcha.

Me quedé allí unos minutos, buscando su olor en el aire, algún rastro que hubiese quedado atrás. Después me giré y me encaré con su elegante mesa de trabajo.

Logan me había propuesto que me trasladase a aquel despacho que se quedaba vacío, si realmente me gustaba más que el mío. Le dije que no. Esa era la mesa sobre la que había visto las dichosas fotos, así que me traía un mal recuerdo que no podía explicar.

En ese momento mi móvil, que llevaba en el bolsillo de mi vestido, vibró. Pensé que era Logan con alguna de sus peticiones intempestivas, pero no. Era Alice:

¿Estás en la oficina hoy? Tengo que ir a Gucci a recoger un vestido para Faith. Pasó a verte a mediodía y almorzamos juntas. Tengo algo urgente que contarte.

Me sorprendió aquel mensaje. Alice era mi amiga desde hacía relativamente poco, y dado que aún no nos conocíamos con demasiada profundidad no tenía referencias sobre mensajes similares.

Aún me sentía mal por el plantón que le había dado para encontrarme con James, pero sentía que podía emplazarla fácilmente a otro día. Lo de James, en cambio, no era tan seguro, y necesitaba averiguar si sentía algo por mí.

Le contesté enseguida:

Sí, estoy en la oficina. Y podemos almorzar hoy, por supuesto.

Alice no tenía un lugar de trabajo fijo, pero pasaba mucho tiempo en casa. Desde allí se implicaba a fondo en la agenda de Faith Bell. Lidiar con los compromisos de una estrella del pop no debía ser nada fácil, pero siempre que nos veíamos ambas hacíamos ese esfuerzo consciente de no hablar de trabajo, así que no sabía demasiados detalles.

A la una en punto Alice me esperaba en el vestíbulo del edificio. Tenía el rostro serio. Algo le pasaba. Me dio un fugaz abrazo y enseguida me sugirió *Rory's*, un restaurante vegetariano al que habíamos ido de vez en cuando.

En cuanto nos sentamos ante las cartas del menú supe que algo había pasado. Algo relacionado con Faith. O con Logan. Ese era nuestro mundo en común.

—Sandra, sé que tú eres reservada con ciertas cosas —me dijo—. Pero he pensado que tenía que comentarte algo. Hace un par de días recibí una llamada de Logan Wolf. Una llamada un poco inquietante.

Abrí mucho los ojos. Alice nunca se había comunicado directamente con él, al menos que yo supiera.

Me di cuenta de que mi corazón empezaba a latir con un poco más de vigor.

—¿Qué te dijo?

Alice respiró pesadamente. En ese momento, una de las camareras de *Rory's* se acercó para tomar nota. Conocía bien la carta. Ni siquiera tenía que consultarla. Pedí un *risotto* y agua mineral.

—Logan te vio paseando por Central Park. Con su exsocio, James Willis. Y me ha preguntado si yo sabía algo al respecto.

—¿Que me vio…?

—No sé detalles, Sandra. Creo que él pasaba por allí en su coche. Su chófer se desvió por el Upper West Side y os debió ver.

Creo que el color acudió a mis mejillas de repente. Yo no era precisamente una buena actriz. Mentir era lo que peor se me daba en este mundo.

—Sí, me encontré a James —reconocí al instante—. Yo estaba en el parque por la tarde. Me quedé dormida sobre el césped. Salí de allí un poco desorientada, por la siesta improvisada. Y de repente me cae algo encima. Era James. Me había metido, sin querer, en la senda que utilizan los corredores. No me vio. Me caí al suelo y después me acompañó a la salida del parque.

Me callé. No estaba preparada para contar más. Y desde luego no después de saber que Logan me había visto. Dios mío, ¿cómo era eso posible? Sabía que Logan solo se desplazaba por Manhattan en casos de extrema necesidad, y que últimamente solo iba desde la azotea de nuestro edificio hasta su casa en helicóptero.

Era allí, fuera de la ciudad, donde se había instalado con su novia, Faith. ¿Y casualmente me había visto en el momento en que hablaba con James a la salida del parque? Aquello me generó una gran inseguridad. No podía, en esas circunstancias, contarle nada más a Alice.

—Estoy de tu parte, Sandra. Obviamente no te estoy recriminando nada. Por favor, no pienses eso, y tampoco le des demasiadas vueltas. Solo quiero ponerte en sobreaviso. Si Logan, que jamás me había llamado, se atrevió a preguntarme si yo sabía algo es porque vio algo ahí que le preocupó. No lo sé. Tal vez un acercamiento, lenguaje corporal, no tengo ni idea.

Doblé los bordes de la servilleta, nerviosa.

—No entiendo su preocupación. Simplemente me lo encontré —insistí—. James es alguien a quien he visto a diario durante años en la oficina…Y sé muy bien que las cosas no han acabado

bien entre ellos, pero yo solo fui cordial…

Bebí agua. Llegadas a este punto, casi era mejor callarse y tratar de cambiar de tema, pero el gesto serio de Alice me hacía pensar que algo iba realmente mal.

Empezó a comer su lasaña de verduras y me preguntó por el bolso que llevaba. Ella también se había incomodado por momentos.

—No fue él, Alice —dije entonces.

—¿Qué?

—No fue James quien encargó hacer esas fotos de Faith y Logan.

—¿Eso te ha dicho él? Fuiste tú misma quien las encontró sobre su mesa.

—Exacto. Pero me ha contado lo que pasó. Las recibió en un sobre de correo ese mismo día. En el remitente había un nombre escrito, el de aquella periodista…Sharon Clash. La que escribió por primera vez sobre ellos en esa web de cotilleos.

Alice se encogió de hombros, como si no quisiera saber nada más del tema.—No sé, Sandra. Tú tienes más información que yo, seguro. Solo quería avisarte de que Logan está al tanto de vuestro encuentro. Y yo tengo un trabajo muy parecido al tuyo. Sé muy bien cómo son *ellos*. A veces lo ven todo blanco o negro, no aprecian los matices ni los grises. Si sigues viendo a James, no me extrañaría en absoluto que Logan te pidiese que escogieras entre él o…seguir con tu trabajo. Solo quiero que tomes una buena decisión, eso es todo. Una decisión informada.

CAPÍTULO 7

JAMES

—Papá, creo que no te has enterado de nada de lo que te he dicho en los últimos quince minutos —me dijo Ava, mi hija, con gesto circunspecto.

Desperté de mi ensoñación. La había llevado a tomar un *smoothie* a la salida de su clase de piano. Nos habíamos sentado en una de las mesas del parque y en un momento dado, había sacado su *tablet* de la mochila y se había puesto a navegar por Internet. Elliott nos esperaba a unos cincuenta metros de distancia junto al coche.

Últimamente iba a Montauk con frecuencia a visitar a Ava. Yo tenía más tiempo libre, y era allí donde vivía la mayor parte del tiempo con su madre, en los días en los que no estaba conmigo en Manhattan. Se debía sobre todo a mi ausencia durante buena parte del último año. No había conseguido que quisiera venir conmigo a Florida para estar con sus abuelos. O al menos no todo lo a menudo que me hubiese gustado.

—Oh, te escucho. La excursión con tus amigas. Lo discutiré con tu madre —le dije.

Mi hija era lista e intuitiva. Siempre permanecía alerta, por eso sabía muy bien que podía empezar a hacer breves escapadas con sus amigas, siempre y cuando hubiese un adulto cerca que las supervisara. Pero eso hacía también que no le pasara desapercibido cualquier cambio en mi estado de ánimo.

—¿Nos vamos? —le pregunté—. Te dejaremos en casa.

Asintió.

No estaba bien. Hacía unos días que no tenía noticias de Sandra. Algo en mí se resistía fieramente a pensar que todo se había acabado. Su mensaje de despedida era demasiado frío y robótico. No tenía nada que ver con la mujer de la que me despedí; en su casa, después de desayunar y pasar la noche juntos.

No puedo seguir viéndote si quiero conservar mi trabajo.

Y nada más.

No contestó a mis mensajes posteriores, y no descolgó las dos llamadas que le hice.

Ese había sido su mensaje. Herví de rabia al leerlo. incrédulo y furioso. Maldito Logan Wolf. ¿Cómo se había enterado de que Sandra y yo nos estábamos viendo? ¿Por qué insistía en hacerme la vida imposible a pesar de que yo no había tenido nada que ver con esas malditas fotos robadas?

Elliott y yo acompañamos a Ava a casa de su madre.

—¿Regresamos a Manhattan? —me preguntó el chófer después.

—Sí, volvamos.

Eran unas dos horas de trayecto, conduciendo por la costa. Un viaje que siempre disfrutaba. Era tiempo para pensar, para contemplar el paisaje, pero sobre todo para darme cuenta de que no me iba a rendir tan fácilmente.

A pesar de que siempre ha sido casi imposible que yo aceptase un no por respuesta en cualquier circunstancia, mi primer impulso con respecto a Sandra fue retirarme. Sentí que tenía que dejarle espacio. Solo mi ausencia podría, con suerte, hacer que se diera cuenta de que lo que había pasado entre nosotros era algo imparable.

Era mi intuición. No sé. Algo me decía que ella era la mujer descrita en mi destino y por alguna razón algo superior la había puesto en mi camino de nuevo —nunca mejor dicho— porque no había sido capaz de *verla* durante los años en los que compartimos oficina.

¿De verdad iba a dejar que se esfumase tan fácilmente?

Pulsé el comunicador del coche que me permitía hablar con el chofer.

—Elliott, ¿recuerdas el lugar en el que dejamos a Sandra Meek hace unos días?

—¿La señorita del West Village?

—Exacto.

—Sí.

—Vamos hacia allí, por favor. He de hablar con ella.

Me convencí a mí mismo que si era un *no* iba a necesitar oírlo en persona.

CAPÍTULO 8

SANDRA

Un salto al vacío. Un horroroso vértigo y a la vez, la libertad. Todavía no podía explicar muy bien lo que acababa de suceder esa misma tarde en la oficina. Pero ese era el torbellino de sensaciones que me invadía.

Apenas había visto a Logan en todo el verano. Pero ese día, a primera hora de la mañana, me llamó y me dijo que ese día estaría en su despacho y que nos veríamos allí.

Me extrañó.

Los preparativos de su boda y el nuevo disco de Faith Bell lo tenían completamente absorbido. Uno de los motivos por los que no solía hablar de ellos con Alice era porque, en todo lo que concernía a su prometida era muy hermético. Yo sospechaba que había empezado a dirigir algunos aspectos de la carrera musical de Faith, pero no sabía qué exactamente, ni tampoco se lo había preguntado a Alice.

Yo había sido una empleada discreta.

Discreta y leal.

Y tenía la sensación de que Logan, debido a ese amor incipiente y oculto que sentía por James, estaba a punto de darme la patada.

Pero no iba a darle esa satisfacción.

Fue una decisión precipitada pero firme. Tal vez era producto de la rabia y de la súbita desconfianza de trabajar para alguien que, de repente, dudaba de mi honestidad.

Pero supongo que algo, en el fondo, me decía que había algo de razón en sus dudas. No podía trabajar para él, seguir siendo su secretaria personal después de todos estos años, y al mismo tiempo empezar una relación con su exsocio. Logan se sentía traicionado por James, y nada de lo que yo pudiese contarle a partir de ahora serviría para hacerle cambiar de idea.

Era así.

Esa mañana Logan no me dijo nada sobre mi encuentro con James.

Se lo dije yo todo a él.

No le hablé de su exsocio, por supuesto. Él no me gobernaba. Lo que hacía fuera de ese dichoso edificio era solo asunto mío.

Ese fue el día en que presenté mi dimisión.

No me concedí demasiado tiempo para pensarlo y tampoco quise acordarme de los años que llevaba trabajando al lado de Logan, el *Lobo de Baltimore*. Pero también sabía muy bien que con su nombre en mi currículum no tardaría demasiado en encontrar otro empleo similar. O quien sabe, tal vez era el momento de parar un tiempo, unos meses, y darle otro rumbo a mi carrera.

Antes de entrar en su despacho releí una y otra vez el estúpido mensaje que le había enviado a James:

No puedo seguir viéndote si quiero conservar mi trabajo.

¿En qué momento enviar aquello me había parecido una buena idea? Sentí un nudo en la garganta. Al principio creía solo que estaba hecha un lío, que aquel hombre había revolucionado mis hormonas y que ese era el único motivo por el que quería más. Y que justamente por eso, porque debía estabilizarme de nuevo, debía mantenerlo apartado.

Y ahora estaba sin trabajo y sin James Willis, pero con mi dignidad intacta.

Valiente dignidad la que me resquebrajaba por dentro.

Logan ni siquiera había parpadeado cuando le anuncié mi marcha. No me preguntó el motivo porque seguro que intuyó que estaba relacionado con James, con aquel fugaz encuentro en Central Park. Y en realidad, no. Estaba relacionado con su repentina desconfianza y con la gota que colma el vaso.

Ese día había decidido que había tenido suficiente. Suficiente Manhattan, suficiente oficina y suficiente disponibilidad veinticuatro horas siete días a la semana.

—Supongo que es una decisión muy meditada, Sandra —me dijo—. Lo entiendo cien por cien. Por supuesto, si la necesitas, tendrás de mí una carta de recomendación que escribiré personalmente.

Respiró hondo, de forma un poco teatral, antes de desearme *toda la suerte del mundo.*

Ni una sola mención a James.

En ese momento pensé que lo de las fotos robadas con Faith habían sido solo la punta del iceberg. Que había algún conflicto profundo entre ellos del que no tenía la menor idea.

Abandoné la oficina como en una nube. Era mínimamente consciente de los problemas que se me avecinaban. Para empezar tendría que empezar a buscar un nuevo empleo. Tenía unos buenos ahorros para aguantar al menos durante medio año, pero tampoco eran para tirar cohetes.

No podía contarle a nadie aún que había dejado a Logan. Nadie lo iba a entender. Pensarían que me había vuelto loca. Y no estaba segura de poder quitarles la razón.

Solo mi subconsciente sabía el verdadero motivo. No iba a permitir que nadie coartara mi libertad para ver a James. O a quien me diese la gana.

Y una vez solucionado aquello, tenía que preocuparme de recuperarlo, de no seguir saboteando lo que parecía destinado a pasar.

Ese día salí antes de la oficina. Envié mis cosas a casa con mensajero —no estaba segura de si podía utilizar recursos de la empresa recién despedida, pero qué demonios—. Había esperado todo el día para anunciarle a Logan mi dimisión. Eso era lo único de lo que me arrepentía por el momento.

Debería haberlo hecho a primera hora de la mañana. *Así tendrías el resto del día libre,* pensé.

Pero no pude. Necesitaba enviar algunos emails urgentes y, sobre todo, copiar algunos archivos de mi ordenador de trabajo a un *pen drive*. También copié la agenda de contactos de Logan, algo que debería haber hecho hacía tiempo. *Nunca se sabe cuándo puedo necesitar a alguien poderoso,* pensé. Y os puedo asegurar que bastantes de esos contactos, por no decir muchos, me debían sendos favores.

Supongo que hubo algo de simbolismo en lo último que hice antes de abandonar la oficina. No me envié absolutamente todo por mensajero. Me bajé de los zapatos de tacón y me calcé unas

zapatillas deportivas que guardaba en mi mesa para cuando me iba a pasear a Central Park. Ese día llegué al vestíbulo de edificio pudiendo, por fin, caminar cómoda; y con los zapatos de tacón en la mano.

Me despedí del personal de seguridad sin decirles que no volvería al día siguiente. No estaba preparada para grandes despedidas. De hecho le pedí a Logan, como último favor, que comunicase él mi marcha al resto del equipo, a medida que se fuesen incorporando en persona a la oficina después del verano.

Decidí dar un paseo hasta casa. Era una larga caminata de hora y media hasta el suroeste de Manhattan, donde estaba mi apartamento. Ese día necesitaba, más que nunca, caminar, hacerme a la idea de mi nueva libertad. Pensar muy bien qué iba a hacer con respecto a James.

Supongo que no fue necesario. Siempre me digo a mismísima que debo dejar de pensar tanto.

James me esperaba en la puerta de casa.

Sonriendo.

Esa escena me sonaba.

Corrí a abrazarlo y me cubrió de besos. Si había habido algún malentendido, aquel contacto humano incontestable lo deshacía por completo.

—¿Siempre vas a esperarme en las puertas de los sitios, sin avisarme? —le pregunté.

Lo miré a los ojos, buscando todas las respuestas que necesitaba.

—Por supuesto.

—Ya no tengo un trabajo al que volver mañana.

—Oh, Sandra.

—Me he ido. Le he dicho que no volveré. No puedo seguir ahí si él tiene problemas contigo todavía.

Me estrechó entre sus brazos. Oía su respiración, su alivio.

—No tenías por qué hacerlo.

—No quiero esconderme, James. Quiero que nos veamos a la luz del día. Que nos vean.

Sonrió, me besó las mejillas, los párpados. Buscó mi lengua y me susurró que, a pesar de eso, estaba deseando subir a mi apartamento. No necesitábamos nada más. Empezaba mi nueva vida, desde cero, pero con James a mi lado. Mi gran tropiezo se convirtió en la mejor de mis apuestas.

Aposté fuerte.

Y gané.

EPÍLOGO

Ocho meses después

SANDRA

James me lanzó una mirada incrédula.

—Oh, vamos. No he podido evitarlo. Es todo demasiado…jugoso —le dije.

—Solo digo que tal vez no hacía falta pararse en mitad del tráfico para comprar una revista, cariño. Seguro que está todo en Internet.

Se inclinó y me besó.

Me acomodé un poco mejor en el asiento trasero del Mercedes. Sorteábamos el tráfico en dirección al Ancien St. Clare's Hospital. Teníamos una cita para mi primera ecografía.

Sí, James y yo esperábamos un bebé.

Ese día, precisamente, me confirmarían de cuánto tiempo estaba embarazada, pero me sentía fenomenal. La noticia nos había pillado por sorpresa. Aún estaba en *shock*, porque ser madre era algo que nunca había entrado en mis planes pero James no podía estar más feliz.

Había sido él quien me había tranquilizado después del colapso que sentí al ser consciente de que las faltas en mi periodo se debían a que un ser pequeñito estaba creciendo en mi interior.

Había pasado por todo el espectro emocional posible. Euforia, terror, pánico, tristeza, alegría desbordada, desconfianza. Lo había sentido absolutamente todo; y aunque esos sentimientos eran pasajeros y volátiles, lo único que permanecía al final era el amor que James y yo sentíamos el uno por el otro, que crecía día a día desde que nos habíamos ido a vivir juntos.

Era curioso que el mismo día en que, con suerte, escucharíamos los latidos de nuestro bebé, podíamos ver por fin las espectaculares fotos de la boda de Logan Wolf y Faith Bell en aquella revista.

Supongo que en el fondo me alegraba por ellos.

A James no le importaba aquel tema en absoluto, pero yo no había podido resistirme a pedirle a Elliott que se detuviese junto a un quiosco para comprar la revista con la primicia de las imágenes entre uno de los hombres más poderosos de Manhattan y la famosa cantante Faith Bell.

James echó un vistazo a las fotos a toda página. No podía evitarlo.

—¿Sabes lo más fuerte y paradójico de todo? —me preguntó.

—Qué.

—Dudo que esas fotos sean robadas. Han pactado una exclusiva. Seguro. Así es el *Lobo de Baltimore*. Logan no da puntada sin hilo.

Me reí.

Logan era capaz de eso y de mucho más. Lo sabía muy bien. Pero él y Faith eran una pareja excéntrica y reclusiva. Apenas se les veía. Ella había cancelado su gira de conciertos, y había hecho un escueto comunicado en Instagram diciendo que, por el momento, no habría más giras.

Se concentraría en su música y seguiría publicando canciones, pero no las presentaría en directo. Iba a dedicarse a su vida personal, sin detallar que iba a casarse.

—¿Puedo confesarte algo? —me preguntó mi prometido.

—Claro.

—Creo que él mismo envió esas fotos. Y que fue él quien las mandó a hacer.

—¿Las de su boda?

—No. Las que aparecieron sobre mi mesa.

Lo miré. No bromeaba.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas a esa periodista? ¿Sharon Star? La que escribió por primera vez sobre ellos cuando se conocieron en aquel restaurante.

—Sí. Nadie parece saber quién es.

—Porque no existe…He intentado dar con ella en varias ocasiones. He preguntado. No existe.

—Tal vez es un pseudónimo.

James se encogió de hombros. Cogió la revista de mi regazo y la cerró.

—Sea lo que sea, le estoy agradecido. A Logan. Si no fuese por él nunca te hubiese conocido.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro. Él estiró el cuello y me besó.

—Y míranos. Vamos a ser padres.

Me estremecí. Uno de sus brazos rodeó mis hombros. Desde el día en que lo encontré de nuevo junto a la puerta de casa, esperándome, no había vuelto a utilizar unos zapatos de tacón. Siempre me habían parecido incomodísimos y sin embargo los consideraba un elemento innegociable de mi uniforme de secretaria. Pensaba en mi nueva vida, en esa ausencia de zapatos, mientras observaba el trasiego de profesionales en las aceras de Manhattan.

El destierro de aquellos zapatos había supuesto el inicio de mi nueva vida junto a James.

Nos fuimos a vivir juntos casi enseguida. Gracias a mi renuncia de repente disponía de tiempo para hacer todo lo que había relegado durante mis años como secretaria. Todo era fácil junto a James, y daba las gracias todos los días a mi yo del pasado por haber saltado al vacío sin red, por haber dado aquellos pasos sin tacones, por seguir a ciegas lo que me dictaba el corazón. Di también gracias de no habérselo contado a nadie. ¿Quién hubiese entendido lo que sucedió en aquellos días? ¿Me hubiesen aconsejado que apartase a James de mi vida y que no me complicase? Estoy convencida de ello.

Nuestros dedos se entrelazaron sobre mi vientre mientras él me susurraba un *te quiero* en el oído. Eran dos palabras constantes, que se repetían entre nosotros, que necesitábamos todos los días. Me alimentaba de aquellas dos palabras que siempre me provocaban un pequeño espasmo de felicidad.

***

Un amor desértico

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

RILEY

Busqué a toda prisa las gafas de sol en mi bolso en cuanto bajé del avión. El calor del desierto se manifestaba en todo su esplendor, a pesar de que las primeras estrellas empezaban a apuntar en el horizonte. Había llegado en el último vuelo de la tarde. Debía estar contenta con aquel proyecto. ¿Por qué no me sentía del todo feliz?

Mi nombre es Riley, vivo en Los Ángeles y soy maquilladora profesional. Con esta presentación, lo natural es que todo el mundo piense que mi carrera profesional está vinculada al cine, o por lo menos al mundo del espectáculo. Sí, así es, pero desde hace muy poco. Y desde luego, no suelo trabajar en proyectos convencionales.

En los últimos años he estado ocupada a tiempo completo en el maquillaje de efectos especiales. Y eso significa sangre, mucha sangre. Cine de terror y acción. No tengo que esculpir rostros y hacerlos más bellos, más bien todo lo contrario: tengo que darles una apariencia desoladora y destrozada.

Es divertido, supongo. Pero no deja de ser trabajo.

Era muy consciente de que no había sido la primera opción de Rochelle Edwards, la productora de la película. Su maquilladora de referencia estaba convaleciente después de una aparatosa caída desde una terraza en una fiesta nocturna de Hollywood. Tal vez había hecho tres o cuatro llamadas más hasta dar conmigo, muy posiblemente la única maquilladora dispuesta a trabajar durante las primeras semanas de julio.

En pleno verano.

En medio del desierto de Arizona.

Además, era consciente de que era un reemplazo. Y también sabía muy bien quién era el protagonista de la película: Chris Beets. Un actor a quien había conocido unos años atrás cuando no era en absoluto famoso. Beets y yo tuvimos un breve flirteo en una fiesta, pero las cosas no pasaron de un par de besos. Lo que pasó después era mi dinámica habitual en esa época: me obsesioné, lo busqué, lo encontré “por casualidad”, me rechazó y juré no volverme a fijar en un hombre en lo que me quedase de tiempo sobre esta tierra.

Caminé por la única terminal de aquel aeropuerto de juguete. Mi vuelo iba prácticamente vacío. Nadie viajaba a aquel desierto pedregoso en julio, esa era la realidad. Supongo que parte de mi cabreo venía de haber cancelado un viaje que tenía previsto desde hacía meses por el sur de Europa, con Tina y Lorraine, mis dos mejores amigas. Finalmente se habían marchado sin mí, y todo porque en este maldito mundillo del cine no puedes permitirte rechazar trabajos si estás al principio de tu carrera.

Avancé por la terminal hasta que vi un cartel con mi nombre: RILEY MAKE UP. *Riley*

maquillaje. Aquello me hizo gracia. Sonreí a la chica que lo sostenía. Parecía muy joven. Sin duda era uno de los miembros del equipo de producción, la encargada de recoger a todo el mundo en aquel aeropuerto enano.

Caminé hacia ella con decisión.

—Soy Riley —le dije.

Me estrechó la mano.

—Bienvenida. Yo Alice. Genial. Tu vuelo viene con un poco de retraso, ¿no?

Busqué con la mirada el panel de llegadas. En realidad solo nos habíamos atrasado unos quince minutos, pero no la corregí. Parecía algo nerviosa, o más bien estresada.

—¿Ya tienes todo tu equipaje? —preguntó.

Asentí. En realidad el grueso de mi equipaje consistía en todo el material que necesitaba para trabajar. Apenas tenía ropa o enseres personales para los veinte días que duraría aquella experiencia infernal.

—Vámonos, entonces. Hay bastante lío. Te cuento en el coche.

Fuera nos esperaba un vehículo SUV que conduciría la misma Alice.

Pusimos todos mis bultos en el maletero y nos subimos al coche. Mi estómago se quejó. Llevaba demasiadas horas sin probar bocado.

—El rodaje ha empezado un poco accidentado. De hecho está detenido ahora mismo. Pero solo será un día. Espero. Si no me temo que tendré que cancelar mis vacaciones…

—Ya. Ni me hables de eso. Yo he tenido que posponer las mías…¿Qué ha pasado?

—Chris Beets. Eso es lo que ha pasado. Es la primera vez que coincido con él en una película, y espero que sea la última.

No era la primera vez que oía hablar mal de Beets. Era un actor excelente, eso era obvio. Su carrera había sido meteórica en los últimos tres años. Pero tenía fama de ser un poco déspota y alguien con quien era complicado trabajar. Pero mis dudas a la hora de aceptar aquel trabajo tenían poco ver con aquello y más con el hecho de que no quería, bajo ningún concepto, reactivar aquella antigua obsesión mía. Finalmente me dije que debía ser profesional, actuar con naturalidad si me reconocía —cosa que dudaba, seguro que aquel tipo conocía a decenas de chicas todos los meses— y cobrar el maldito cheque. Quién sabe, tal vez incluso podría recuperar algunos días libres y marcharme de vacaciones. Necesitaba desconectar. Había encadenado demasiados rodajes seguidos. Pero aún no era lo suficientemente conocida como para permitirme el lujo de rechazar trabajos. Vivir en Los Angeles no es precisamente barato.

—Déjame adivinar…¿un gilipollas? —le pregunté a Alice.

Ya estábamos fuera del aeropuerto y nos encontrábamos avanzando por una carretera que parecía conducirnos a ninguna parte.

—Sí, pero ni siquiera ese es el problema. Se niega a hacer ciertas escenas y ha pedido un doble. Y eso ha hecho que todo se retrase, porque no es tan fácil encontrar a alguien que deje lo que está haciendo, repentinamente, para venir a trabajar en julio a este maldito horno.

La miré con cara de circunstancias. Esa era un poco mi situación.

—Lo siento, en tu caso es algo distinto supongo…Digamos que este rodaje está un poco maldito desde el día uno.

—Bueno, pues aquí estoy yo para enderezarlo.

Alice se rio.

—Ojalá, pero yo en tu lugar no me cargaría esa responsabilidad sobre la espalda. Mírame a mí. Ni siquiera soy una de las auxiliares de producción. Tengo un puesto intermedio, trabajo mano a mano con Rochelle. Y me he ofrecido encantada a venir al aeropuerto a recoger a los

miembros del equipo que han llegado en los últimos días. Eso me permite desconectar, conducir, relajarme un rato y abandonar ese microinfierno.

—Te entiendo…

De repente tenía muchas preguntas que hacerle. Podía empezar a estrechar lazos con Alice, pero la experiencia me decía que debía ser prudente. Yo era habladora por naturaleza y tenía cierta tendencia a hablar más de la cuenta, especialmente a revelar cosas sobre mí o mi pasado que a la larga no me dejaban en muy buen lugar.

Así que había aprendido a callarme.

Contemplé el cielo rojo que precedía a la noche. Al día siguiente tendría mi primera reunión con el director de producción y empezaría a trabajar, a preparar mis horarios. Ya le había echado un vistazo al guión y al tipo de maquillaje que tendría que hacer. No era complicado. Sangre, sudor y poco más.

Era una película de acción llamada *Bajo las piedras*. Era un producto ochentero que se estrenaría en alguna plataforma hacia finales de año. Por lo que había oído a Chris Beets le pagaban una millonada, y esa era probablemente su principal motivación para darles un sí. Sabía muy bien que él era esa clase de actor que tiene "aspiraciones", que quiere trabajar con directores de prestigio, que sueña con rodar en Europa; pero que está convencido de que para ello primero ha de pasar por películas de acción o peor aún, de superhéroes. Pero aún no le había llegado ese "Marvel" con el que liquidar su hipoteca.

—¿Tú lo conoces? —me preguntó Alice.

—¿A Beets?

—Sí. ¿Has trabajado con él?

—No, nunca.

—Mejor. En realidad no debería haberte contado esto. Es mejor que no tengas prejuicios y que puedas trabajar tranquila.

Me encogí de hombros.

—No me importa. ¿Y el resto?

—¿El resto?

—El resto del equipo. Los coprotagonistas.

—Oh, más o menos bien. Apenas me dan problemas. Con David también está todo bien. Solo está un poco estresado con el asunto del doble de acción.

David Harrington era el director de la película. Nunca había coincidido con él, pero tenía buenas referencias.

—A ver si lo entiendo…necesitan un doble de acción… para hacer las escenas peligrosas de Chris Beets.

Alice estiró el brazo y cogió una bolsa de patatas fritas del asiento trasero. Me la dio para que la abriera, sin apartar los ojos de la carretera.

—Sí. Pero por suerte el rodaje no se va atrasar más. El doble ya está aquí.

Fue en ese instante cuando mi corazón se agitó dentro de mi pecho. Pensé que habíamos superado un bache en aquella carretera algo destartalada, pero reconocí la sensación al instante. Siempre que me hablaban de un doble de acción pensaba en él. En Jon Halliday.

—Se llama Jonathan Halliday —dijo Alice mientras se llevaba una patata a la boca.

—¿Cómo?

—¿Lo conoces?

¿Que si lo conozco? Vaya si lo conozco. Era el mejor amigo de mi hermano mayor cuando íbamos al instituto en Pasadena. Era alto, perfecto, guapísimo. Recuerdo que yo me escondía en

casa cada vez que venía a buscar a mi hermano, con el consiguiente cachondeo familiar. No sé si mi hermano Billy se enteró alguna vez de que yo estaba absolutamente colada por Jon Halliday, pero siempre tuvo la decencia de no mencionarlo.

¿Y cómo sabía que estábamos hablando del mismo Jon Halliday? Pues porque aquel ridículo amor adolescente desapareció de mi vida un buen día, sin despedirse, en el momento en que sus padres se mudaron a otra ciudad y él decidió inscribirse en una academia de policía.

Mi hermano Billy tampoco supo decirme con exactitud qué había sido de Jon. Al parecer, no le dio demasiada importancia al hecho de que se hubiese largado sin decir nada. *Son cosas de Halliday. Típico de él.* Con el tiempo nos enteramos de que Jon había abandonado la idea de ser agente de policía y se había hecho profesor de artes marciales.

Y un día, hacía poco más de un año, Billy me dijo que había recibido un e-mail de Jon. Que había tardado leerlo porque se lo envió a una antigua cuenta de Hotmail que ya apenas revisaba. En el e-mail Jon le contaba que estaba de nuevo en Los Ángeles, que era doble de escenas de acción y que deberían verse algún día.

Billy me contó todo esto una mañana entre risas, en una de las pocas ocasiones en las que nos veíamos para ordenar el garaje de mamá.

—Creo que me lo ha dicho porque debe haberse enterado que trabajas en cine, que estás metida en el mundillo hollywoodiense y todo eso…

Parpadeé. Qué demonios, casi me atraganto.

—¿Y tú qué le has dicho? Pásale mi contacto. No hay problema con eso.

—Uhmmm…aún no he contestado a su e-mail.

Típico de Billy.

Da lo mismo. Nunca volvió a hablarme del tema. Busqué a Jon Halliday en internet, y no encontré ni rastro. Y yo tampoco le pregunté más a Billy, pero desde ese momento, y siempre que participo en un nuevo rodaje de acción, reviso la lista completa de actores y dobles de riesgo.

Y parece que, por fin, había llegado el momento de reencontrarme con él después de…¿diez años? ¿Era posible que hubiese pasado tanto tiempo?

—Mira, es ahí.

Alice señaló un pequeño poblado de enormes caravanas.

—¿Es ahí dónde dormimos?

Se rio.

—No, Riley. Te llevo hasta la ciudad más cercana, Flagstaff. Es ahí donde nos quedamos. En un hotel normal y corriente. Esa especie de campamento es donde nos resguardamos del sol durante el día, eso es todo. Por cierto, ¿has traído ropa de abrigo?

—¿Cómo? ¿No estamos en el desierto?

—Por la noche bajan bastante las temperaturas. También en Flagstaff. Lo notarás.

Asentí, pero obviamente había hecho aquel viaje desabrigada. Solo tenía un par de sudaderas en mi ridículo equipaje. Después de recorrer medio país por trabajo aún no había aprendido a hacer una maleta correctamente. Siempre me preocupaba de traer todo mi material para trabajar pero vestía prácticamente “de uniforme”.

Observé aquellos bloques blancos metálicos, donde empezaría a trabajar al día siguiente. En mitad del desierto. A unos metros de Chris Beets. Y con el mismísimo Jon Halliday doblando sus escenas peligrosas.

Repito:

En el desierto.

En pleno mes de julio.
¿Qué puede salir mal?, pensé.

CAPÍTULO 2

RILEY

Por alguna razón Alice, del equipo de producción, me acogió enseguida bajo su ala protectora, cosa que agradecí. Me caía bien, aunque me temía que no iba a poder explicarle por qué me alteraba tanto la presencia constante de Chris Beets, paseando arriba y abajo por el comedor del hotel, hablando por el móvil a horas intempestivas.

Él no me reconoció. O al menos eso es lo que yo creí. Me miró dos veces de arriba a abajo mientras yo desayunaba con el resto del equipo y trataba de memorizar los nombres de mis compañeros. Pero no me saludó.

Alice se sentó a mi lado en una de las mesas del comedor del hotel en el que viviríamos las siguientes semanas.

—Mira, ahí está Cora.

Observé cómo una mujer rubia, voluptuosa y magnética, se contoneaba entre las mesas. Cora Sterling era una de las actrices de moda, y en este caso, la heroína de la película. Era una película de acción algo chapada a la antigua, así que no tenía precisamente un papel memorable. Era el contrapunto de Chris Beets, su objeto de deseo. Pasó junto a Alice sin saludarla, lanzó una mirada en mi dirección, escaneándome, tratando de ubicarme, y acto seguido se fue en dirección a Chris.

—Actores con actores y la plebe con la plebe —murmuró Alice—. Verás que a Cora no le gusta mezclarse demasiado.

Traté de recordar si alguien me había contado algún jugoso cotilleo sobre Cora Sterling. No. No sabía gran cosa sobre ella. Era voluntariosa y poseedora de una belleza clásica y armoniosa, pero tal vez un poco insípida. La manera en que se movía por el comedor, esquivando a los miembros del equipo que consideraba de otro rango, no la dejaba en muy buen lugar.

—Está con Chris Beets —sentenció en ese momento Alice.

Casi me atraganto con los cereales.

—¿Cómo?

—Es más, yo creo que aceptó esta ridícula peli solo porque él era el protagonista. Tienen una relación de esas…ya sabes. De idas y venidas. Como ya te imaginas los actores llegaron con David hace ya una semana para ensayar. Esos dos no se han separado desde entonces.

—Entonces, ¿están juntos?

Alice se encogió de hombros.

—Con gente de esta calaña nunca se sabe. Yo diría que sí. ¿Sabes qué? Si fuese actriz… jamás estaría con un actor.

Me reí.

—Pero eso es lo más común del mundo.

—Sí, lo sé. Pero si buscas algo estable y serio, no creo que sea la manera de conseguirlo, ya

sabes, liarte con tu compañero de trabajo al que probablemente has conocido en un rodaje, y tener que verle la cara las veinticuatro horas durante tres semanas o un mes…No sé. Me parece que eso no deja mucho espacio para el misterio.

Alice era lista. Y no le faltaba razón.

—Yo creo que les resulta práctico —contesté—. No son como nosotros. Cuando alcanzan cierto estatus no es tan fácil como salir una noche y rezar para conocer a alguien decente y que no se te acerquen docenas de pesados…Y supongo que quieren a alguien que esté en su misma órbita. Aunque eso signifique pasar tiempo separados en los rodajes o tener que lidiar con una férrea competencia.

—Sí, supongo.

Alice se descolgó en ese momento de nuestra conversación. Su móvil de producción acababa de encenderse y eso solo podía significar que nuestra jornada se ponía en marcha. Empezó a teclear de manera frenética y yo me concentré en mi desayuno.

Me dije a mí misma, enseguida, que eso de Chris y Cora juntos solo podía ser una buena noticia. *Un problema menos*, me dije. Saqué mi libreta de producción del bolso, que contenía el horario exacto por días en que debía estar disponible, y tomé nota de las escenas del día. Eran las ocho de la mañana y esa mañana no habíamos tenido que madrugar demasiado, pues las escenas de Chris y Cora debían rodarse a mediodía, bajo un sol de justicia.

Aún así, en un par de horas tendría a Chris Beets sentado en mi sillón y tendría la certeza respecto a si me reconocía o no. Yo tenía mis dudas. Si supiese quién soy, aquella chica con la que se besó una noche en una fiesta de Hollywood Hills hacía siglos, tal vez habría hecho algún comentario sarcástico o pretendidamente gracioso. Finalmente solo había saludado con la cabeza, en silencio, en nuestra dirección, y probablemente se dirigía a Alice.

De todas formas yo ya tenía otras cosas en mente. A alguien muy específico.

—¿Dónde está Halliday? —pregunté.

—¿Quién?

Dios mío, ¿era Alice uno de esos pececitos desmemoriados?

—El doble de escenas peligrosas.

—Oh, ni idea. Creo que no le toca estar en el set hasta esta tarde.

—¿Se aloja aquí también, en este hotel?

Alice meditó unos instantes.

—Diría que sí.

—Creo que es amigo de mi hermano Billy —dije entonces, solo con la esperanza de obtener un poco más de información.

Alice me observó. Era un dato insustancial, supongo. Levantó la vista y dijo:

—Oh, pues ahí lo tienes, Riley. Te espero fuera en cinco minutos y nos marchamos hacia el set de rodaje. No me hagas esperar mucho, ¡por favor!

Alice se levantó de la mesa y desapareció por la puerta trasera del comedor; pero si se hubiese quedado no me habría percatado. Toda mi atención estaba ya puesta en Jon Halliday, quien había irrumpido en la sala como un arcoíris que nace de una nube oscura.

Tenía dos opciones, —probablemente también una tercera y cuarta en las que aún no había caído—; levantarme y atajar aquella situación cuanto antes, ser natural, recordarle que yo era la insidiosa hermana pequeña de Billy Thomas y qué por fin coincidíamos en este mundillo loco. O bien quedarme en mi sitio, esperar, ser prudente, esperar a que él me reconociese y si eso no pasaba saldría con la barbilla bien alta por la puerta y me dedicaría a hacer lo que había venido a

hacer: trabajar.

Vi cómo Jon pululaba alrededor de la mesa *buffet* donde el personal del hotel había dispuesto nuestro desayuno, un auténtico aparador repleto de manjares. Parecía muy concentrado en decidir su desayuno, y eso me permitía observarlo desde la distancia.

Espectacular, esa era la palabra que resumía la situación.

Por motivos evidentes, Jon tenía un físico muy parecido al de Chris Beets. Alto, atlético, con unos hombros definidos y poderosos. Iba vestido con un pantalón vaquero y una camiseta blanca de tirantes. Encima llevaba una camisa de cuadros mínimos, abierta. En ese instante pensé que la camisa iría fuera en cuanto Jon pusiera un pie en el exterior.

Inconfundible. Era el mismo Jon Halliday que venía a nuestra casa los viernes por la tarde. Se encerraba en el cuarto de mi hermano y jugaban con la PlayStation. Y yo me quedaba a las puertas de ese mundo privado y masculino.

Pensé en el momento en que tendría que poner necesariamente mis manos sobre su rostro, en cómo iba a tener que reconocer la evidencia: que yo era Riley. Esa Riley. Sí, había crecido. Me perturbó ser consciente de que aquella vieja obsesión por el amigo de mi hermano estaba todavía ahí, semienterrada en algún resquicio de mi memoria; y muy preparada para salir a flote.

Eché un vistazo a lo que quedaba de mi desayuno. De repente mi estómago se había cerrado, no admitía más alimentos, y todo debido a esa maldita corriente eléctrica que ya me recorría y que había despertado Jon Halliday y no Chris Beets.

Tienes que saludarle, no enrarezcas la situación, Riley. Más tarde será peor.

Aparté los cereales y respiré hondo.

Iba a levantarme cuando oí una voz grave y masculina a mi espalda. Las dos palabras que pronunció, mi nombre y apellido, iban a alterarme todavía más.

—Riley Thomas.

Me giré, y allí estaba, en toda su magnitud, el mismísimo Chris Beets.

—Qué sorpresa —dijo.

Era muy fuerte que se acordara de mi nombre, pero no solo eso. No recordaba haberle dicho nunca mi apellido. Mi no-relación con Chris Beets había consistido en unas tres horas de charla alcoholizada y risas relajadas. Debía saber que me dedicaba a maquillar en rodajes, pero recuerdo que se rio cuando le dije que mi fuerte era el cine de terror, o que al fin y al cabo era ahí donde conseguía más trabajo.

—¿Cómo estás, Chris?

Estaba a punto de decirle que me sorprendía que se acordase de mí, pero mi madre no hubiese aprobado una sentencia de ese tipo, y me habría contestado que yo, su Riley, era una criatura memorable.

No contestó a mi pregunta educada de rigor.

—Vi tu nombre en el cuaderno de producción. Supuse que eras tú. Me alegra que tu carrera progrese —dijo.

Aquello era condescendiente y lo sabía, o al menos así me lo parecía a mí. Tal vez no lo decía con esa intención pero sonaba un poco a “me alegra que tu carrera progrese y ahora puedas trabajar con actores de mi categoría”.

A lo mejor estaba siendo demasiado dura, pero en ese momento decidí que Chris Beets me caía mal y que de hecho me estaba entreteniendo. Quería saludar a Jon antes de que se marchase.

Me levanté.

—Disculpa, Chris. Tengo que ir a ver a Alice. Nos vamos ya hacia el set de rodaje.

—Sí, yo también voy —me dijo—. Uhm…Riley, acabas de llegar, ¿no?

—Llegué anoche.

—Este es un agujero en mitad de la nada con muy poco interés, pero el hotel tiene una piscina exterior que no está mal. Tal vez quieras darte un baño conmigo esta noche.

¿Había oído bien?

Habría matado por escuchar algo así hace unos años, después de aquella fiesta, cuando me pasé semanas poniendo su nombre en Google, y tratando de averiguar en qué fiestas de Hollywood podría encontrármelo de nuevo.

—No sé, Chris. Andaré ocupada hoy. No sé si voy a tener demasiado tiempo.

Beets parpadeó. Supongo que no podía creerse aquel monumental desplante. Sé muy bien que los tipos como él no están acostumbrados a escuchar ese tipo de respuestas tibias que esconden un *no* como una catedral.

—Francamente, Riley…no creo que tengas un horario muy apretado y el calor de este maldito infierno…

Desconecté unos segundos de lo que pretendía decirme. Paseé la vista de nuevo por el comedor, buscando a Jon, y en su lugar me encontré con la mirada furibunda de Cora Sterling. El brillo de sus ojos se apreciaba a diez metros de distancia y lanzaba un mensaje rotundo: *¿qué haces entreteniendo a mi hombre?*

Aquello me hizo saltar de la silla y dejar a Chris con la palabra en la boca. No necesitaba enemigos en el equipo. Iban a ser tres semanas intensas, tenía mucho trabajo y eso era exactamente a lo que había venido.

—Tengo que irme —murmuré.

—Riley, piénsatelo. Tal vez podemos retomarlo en el punto exacto donde lo dejamos.

Ahora sí. Me largo, pensé.

Recogí de la mesa mi *tote bag*, donde guardaba lo básico: teléfono, cartera, llave magnética de la habitación.

—Riley…—dijo Beets, dispuesto a insistir.

Y sucedió.

Una voz inconfundible vino en mi ayuda en ese preciso instante.

—Tiene que irse, ¿no la has oído?

Me giré.

Era Jon Halliday.

Y vaya si me había reconocido.

CAPÍTULO 3

JON

Contemplé el impresionante paisaje al que estaba tan poco habituado. Desde que me retiré a vivir a la montaña, en el interior del país, los tonos rojos y naranjas como los de Arizona prácticamente habían desaparecido de mi rutina. Allí, en mis montañas, lo que veía era nieve, bosque, madera, oscuridad.

Y era muy feliz así.

Pero por alguien como Riley dejaría todo eso atrás, pensé.

Corrijo, no "por alguien como Riley".

Por ella.

Por Riley Thomas.

Siempre estuvo fuera de mis límites, lejos de cualquier posibilidad. Era la hermana pequeña de Billy, un viejo amigo del instituto. Y eso para mí era una barrera infranqueable, a pesar de que solo nos separaban tres años. Simplemente, Riley no era una opción. Nunca lo fue.

Desde entonces le había seguido la pista. En la distancia. Jamás contacté con ella, aunque parecía que ya se movía en la dirección correcta en el mundillo de Hollywood. Riley tenía talento y eso, indiscutiblemente, derivaba en trabajo y más trabajo.

Y la realidad era que solo había aceptado aquella llamada de David a última hora porque sabía que ella estaría allí. Riley Thomas, la hermana pequeña de Billy, me recordaba a mi adolescencia, a aquella despreocupación con la que vivía entonces, pero también a aquellos pensamientos peligrosos e inevitables, aquellas preguntas que me hacía una y otra vez y que eran variaciones leves de *"en realidad, ¿qué pasaría si la besara?"*.

Iba en el coche camino del set de rodaje, acompañado de la propia Riley y de Alice, una de las productoras. Agradecí que Alice pusiera la radio y nos distrajera con su cháchara, pues aún trataba de reunir las palabras adecuadas para explicar lo sucedido en el comedor del hotel. O tal vez lo mejor era no decir nada.

Chris Beets no me caía bien, esa era la realidad.

Seré más claro aún: siempre me ha parecido un gilipollas.

Y para colmo soy su doble de acción. Esa era la tercera película que rodaba a su sombra, llevándome los golpes, aguantando su insolencia bajo el sol o el frío o el agua. Pero eso me daba igual. Es mi trabajo. Pagan bien, y se me da bien.

Soy doble de acción de otros cuatro actores, y el único con el que he tenido problemas es el condenado Chris Beets. Y en general ha sido por actitudes como la que estaba presenciando en el comedor, cuando no tuve más remedio que intervenir y hacerle saber que estaba siendo un completo idiota con Riley.

No había sido ese el acercamiento ideal que tenía en mente.

Sabía que ella estaba allí, desayunando con algunas chicas del equipo de producción.

Sabía que en algún momento nos cruzaríamos en el set y que tal vez tendría que ponerme en sus manos.

Pero me había superado ver cómo él se acercaba a ella de la manera en que yo me estaba conteniendo y le proponía que se bañaran en la piscina del hotel.

Por la noche. Los dos solos.

Me hirvió la sangre.

Por supuesto que tenía que intervenir. Mi duda era si lo hice porque vi en Riley aún a la hermana pequeña de mi amigo o porque no soportaba que Beets se acercase a ella.

Sospecho cuál es la respuesta.

Alice me miró a través del retrovisor. Yo había escogido el asiento de atrás en el coche. Quería tener una mejor panorámica de la situación.

—Jon, no hacía falta que vinieras hasta el lugar de rodaje esta mañana…Volveré al hotel a mediodía y mientras prepararán tu escena antes de la puesta de sol.

Iba a ser una larga jornada.

—Gracias. Pero prefiero estar localizable, por si David me necesita antes de tiempo. Además, quiero visitar el terreno.

Riley se asomó entre los asientos, exhibiendo una enorme sonrisa.

—¿Y bien? ¿Puedes contarme…cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

Su entusiasmo era radiante y contagioso.

—¿A Flagstaff?

—A tirarte por barrancos a cambio de dinero.

Me reí.

—Soy profesor de artes marciales, Riley. También doy clases de esquí. Es una especie de… evolución natural. Ya sabes que siempre me gustó el riesgo. Las escenas peligrosas son lo mío. Y son proyectos cortos que puedo encajar entre temporadas, por ejemplo. No hago más de dos o tres rodajes al año, y solo acepto si las fechas me encajan con mis propios planes.

Se asomó de nuevo entre los asientos delanteros y me miró fijamente antes de seguir hablando.

—Entonces, ¿nunca te has planteado mudarte a Hollywood?

Dudé antes de contestar.

Me lo plantearía, si eso significase estar cerca de ti; era exactamente lo que quería decirle y no podía, pues acabábamos de reencontrarnos.

—Mi sitio por ahora está en las montañas. En Colorado— afirmé.

Alice creyó oportuno participar en nuestra conversación:

—Yo te entiendo perfectamente. No hay día que no me levante y no piense en mandarlo todo a la mierda y retirarme a algún pueblo perdido. Luego vengo a rodar a sitios como este y se me pasa.

Agradecí que Chris Beets no se colara en aquella charla. No me apetecía hablar de él; y ya tendría bastante cuando tuviese que lidiar con él por la tarde, cuando insistiese que en realidad yo no era necesario, aunque hubiese requerido mi presencia, que él mismo podía rodar sus escenas de acción.

Tenía mucho que preguntarle a Riley, sentía que necesitaba llenar ese hueco de tantos años y que me pusiera al día de absolutamente todo lo que hubiese acontecido en su vida. Eso, por otra parte, me daba miedo. Temía preguntarle alegremente y que ella me soltara algo del tipo “estoy prometida” o “justo el mes que viene es mi tercer aniversario de boda”. Aquello me destrozaría

por un tiempo.

Llegamos al lugar de rodaje y Alice aparcó en el sitio habilitado, cerca de las caravanas.

—No creía que fuéramos a rodar la segunda parte de Mad Max —dijo Riley.

Alice se rio.

—Cualquier cosa sería mejor que una peli de acción de Chris Beets.

Una cosa que me alucina de este negocio es que, si un actor está de moda, seguirá teniendo trabajo por muy imbécil que sea. Y docenas de personas se verán obligadas a lidiar con su actitud de mierda durante tres semanas de su vida.

Alice abrió el maletero y Riley sacó su maleta de trabajo.

—Espera, espera. Te ayudo —corrí a la parte trasera del coche.

Hizo algo que me encantó.

Sonrió y después esperó pacientemente a que yo descargara su material de maquillaje.

—Gracias, Jon.

Es raro encontrar una chica hoy en día que haga eso. Que se deje ayudar y que no corra a decir que ella es perfectamente capaz de hacerlo solita. Eso me gusta. No sé, tal vez soy un anciano encerrado en el cuerpo de un treintañero. Por supuesto que Riley podía mover sus cosas ella sola. Simplemente me encantó que aceptase mi ayuda.

Puse la maleta en el suelo.

—La dejaré esta noche en la caravana, aunque me cuesta separarme de mi material. Pero supongo que aquí estará seguro. No voy a traer todo esto a diario.

—Riley…

Soltó el asa de la maleta y me miró.

—¿Sí?

—Cuando te he interrumpido en el comedor… quiero decir, cuando hablabas con Chris Beets, espero no haber metido la pata. Estaba cerca y oí parte de la conversación. Simplemente no me gustó su tono. Conozco a Beets, mi duda es si tú también…

Riley se mordió el labio. No podía apartar de mi mente a aquella chica adolescente que nos espiaba, a la hermana de Billy Thomas. La tenía allí mismo, delante, y sin embargo ya no era ella. Era una mujer.

—Hemos coincidido alguna vez —dijo—. Ya sabes, en alguna de esas fiestas de Hollywood a las que ya no voy. No hace falta que te disculpes, Jon, yo…

Sonreí y bajé la mirada. No, aquello tenía que decírselo mirándola a la cara:

—No pretendía disculparme. Lo que quería decirte es que, si te apetece, puedo bajar yo a nadar contigo a la piscina del hotel. Esta noche. Cuando todos duerman.

CAPÍTULO 4

RILEY

Le había pedido a Alice, discretamente, que me dejase en un centro comercial de Flagstaff cuando terminamos de rodar aquella tarde. Tuve suerte, llegué quince minutos antes de que cerraran las tiendas.

Necesitaba un bañador.

—¿Quieres que te acompañe o te espere? —me preguntó la productora.

Respondí rápidamente que no, que solo iba a dar una vuelta y a despejarme un poco; y por suerte Alice no insistió, a pesar de que se notaba a leguas que estaba cómoda con mi compañía y que le gustaba tener a alguien con quien criticar al resto del equipo.

Pero no quería renunciar a mi apreciada soledad. Necesitaba algo de tiempo para mí, sobre todo porque necesitaba silencio y espacio para aclararme un poco y pensar si iba a acudir al encuentro con Jon esa noche en la piscina del hotel.

Siendo realista, eso estaba totalmente decidido.

Por supuesto que iba a ir.

Tal vez podría sentarme en una de las hamacas y charlar un rato con él, sin hacer demasiado ruido. Podría descubrir por qué desapareció de la vida de mi hermano, aunque Billy no se lo tuviera muy en cuenta. Estoy convencida de que le afectó en cierto grado la marcha de su mejor amigo; pero mi hermano no es de ese tipo de personas que reconocería algo así. Billy nunca ha sido vulnerable, o alguien que mostrase sus sentimientos con frecuencia.

Pero su invitación…había sido un poco extraña. Sobre todo porque me pareció reactiva, como si hubiese dado ese paso después de oír a Chris preguntarme exactamente eso.

Esa era mi gran duda. ¿Qué pretendía exactamente Jon? Apenas lo había visto durante el resto de la tarde. Los actores que estaban en el set de rodaje ese día, incluido él, habían almorzado con el director. Después Jon pasó bastante rato con Chris Beets, pues era Cora quien más escenas tenía que completar esa tarde. Los vi interactuar desde la distancia. Parecían charlar amigablemente, supongo que en horas de trabajo a ambos les tocaba aparcar cualquier roce. Yo estuve con el equipo de peluquería e iluminación. A algunos ya los conocía de trabajos anteriores.

Paseé por los pasillos del área de moda femenina del centro comercial, totalmente absorta en mis pensamientos. Ni siquiera recordaba en ese momento qué había ido a hacer allí. Me había puesto mis auriculares y escuchaba una de mis listas de Spotify, pensando en Jon, en esa noche.

De repente alguien tocó mi hombro y me sobresalté.

—Disculpa, cerraremos en breve, ¿puedo ayudarte a encontrar algo?

Era una de las dependientas. Era muy joven, probablemente aún estaba en el instituto.

—Un bañador…—murmuré.

—¿Necesitas un bañador?

—Eso es.

—Acompáñame por aquí.

La seguí por los pasillos, primero a la izquierda y luego a la derecha. Señaló una de las paredes.

—Estos son todos los que tenemos ahora mismo.

Di dos pasos y me dejé guiar, como tantas otras veces, por cómo me hacían sentir los colores. No tardé ni dos minutos en escoger un traje de baño de una pieza de color azul con los ribetes morados.

—Este.

—Vaya, te has decidido rápido.

—En realidad es un bañador de emergencia. Para un chapuzón nocturno.

La chica me miró como si no tuviera la menor idea de a qué me refería. La seguí hasta la caja y mientras pasaba mi tarjeta de crédito por el datáfono, me dijo:

—Espero que no sea al aire libre.

—¿Qué?

—El baño.

—Me temo que sí.

—Nadie en Flagstaff se bañaría al aire libre por la noche, aún en medio de este verano abrasador. El termómetro en este desierto es traicionero.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, que tengas una buena tarde.

Salí del centro comercial pensando que en ese caso lo agradecería, y que ya encontraría la manera de entrar en calor.

Tomé un taxi hasta el hotel y pasé un rato estirada en la cama, hasta que me quedé dormida. Fue una especie de siesta tardía. Me desperté milagrosamente a eso de las once de la noche, en mitad de un sueño raro y desasosegante, preguntándome si la reaparición de Jon Halliday era real o tan solo producto de mi imaginación. Entonces escuché un ruido que provenía del exterior y que indicaba con claridad que alguien, aunque trataba de ser silencioso, se había zambullido en el agua.

Rápidamente me levanté y me acerqué a la ventana. Solo llevaba puesto el bañador, del que aún colgaba la etiqueta.

Era Jon.

Estaba solo, nadando bajo la luz de la luna. Ni siquiera tenía muy claro que la piscina estuviese abierta a esas horas. Probablemente alguien del personal del hotel viniese a advertírselo, o tal vez pensaran que era Chris Beets el que estaba nadando y hacían la vista gorda.

En todo caso, cogí una de las toallas del baño, la llave magnética de la habitación y la abandoné en dirección a la piscina, dispuesta a averiguar qué estaba sucediendo allí, entre nosotros, si es que había un “nosotros” o estaba todo en mi imaginación. O puede que Jon solo estuviese siendo protector y se sorprendería de verme allí, cerca de la medianoche.

A lo mejor le parecía gracioso que me hubiese tomado aquellas palabras en serio. Que apareciese allí tan tarde, con un bañador puesto, preparada para zambullirme en la misma piscina de la que él disfrutaba solo.

Ese pensamiento me detuvo junto a la puerta que daba acceso a los jardines.

¿Estás haciendo el ridículo, Riley?, me pregunté. *O por el contrario, ¿estás reconociendo que te gusta por el simple hecho de aparecer aquí, de haber bajado esas escaleras? ¿Estarías siendo del todo maleducada si no te presentas cuando has aceptado solo veladamente su*

invitación?

Estaba a punto de darme la vuelta y volver a la cama cuando una sombra se acercó a la puerta de cristal translúcido que daba acceso a la piscina.

Se abrió.

Era Jon.

—Soy un desastre —me dijo—. Riley, no te dije a qué hora bajaría a nadar. Entra.

Hablaba entre susurros.

—¿Podemos estar a estas horas aquí? Quiero decir, ¿la piscina está abierta?

Se encogió de hombros.

—No he visto ningún cartel que lo prohiba. Y a estas horas creo que solo quedan los dos recepcionistas. El personal del hotel que sirve la cena ya se ha marchado. Ven.

Me cogió de la mano, y aunque sé que era un gesto casual la sensación fue muy diferente. El tacto era demasiado intenso. ¿Seguía siendo para él la hermana pequeña de Billy?

Me acerqué a una de las hamacas y me senté en el borde más cercano al agua. Billy se sentó en el borde de la piscina, solo unos segundos. Justo después se zambulló de nuevo.

Yo me había envuelto en la toalla de cintura para abajo; y de repente fui consciente de la desnudez, de lo mucho que revelaba si me metía con él en el agua.

—Es verdad lo que dicen —dije.

—El qué.

—Que en el desierto puedes llegar a congelarte por la noche.

Jon se rio.

—No vas a congelarte, Riley. El agua está caliente. Le ha caído un sol de justicia durante todo el día. Es más, creo que pasarás frío si no te metes en el agua de inmediato.

Se alejó unos metros, flotando con sus brazadas, mientras me observaba. Solo veía la parte superior de su rostro; respiraba solo por la nariz y sus labios estaban sumergidos.

Tenía tantas ganas de besarlos como cuando tenía quince años.

Dejé la toalla sobre la hamaca y me metí en la piscina. Lo hice despacio, ajustando la temperatura del agua a la de mi propio cuerpo. No sé si era porque la mía iba aumentando a medida que me acercaba a él, que era consciente de su rotunda presencia, pero Jon tenía razón. Era mucho mejor estar dentro del agua que fuera.

—¿Cómo ha ido el primer día de trabajo? ¿Estás cómoda con el equipo?

¿Ese era el tipo de conversación que íbamos a tener?

—Todo ha ido bien, Jon. Esta es mi octava película. Voy acostumbrándome a las miserias del mundillo. ¿Y tú? ¿Mejor con Beets?

Se encogió de hombros.

—Intentamos dejar nuestras diferencias a un lado cuando estamos trabajando.

—¿Te importa si nado un poco? —le pregunté.

—Por favor, Riley.

Di unas brazadas a lo largo de la piscina. Tenía unos veinte metros de largo. Me quedé flotando, pensando en lo extraña que era a veces la vida, las vueltas inexplicables que daba.

Jon se acercó nadando hasta mí. Se quedó junto a una de las escaleras mientras me observaba.

—Siento que me habría gustado seguir tu trayectoria, desde el momento en que me fui de Pasadena hasta que te vi ayer.

—Sinceramente, me cuesta creer que me reconocieras.

Abrió la boca para contestar, pero la cerró al darse cuenta de lo que iba a decir. Ahogó una

risa en la superficie del agua.

—Tengo que reconocer que te buscaba cada cierto tiempo.

—¿Buscarme?

—En Internet.

—No hay mucho en Internet sobre mí, más allá de los datos profesionales de rigor en la web de la agencia que me representa —le dije.

—Lo sé.

Estaba en *shock*, la verdad. No sabía muy bien qué decir. Pensé en mi hermano.

—Billy te echó de menos. Sobre todo al principio.

La sonrisa se borró de su rostro de un plumazo.

—Yo también lo eché de menos a él. Y a ti. A toda tu familia, en realidad.

—¿Qué pasó, Jon? ¿Por qué desapareciste? ¿Por qué te aislaste en las montañas?

Me miró fijamente. Entonces se deslizó de nuevo en el agua, en mi dirección.

En ese momento oímos una risa escandalosa. La reconocí al instante. Pertenecía a Cora. Creo haberla visto en dos o tres películas y no recuerdo que tuviese esa risa idiota que ya había oído un par de veces aquel día. Debía ser una actriz decente si al menos era capaz de disimularla en la pantalla.

Iba acompañada de Chris. Al parecer habían salido a cenar fuera del hotel. Avanzaban por el fondo del jardín en dirección al comedor. La pregunta era por qué habían escogido esa entrada y no la principal.

—Me parece que han bebido —le susurré a Jon.

En ese momento no sabía qué hacer. ¿Salir del agua? ¿Eso no era una forma de esconderse? *No estás haciendo nada malo, Riley*, me dije. Y supongo que eso era exactamente lo mismo que Jon pensaba.

Cora nos detectó enseguida.

Se acercó al borde de la piscina.

—¡Ohhhh! ¿Interrumpimos? Chis y yo veníamos con la idea de darnos un chapuzón, pero me parece que preferís estar solos. De todas formas habéis sido más previsores…¡Nosotros no tenemos bañador!

Nos miró como si hubiese formulado una pregunta.

Chris Beets apareció a su lado, con el pelo peinado hacia atrás y un traje bastante arruinado a pesar de lo carísimo que parecía. Y entonces sucedió algo extrañísimo. La cogió del codo, como si no tuviese la más mínima intención de quedarse mucho tiempo al borde de la piscina. Reclamando de nuevo atención y pidiéndole, en silencio, que se marchasen de allí.

—¿Por qué tanta prisa, Chris? —preguntó Cora—. ¿No querías darte un baño nocturno? Si me dais cinco minutos iré a buscar mi *bikini*. O mejor aún, nos bañaremos desnudos. Esa era la intención. No creo que a ellos les importe, ¿verdad?

Y entonces Chris Beets hizo lo impensable.

La empujó al agua.

Cora irrumpió de bruces en la superficie de la piscina, completamente vestida, causando un gran estruendo. Dos luces se encendieron de inmediato en la fachada del hotel.

Entonces Chris bostezó.

—Yo me voy a dormir. Tal vez vosotros deberíais hacer lo mismo. Me parece que no estamos aquí de vacaciones.

Sin darnos ningún tipo de opción de réplica, se marchó en dirección a la puerta interior que conectaba con la recepción, y desde donde se accedía a las plantas donde estaban las

habitaciones.

Y justo en ese momento, antes de que se formase un gran barullo, Jon observó las torpes brazadas de Cora. La actriz sacaba la cabeza del agua a duras penas, solo para volver a hundirse al cabo de pocos segundos.

—Dios mío, creo que se está ahogando.

Nadó hacia ella a toda prisa. La agarró por las axilas y la arrastró hasta la escalera más próxima.

CAPÍTULO 5

JON

Era surrealista. Por fin me había decidido a acercarme un poco más a Riley, a observar su reacción, y si todo me era favorable, si sentía que era lo que ella quería, besarla. Estaba convencido de que no daría un paso atrás. De que no lo había imaginado. Que allí había "algo". Y aquellos dos actores idiotas habían arruinado nuestro momento.

Beets había desaparecido de la escena después de cometer su fechoría. Si aquello no era una contundente banderita roja para que Cora Sterling se alejase de él de una vez y dejara de mendigar su atención no sé qué era. También era una señal clara y contundente que me recordaba que no permitiría, bajo ningún concepto, que Beets se acercase a Riley fuera del sillón de maquillaje.

Conseguí subir a Cora al borde la piscina. Ni qué decir tiene, su maquillaje, su teléfono móvil —que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón— y tal vez su ropa de diseño, estaban completamente arruinados.

—¿Estás bien, Cora? Dime, ¿no sabes nadar?

Supongo que es una pregunta indiscreta, y que de todas formas ya era irrelevante, pero no veía otra explicación posible a lo que acababa de pasar.

Respiró hondo, como si todavía le faltase el aire.

Riley había salido de la piscina hacía unos instantes y estaba de pie, perpleja, envuelta en su toalla.

Se acercó a Cora.

—Tienes que contárselo a la productora, Cora. Rochelle estará mañana en el set de rodaje.

Cora, aún perjudicada, se rio. Y justo después emitió unos leves hipidos que apuntaban a que podía ponerse a llorar en cualquier momento. Se puso en pie, renqueante y empapada.

—Me voy a la cama —murmuró.

—Hablo en serio —continuó Riley—. Lo de Chris podría ser una agresión en toda regla. Y Jon y yo hemos sido testigos. No venía a cuento que te empujase al agua. Está totalmente fuera del lugar. Y más aún en la zona profunda de la piscina, sin saber nadar…

Cora se giró para encararnos. Por momentos parecía recomponerse.

Apoyó sus manos sobre los hombros de Riley y le habló de forma condescendiente.

—Recuérdame tu nombre.

—Riley.

—Riley. Sé nadar. Chris no me ha agredido. A estas alturas del rodaje deberías saber que es un bromista. Y que a veces sus bromas se le van de las manos. Eso es todo. Mañana hablaré con él. No hagáis una montaña de esto.

Cora hablaba como si llevásemos meses conviviendo, cuando solo habían sido un par de

días.

En ese instante un empleado del hotel, uno de los recepcionistas que trabajaba en el turno de noche, abrió la puerta corredera que separaba el recinto de la piscina del comedor del hotel y se acercó. Miró a Cora perplejo. Estaba empapada de arriba a abajo, y ella no es precisamente como nosotros. Es reconocible. Todo el mundo sabe quién es Cora Sterling.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el recepcionista.

—Me he caído a la piscina —dijo Cora, suspirando.

—Oh. Le traeré una toalla enseguida. De todas formas… me temo que el horario de la piscina hace horas que…uhm…ha concluido.

Parecía dubitativo. Era joven y no sabía hasta qué punto podía meter la pata si le prohibía el acceso nocturno a "los de Hollywood".

—Oh. Yo ya lo sé —dijo Cora—. Eso díselo a ellos. Lo mío ha sido un accidente.

El tipo nos contempló sin saber muy bien qué decir. Miró su reloj.

—Entonces tengo que pedirles a los tres que abandonen el recinto de la piscina. Ya es muy tarde.

—No te preocupes, ya nos marchamos. Espero que te recuperes, Cora —le dije.

Siempre he pensado que tienes que elegir tus batallas con cuidado. Y aunque Cora se merecía una buena contestación por sus palabras mezquinas y condescendientes, y por, básicamente ser una chivata, recordé que acababan de empujarla vestida a la piscina. De noche. En el frío del desierto. Tal vez no merecía la pena, por mucho que no me gustase la forma en que le había hablado a Riley.

El frío.

Busqué a Riley con la mirada. Estaba tiritando.

—Vámonos, no quiero que te enfríes —le dije.

Ella asintió.

Dejamos allí a Cora, esperando una toalla que no acababa de llegar. Accedimos al hotel por la puerta que comunicaba con el comedor, casi a oscuras. Nos dirigimos hacia las escaleras que nos llevarían hasta la segunda parte, evitando así los ascensores.

—No era para tanto. No es tan tarde…—dijo Riley, con un gesto de soberano fastidio.

—Siento que nos hayan interrumpido.

—Beets es un idiota. Se ha pasado. Mañana pienso contárselo todo a Alice.

—No sé si eso es una buena idea, Riley. No sé hasta qué punto Alice puede hacer algo al respecto.

—Se lo dirá a la productora.

Me encogí de hombros. Cora y Beets me daban exactamente igual, pero narrarle esa escena a la cotilla de Alice implicaría tener que contarle que Riley y yo estábamos solos, de noche, dándonos un baño en la piscina. Y aunque aquella pseudocita tenía pinta de que no iba a terminar como me gustaría, no tenía demasiadas ganas de que todo el equipo supiese de nuestras andanzas nocturnas. Soy alguien privado, eso es todo.

—¿Cuál es tu habitación? —le pregunté a Riley.

—La doscientos ocho. ¿Y la tuya?

—No estamos en la misma planta. Yo voy a la tercera.

En ese momento agradecí que no hubiésemos utilizado el ascensor.

Acompañé a Riley hasta su puerta.

—Ha estado bien, Jon —me dijo, sonriendo. Llevaba la llave magnética de la habitación en la mano—. Creo que no ha sido malo del todo que nos echasen de la piscina. Mañana he de estar en

pie a las siete. ¿A qué hora te toca a ti?

—Al atardecer.

Hubo un silencio de dos segundos y traté de dilucidar a toda prisa si era incómodo o no. De inmediato pensé en todas las veces que había querido acercarme a Riley cuando estábamos en el instituto, y sobre todo, de aquella horrible sensación de no poder aguantar más, de no soportar estar cerca de ella y pensar que mi mudanza solo podía significar un alivio. Durante todos esos años había estado convencido de que esto pasaría, de que llegaría otra mujer y la olvidaría, porque Riley, para mí, siempre sería la hermana pequeña de mi amigo Billy.

Alguien precioso a quien cuidar y proteger.

Alguien fuera de mis límites.

Hasta que por fin entendí que alejarme de ella también significaba que no podría protegerla.

Protegerla de tipos como Chris Beets.

Di un paso hacia ella. Había minúsculas gotas de agua sobre su hombro. *Deben saber a cloro,* pensé.

Deseaba lamerlas. Y creo que mi subconsciente me traicionó, porque en ese momento mis labios se separaron.

No hay vuelta atrás, Jonny. Si quieres entrar en esa habitación tienes que besarla. Ahora.

Riley ya había acercado la tarjeta a la puerta, pero permanecía de espaldas a ella. Agarró el pomo sin dejar de mirarme y abrió.

—Tengo la sensación de que interrumpieron nuestra charla —le dije, sin recordar que lo había mencionado hacía un minuto. Menudo idiota.

—Es que la interrumpieron.

Miré a izquierda y derecha. El pasillo estaba despejado.

Y entonces, tomé impulso.

Me acerqué un poco más a ella y le di un beso rápido y furtivo en los labios. Era paracaidismo puro y duro, pero estoy acostumbrado a las escenas peligrosas. Riley tenía una vía de escape a solo unos centímetros, la puerta entreabierta de su habitación. Si lo que había hecho estaba totalmente fuera de lugar, se despediría a toda prisa —o no, tal vez me daría con la puerta en las narices— y se retiraría.

No lo hizo.

Todo lo contrario, me pareció que esperaba más, que aquel beso era del todo insuficiente.

—Jon…—murmuró, de nuevo muy cerca de mi boca—. Ven.

Rodeé su cintura con mis brazos y la atraje de nuevo hacia mi pecho. Pusó sus manos sobre él, pero no como si estas ejerciesen de escudo protector, o como si quisiera tener la posibilidad de apartarse de mí en cualquier momento. Solo lo recorría suavemente con las yemas de sus dedos, muy despacio, por debajo de la toalla que había dejado caer sobre mis hombros.

Riley tiró de mí con suavidad y entramos en su habitación, que era exactamente igual que la mía.

—No podemos estar en el pasillo —dijo.

—Lo sé.

Acaricié sus brazos.

—Tienes frío.

Buscó de nuevo mis labios. Iba a hacer entrar en calor a aquella chica. Por fin. Después de tantos años. No podía creerme que el destino por fin la hubiese puesto de nuevo en mi camino.

Eso, por supuesto, en el caso de que yo creyese realmente en el destino.

No había sido exactamente así.

Tal vez yo había hecho todo lo posible para que volviésemos a coincidir en aquel verano, en medio del desierto.

CAPÍTULO 6

RILEY

Estoy temblando. Y no es por el cambio brusco de temperatura. Ese fue el primer pensamiento que me asaltó cuando el beso de Jon me electrificó. Lo segundo que pensé fue que apenas llevaba ropa. Un bañador aún mojado que parecía pegarse aún más a mi piel.

Mientras él me rodeaba con sus brazos, yo pensaba en escurrirme hacia el baño y ponerme algo más apropiado. Mi situación al respecto era obvia. No había traído nada decente, esa era la triste realidad. Tenía un par de vestidos que podría llevar a una cena nocturna, pero el resto consistía en pantalones cortos y camisetas, ropa cómoda para trabajar y no absorber el sol de justicia que nos caía en el set de rodaje.

—Debería quitarme el bañador —murmuré.

O más bien pensaba en voz alta.

Enseguida se dibujó una sonrisa en el rostro de Jon. Escuché mis propias palabras y tragué saliva. *Dios mío, No quería decir eso. O tal vez sí.*

—Nos estamos acelerando —dijo Jon—... pero Riley… llevo demasiado tiempo esperando este momento.

—¿Qué?

Había oído perfectamente. Solo necesitaba un par de segundos extra para asimilar lo que había dicho. ¿No era producto de un calentón nocturno del desierto?

—Siempre estuviste… fuera de mi alcance, Riley. Es evidente. Eres la hermana pequeña de mi mejor amigo del instituto. No hubiese podido acercarme a ti ni aunque hubiese querido. Y de hecho es lo que más deseaba.

—¿Cómo? Jon, no tenía ni la menor idea de que pudiese ser correspondida.

—¿Correspondida?

—Creo que eras perfectamente consciente de que esa hermana pequeña de Billy tenía sentimientos hacia ti.

Se apartó un instante. La sonrisa se borró de su rostro.

—No. No lo fui.

Jon puso su mano en mi mejilla y me acarició.

—Dime que no estamos discutiendo por esto —me dijo.

Sonreí. Sentía mi cara encendida.

Obviamente teníamos mucho de qué hablar. Nos habíamos perdido la pista durante años.

—No, claro que no. Discutir no es precisamente lo que quiero hacer contigo.

Jon deslizó sus manos por mi espalda con suavidad, supongo que intentando calibrar mi voluntad. Había esperado mucho, mucho tiempo, así que temblar era lo más natural. Dejé que pensara que tenía frío. Me resguardé de nuevo entre sus brazos. Lo miré otra vez. *Dios mío, no podía creerme que estuviese allí, conmigo, a un metro de mi cama.*

De repente pensé que aquello podía ser solo una noche. Que tal vez yo era su asignatura pendiente del pasado. Que terminarían aquellas tres semanas de rodaje y se volvería a sus montañas de Colorado. Solo. *No seas ingenua, Riley. Hay una altísima posibilidad de que eso sea exactamente lo que suceda*.

La cuestión era: ¿estaba preparada para una devastación semejante? No podría decir que no habían existido otros chicos en mi vida. Era joven y me dedicaba al mundo del cine. Vivía en Los Ángeles. Era obvio. Pero nunca, nunca me había olvidado de aquel chico del instituto que visitaba nuestra casa una tarde por semana. Nunca había sentido aquellos nervios incesantes, aquella excitación pura e incontenible cada vez que los veía aparecer en nuestro salón.

Y lo más increíble de todo es que aquello se había mantenido intacto, enterrado en algún lugar de mi corazón, pero intacto.

Por supuesto que me iba a arriesgar.

Por supuesto que iba a servirle mi corazón en bandeja y apostar todo a que no lo destrozaría.

—Riley, ven aquí.

Me cogió de ambas manos y dimos unos pasos hacia la cama, por pura inercia. Mi pelo estaba húmedo y olía a cloro. Hundió sus dedos en él mientras exploraba de nuevo mi boca. Mi cuerpo reaccionó al instante. Y no, ya no era frío. No tenía frío. Estaba ardiendo.

Busqué el borde de su bañador y recorrí la cintura elástica con el pulgar. Después introduje el dedo índice entre este y su piel. Supongo que era una manera muy poco sutil de decirle que la poca ropa que nos cubría ya me sobraba.

—¿Estás lista para hacer esto? —me preguntó Jon. Y supe que si en ese momento le hubiese dicho que no estaba lista, que quería esperar, lo habría aceptado sin problemas. Pero nada más lejos de la realidad. Me puse de puntillas y lo besé de nuevo.

—Sí. Por supuesto que estoy lista —murmuré.

Jon me hizo dar unos últimos pasos hasta que me topé con el colchón. Me maravillaba ver cómo un hombre tan fuerte, con un físico tan contundente, endurecido por las inclemencias del tiempo y por los golpes acumulados, podía ser tan cuidadoso y delicado cuando me acariciaba.

Sus manos se movían sobre mi cuerpo como si lo estuviese adorando. Despacio, se desprendió de la toalla que aún me rodeaba. Después bajó el tirante derecho del bañador, lentamente, cubriendo con besos cada centímetro de piel. Acaricié su pelo y lo olí, y fui consciente de que por fin, aunque solo fuese por esa noche, Jon Halliday era mío.

Por fin.

Me apartó las manos y entrelazó sus dedos con los míos, besándome mientras lo hacía. Después llevó una de ellas a la parte interna de mis muslos, ahuecándola entre mis piernas.

—No tienes ni idea del tiempo que llevo soñando con esto —gimió suavemente en mi oído. Siguió avanzando con sus dedos, deslizándolos con delicadeza sobre la tela húmeda y elástica de mi bañador. En aquel momento el mundo exterior no significaba nada, ni Cora y su ridículo chapuzón, ni aquel hotel en medio del desierto, ni el rodaje de aquella estúpida película de Chris Beets. Sentía que el destino me había plantado allí, ese verano, para saldar una deuda pendiente con mi pasado.

Las manos de Jon removían algo en mí, algo urgente. Algo que había estado tratando de ignorar durante demasiado tiempo. Volví la cabeza para besarlo de nuevo y envolví mis piernas alrededor de él, tirando de su cuerpo y encajándolo sobre mí para poder sentir su dureza a través del bañador.

Estaba claro, no íbamos a parar. No nos íbamos a contener. Íbamos a hacerlo. Y en ese momento escuché el repiqueteo de la lluvia en la ventana exterior y sonreí.

Lluvia en el desierto. ¿Qué estaba pasando? Daba lo mismo. Era perfecto. Total y absolutamente perfecto.

Me separó las rodillas y besó la parte interna de mis muslos.

—Primero necesito tocarte, Riley. No quiero hacerte daño.

Supongo que ya habíamos creado este clima en la piscina, pero no imaginé que las cosas escalarían tan rápido. Jon deslizó dos de sus dedos sobre mi clítoris. Empezó a presionarlo rítmicamente, susurrándome cuánto me deseaba.

—Oh, dios, Jon…Oh…

Me sonrió.

—¿Te gusta esto, Riley?

Tenía la garganta seca y me mordí el labio inferior, asintiendo.

—Me gusta mucho.

Introdujo uno de sus dedos despacio, con suavidad.

—Bien, necesito abrirte un poco más, ¿entiendes?

Asentí, mis pechos rebotaron cuando comenzó a tocarme con los dedos más profundamente. Cuando quise darme cuenta estaba meciéndome con fuerza sobre su mano. Su boca empezó a recorrer mi piel, bajando hasta mi entrepierna. Combinó los dedos con su lengua. Jon empezó a saborear lo mojada que estaba. Obviamente por su culpa, por lo que me estaba haciendo.

—Oh, dios mío, Jon, voy a…voy a…-

Cerré los ojos con fuerza mientras el orgasmo más delicioso me recorría. Nunca me había sentido así. Nunca fue tan profundo. Tan desesperado. Tan… completo.

Me aferré a él con fuerza.

—Necesito más— susurré—. Te necesito, dentro de mí.

Besó mis labios y fue como si me disolviera debajo de su cuerpo.

—Dios, eres una delicia— dijo, pasando sus manos sobre mis pechos desnudos, ahuecando de nuevo mi coño mojado. Me atrajo hacia sí mientras se movía contra mí por primera vez, me mordí el labio y traté de prepararme para la sensación de estar completamente con él, a su merced, por fin.

Por fin.

Jon me besó el cuello mientras se acomodaba poco a poco en mi interior, muy despacio, permitiendo que me acostumbrase a esa sensación.

No puedo negar que en cuanto vi el considerable tamaño de su miembro pensé que sería doloroso, complicado de manejar, pero tras un primer momento de conmoción, el delicado movimiento que le imprimió hizo que se transformase en una de las sensaciones más placenteras que había experimentado jamás. Era algo dulce, pleno. Algo que hizo que cada parte de mi se sintiese viva.

Sentí que mi respiración comenzaba a volverse irregular y me moví contra él, abandonándome en este nuevo sentimiento. Y sabía, estaba convencida, de que nunca tendría esto con nadie más. Esto era para mí y para él y para nadie más, y la intimidad de saber eso hizo que mi corazón se llenara.

Me aferré a su cuello y su torso y lo atraje hacia mí aún más. Quería sentir toda la magnitud de su cuerpo, duro y flexible. Toda la piel que me cubría era extremadamente sensible a su tacto, a su incipiente sudor, a su olor intoxicante y perfecto.

Jon aumentó el ritmo de sus estampidas. Estábamos en mi cama, en el hotel, y tenía al hombre con el que siempre había soñado haciendo que me estremeciese de placer.

El cabecero de la cama empezó a temblar. Dio unos toques en la pared.

—Shhhh, Jon…

—Ughhh, dios mío, Riley…

No pudimos más.

Hundió su cara entre mis pechos, buscando los pezones como si fuesen el único refresco del desierto en el que nos encontrábamos. Paseó su lengua a su alrededor y fue ahí cuando rodeé su culo con mis piernas, obligándole a llegar de nuevo hasta mis profundidades.

Puso sus manos alrededor de mi cara y me obligó a mirarle a los ojos mientras se corría intensamente. No lo hizo en mi interior, y di gracias, porque no habría sido capaz de detenerlo, sino que derramó su caliente semilla sobre mi vientre. Observé cómo el líquido viscoso se desbordaba sobre mi cuerpo, incontenible y abundante.

Jon gimió y se desplomó junto a mi cuerpo, buscando el calor bajo mis brazos.

CAPÍTULO 7

JON

Entendía perfectamente las dudas silenciosas de Riley. Había pasado una semana desde nuestra primera noche juntos, en la habitación de su hotel, y el rodaje avanzaba por el momento sin incidentes.

Yo había entrado en acción en tres ocasiones, concretamente en los momentos en los que la agente de Chris Beets consideró que era mejor que su actor no se arriesgase en sendas escenas de luchas cuerpo a cuerpo, tres o cuatro saltos en un cañón del desierto, y un ridículo conflicto con un coyote.

En todos los casos vi a Riley, desde la distancia, preocupada, fuera de la caravana donde estaba el equipo de maquillaje y peluquería. Obviamente yo apenas necesitaba sentarme en su sillón, pues mi cara no se iba a ver en la pantalla. Solo pasaba por allí para curarme los rasguños y para algún que otro beso furtivo.

Pasamos juntos todas las noches que siguieron a la primera, en su habitación o en la mía, en los brazos del otro. No volvimos a bañarnos en la piscina porque nuestro día estaba demasiado ocupado y Cora Sterling había arruinado nuestro secreto nocturno. El acceso al recinto que habíamos burlado en esa primera noche estaba desde entonces cerrado.

Sentía la hostilidad de Chris Beets, por supuesto que la sentía. Y aunque Riley no quiso hablar de ello en ningún momento —esquivó siempre el tema—, él ya se había encargado de decirme, en uno de nuestros ratos muertos, que había existido algo entre ellos en el pasado, cuando él aún no era nadie en Hollywood.

Yo sospechaba que era algo nimio, ridículo, tal vez unas palabras o un breve momento de flaqueza. Quería pensar que no, que no había sucedido, que Riley no había llegado hasta el final con el imbécil de Beets. No podía saberlo a ciencia cierta, pero sí era algo que pertenecía a su pasado y que yo no tenía derecho a remover.

Beets, por suerte, encontró otras maneras de sembrar la discordia en el set de rodaje que no tenían nada que ver con Riley ni conmigo. Todo el mundo era consciente de su mezquindad, pero el muy cabrón tenía la capacidad de convertirse en el actor perfecto en cuanto el director gritaba “acción”.

Una mañana fui consciente de que nos quedaban apenas diez días de rodaje. Las escenas finales de la película nos iban a llevar más tiempo, debido a su complejidad técnica.

En una de las pausas me acerqué a la caravana de Riley. Madrugábamos mucho y rodábamos hasta el anochecer, evitando por lo general las horas centrales del día.

La encontré absorta, limpiando sus pinceles con sumo cuidado.

Me acerqué por la espalda y rodeé su cintura con mis brazos. Me lancé a besar su cuello.

—Se me ha ocurrido una idea —le dije—. Y creo que es brillante.

Se giró en mis brazos para mirarme. Sus labios sonreían, pero podía apreciar un destello triste en su mirada. Aquello me puso en alerta. *¿Por qué, Riley?*

—Cuéntame esa idea.

—Unas vacaciones. Tú y yo. En cuanto acabemos.

No dijo que sí enseguida.

—¿Sabes que iba a irme de vacaciones cuando me llamaron para este rodaje? Tuve que cancelarlas, así, a última hora.

—Oh. ¿Dónde pensabas ir?

—A Europa. Con unas amigas.

—Tienes pensado…¿Retomar ese viaje?

Negó con la cabeza.

—No, ya no es posible. Me han llamado de la agencia de representación. Me temo que tengo otro rodaje. Y que prácticamente voy a encadenar con este. En Florida.

Resopló.

Creí adivinar de dónde provenía su tristeza. Hice un soberano esfuerzo por alegrarme.

—Eso es estupendo, cariño.

Me miró. Era la primera vez que pronunciaba esa palabra, que me refería a ella con alguna palabra que no fuese su precioso nombre. Riley. ¿Tenía derecho a llamarla así? ¿Sin haber hablado con Billy? ¿Sin haber tenido una conversación que la tranquilizase, que sentara las bases de lo que iba a ser nuestra relación después de aquel desierto?

Apoyó la frente sobre mi hombro y la abracé.

—¿Qué sucede, Riley?

—Hoy estoy triste, es todo. Recibí esa llamada hace un par de horas y me vine abajo. Porque necesito el trabajo y siento que no puedo rechazarlo. Pero también soy consciente de que eso nos separará de nuevo. Supongo que no podemos tenerlo todo.

La abracé.

—Oh, Riley. No quiero que te preocupes por eso ahora. Te garantizo que vamos a encontrar una solución.

Noté cómo la camiseta sobre mi hombro quedaba empapada. Las lágrimas de Riley. Aquello me destrozaba, me bloqueaba. Las limpié con la yema de los dedos mientras buscaba a toda velocidad algunas palabras que pudiesen aliviarla.

No las encontré. No quería mentir.

Y no, no lo dije. No dije “yo iré a Florida” a pesar de que tenía esas semanas libres. Mi esperanza hubiese sido que ella quisiera acompañarme a mis montañas, pero no iba a pedirle que renunciase a un trabajo.

En ese momento alguien llamó a la puerta de la caravana. Riley dio dos pasos atrás, aunque le iba a ser muy difícil disimular su disgusto.

—¿Se puede?

Era Alice.

No sé si se sorprendió al verme allí. En todo caso, no dijo nada. Había una alta posibilidad de que todos nuestros compañeros hablasen de lo que estaba sucediendo entre nosotros, de nuestro improbable reencuentro; pero al menos eran discretos y no mencionaron nada sobre el incidente de la piscina, o sobre por qué, siempre, una de nuestras habitaciones quedaba vacía todas las noches.

Alice parecía algo agitada.

—Necesito resguardarme un poco —nos dijo—. No os lo vais a creer.

Supongo que "resguardarme" era una palabra clave que significaba "esconderme", que nadie me encuentre. Al menos durante un rato.

Alice se sentó en uno de los sofás y hundió el rostro entre sus manos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Riley.

—Es Cora. Ha desaparecido.

—¿Qué?

—Como lo oís. A nuestra coprotagonista se la ha tragado la tierra. Debería rodar dos escenas esta tarde y nadie tiene la menor idea de dónde está. Se ha esfumado.

—¿Cómo es eso posible? —pregunté.

Riley se había acercado discretamente a uno de los espejos y aplicó un poco de colirio en sus ojos.

—Nadie la ha visto desde anoche —insistió Alice.

—¿Y no le habéis preguntado a Beets?

—Hemos preguntado a todo el mundo, Jon. Tiene el teléfono apagado. No ha contactado con su agente, no sabemos nada. Estoy debatiendo con David y con Rochelle si debemos o no llamar a la policía. Yo digo que sí. Él y Beets dicen que exagero. Que esperemos al menos veinticuatro horas.

—Eso es un mito —dijo Riley—. Lo de las veinticuatro horas, me refiero. Si es una desaparición sospechosa hay que llamar enseguida.

—Chicas…¿no estamos exagerando? Cora no puede haberse esfumado. ¿No está en el hotel?

Alice se hundió un poco más entre los cojines del sofá. Tenía un gran problema. Podía decirse que ella era nuestra "canguro". Su principal cometido era que los actores estuviesen donde tenían que estar a la hora que se les requería.

—¿Y qué pasa si no aparece? —preguntó Riley, como si esa fuese una posibilidad real.

—No quiero pensar en eso, de verdad. Eso significa que tendríamos que detener el rodaje. Buscar una sustituta, repetir sus escenas, yo qué sé… Hasta podríamos cancelar totalmente el proyecto. Aunque si me preguntas mi opinión, no creo que Beets permitiese eso —dijo Alice.

Todo aquello era extraño. Mucho. Pero con lo poco que nos había contado Alice yo ya me había formado mi propia idea.

—Chris Beets empujó a Cora a la piscina del hotel hace una semana —dije—. De noche. Ella estaba completamente vestida.

Alice me miró. De repente parecía algo más interesada en lo que yo pudiese aportar.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy convencido de que él sabe algo. Voy a pasar casi toda la tarde con él, trabajando en la escena del helicóptero. Intentaré averiguar lo que sea, aunque espero que para entonces Cora ya haya regresado.

—Me temo que todo el mundo sabe que están liados —dijo Alice—. Quiero decir, que ya no es un rumor. Es cierto.

Ni Ripley ni yo nos molestamos en hacernos los sorprendidos.

—Lo cual es un problema para la prometida de Chris Beets —añadió.

—Chris va a…¿casarse? —preguntó Riley.

—Con alguien que no es Cora, pero en fin…Hollywood.

Alice se encogió de hombros y se levantó a duras penas del sofá.

No parecía dispuesta a abandonar la caravana sin que uno de nosotros dos la acompañase. Como si tuviese la intención de no dejarnos solos nunca más.

Le lancé una mirada a Riley. Intenté que fuese cómplice, reconfortante. No sé qué entendió ella, pero supe al instante, antes de volver bajo el sol abrasador del desierto de Arizona, que su tristeza no había desaparecido.

CAPÍTULO 8

RILEY

No hacía falta que Jon fuese explícito con ello. A esas alturas del rodaje yo ya intuía que lo nuestro era un escarceo temporal, que habíamos saldado nuestra eterna cuenta pendiente y que ni siquiera iba a ser necesario hablarle a mi hermano Billy de este inesperado reencuentro.

Estaba triste y no podía disimularlo, y él tampoco había podido hacer nada al respecto. Su atención hacia mí no había disminuido, más bien al contrario. Dormíamos juntos todas las noches, y él se escapaba a verme durante el día cuando ambos teníamos unos minutos libres.

En mi cabeza buscaba soluciones a un problema que no existía en el presente. Nuestra separación inminente. El momento en que tuviésemos que despedirnos, el día que yo regresara con Alice a Los Ángeles —teníamos pasajes de avión de vuelta en el mismo vuelo, junto con otros miembros del equipo— y Jon se marchase a sus montañas. Me estaba pre-preocupando. Así, tal cual. No era extraño en mí. Y me fastidiaba no poder irme de vacaciones con él.

Y luego estaba lo de Cora y su extraña desaparición.

Sinceramente, no le había prestado mucha atención después del incidente de la piscina. No tenía tiempo para las desviaciones de los actores. Su desaparición era extraña, sí, pero no inquietante. Cora no era una mujer equilibrada precisamente. Alice me había confesado que no era la primera vez que abandonaba un rodaje, que el director sabía muy bien de su pasado problemático y de su complicada relación con Chris Beets. Por eso no se habían encendido del todo las alarmas.

Esa tarde le dije a Alice que me iría un poco antes al hotel. Terminaría de maquillar a Beets y me iría a Flagstaff con dos de los miembros del equipo de iluminación. No me iba a quedar a esperar a Jon. Iba a intentar disfrutar un rato de la piscina —en horario legal— y leer. Ocupar mi mente con algo que no fuese la huracanada historia en la que me había metido.

Alice asintió cuando le dije que me largaba, pero creo que en realidad no me estaba escuchando. Tenía otras preocupaciones mucho más urgentes.

—Sí, tranquila —me contestó, revisando por enésima vez su libreta de producción—. Hoy ya no te necesitamos. Y en todo caso Asha podría ocuparse de hacer algún retoque. Necesitas un descanso, Riley. Son millones de horas aquí…

Le toqué el brazo.

—Tú también necesitas un descanso.

—Cuando Cora aparezca y termine este condenado y abrasador rodaje me caeré muerta en mi cama y descansaré eternamente.

Me reí.

—¡No seas macabra, Alice!

Media hora antes de volver al hotel en una de las furgonetas de producción, Chris Beets volvió a la caravana de maquillaje y peluquería para un último retoque. En condiciones normales lo habría hecho fuera, en el exterior, pero el sol aún era de justicia.

Se sentó delante del espejo y me miró única y exclusivamente a través del reflejo.

—Riley…oye… ¿sabes qué? Sigue en pie. Mi invitación del otro día.

Me afané para terminar pronto con él. Acentué las manchas de grasa en su rostro según indicaba el guión y difuminé los brillos. Ignoré su propuesta por enésima vez.

—¿No estás preocupado por Cora?

—Cora aparecerá cuando menos la esperemos.

Sonrió.

—¿Por qué estás tan seguro?

—La conozco bien.

Se me daba fatal eso que Jon había sugerido solo un rato antes. Tratar de sacarle información. Seguro que él lo hacía mucho mejor que yo.

—¿Sabes qué? Yo también me marcharé antes hoy —me dijo.

—¿A qué te refieres?

—Vuelves ya al hotel, ¿no? He oído como lo comentabas con Alice. Yo también volveré un rato antes y Halliday y el resto se quedarán terminando la escena. Necesito un descanso también.

¿Por qué, Dios mío, por qué no me deja en paz? ¿Por qué no soy invisible para él de una vez por todas?

Al ver que no respondía, Chris se levantó del sillón a pesar de que yo no había terminado con él del todo.

—Piénsalo, Riley. Si tú quieres, podemos retomarlo exactamente donde lo dejamos aquella vez en Hollywood Hills. No es necesario que te conformes con mi doble de acción.

Sonrió. Dios, era cada vez más repugnante. Aquella pátina de soberbia me provocaba un severo rechazo, hacía incluso que no lo viese guapo. Era imposible ser guapo cuando tienes algo tan oscuro en tu interior. Y Chris Beets lo tenía. Solo podía estar agradecida de haberme dado cuenta a tiempo.

Aún así, me contuve. No le contesté como me hubiese gustado si hubiésemos estado en cualquier bar del Downtown Los Ángeles. No quería crearme problemas. Si todo iba bien y Cora aparecía, terminaríamos aquella maldita película en una semana e intentaría cuidarme de no volver a coincidir con él en otro trabajo.

—Estoy bien, gracias —contesté—. Cansada. Como todos, supongo. Aprovecharé que mi turno termina pronto hoy para retirarme al hotel a descansar.

Se encogió de hombros y sonrió de forma enigmática.

—Tú misma.

Beets abandonó por fin la caravana y yo me apresuré a recoger mis cosas. También limpié mi material y lo dejé listo para el día siguiente.

Cuando llegué al hotel me fui directa a la habitación, a pesar de que los chicos del equipo técnico me propusieron ir a tomar algo con ellos en uno de los bares del pueblo. Rechacé la propuesta con cortesía. Me apetecía estar sola. Llevaba días rodeada de gente. Solo me apetecía estar con Jon, y eso, inevitablemente, me provocaba cierta melancolía al recordar que solo nos quedaban unos días de rodaje.

Cuando llegué a la habitación me asomé a la ventana. La piscina del hotel estaba desierta. Eran las ocho menos cuarto de la tarde y permanecería abierta unos cuarenta y cinco minutos

más. Decidí darme un chapuzón.

A toda prisa me puse el bañador y bajé.

Me metí en el agua y floté un rato, sin nadar, tratando de relajarme y de desprenderme de aquella temperatura recalcitrante que se había instalado en mi cuerpo a lo largo del día.

Al cabo de unos veinte minutos, aún en el agua y probablemente con los dedos ya del todo arrugados, uno de los trabajadores del hotel atravesó la zona de la piscina para dirigirse a las puertas correderas que comunicaban con el comedor. Lo reconocí enseguida. Era el recepcionista del turno de noche que nos había echado a Jon y a mí. Me saludó. Parecía simpático. Entonces se me ocurrió algo.

Salí del agua, cogí la toalla que había dejado sobre la hamaca más cercana y me acerqué a él.

—¿Qué tal el día? —me preguntó—. Eres una de las actrices, ¿verdad?

—Oh no, no. Soy maquilladora.

Sonrió. Deslizó la mirada hacia el suelo, para levantarla de nuevo acompañada de una sonrisa. Era muy joven, tal vez estaba en su último año de instituto, pero eso al parecer no le impedía coquetear.

—Pues jamás lo hubiese dicho. Pareces una actriz.

—Te aseguro que si intentase mentir se me notaría a la legua. ¿Te importa si te pregunto algo?

—Claro. Adelante.

—Una de nuestras actrices, Cora Sterling…¿sabes quién es?

El chico asintió.

—Perdona, ¿cómo te llamas?

—Alex.

—Yo soy Riley. Te decía, sobre Cora…¿sabes si ha ido alguien a la recepción preguntando por ella?

Dudó un instante antes de contestar.

—Sí, ayer. No la encontraban por ningún sitio, creo.

—Bueno, Cora sigue sin aparecer.

—¿Eso es en serio?

—Totalmente. Lo cual es un problema. No hemos terminado de rodar sus escenas. Lo que imagino es que, a estas alturas, alguien os habrá pedido permiso para entrar en su habitación, ¿no? Más que nada para asegurarnos de que no se ha ahogado en la bañera o algo por el estilo. Cora no sabe nadar…ya lo viste el otro día.

El recepcionista me miró con cara de pánico.

—Pues, ehhh… no lo sé. Supongo que así ha sido. Pero la verdad es que yo solo vengo aquí por las noches. Es un trabajo que compagino con los estudios…Así que a veces no me entero de todo lo que sucede en el hotel.

El chico se giró. Parecía dispuesto a incorporarse a su sitio detrás del mostrador de recepción, y en todo caso no parecía muy seguro de poder contarme mucho más. Yo, por mi parte, tenía algo en mente.

Mientras estaba allí, en el agua, flotando con la mirada fija en el cielo azul del desierto de Arizona, se me había ocurrido algo. Y supongo que el escenario tenía mucho que ver. Era allí donde había presenciado aquella extraña escena entre Chris Beets y Cora. No conocía la naturaleza de su relación. Estaba claro que de existir, era un secreto a voces. No tenía ni idea de quién era la prometida de él, ni si Cora y él se conocían desde hacía tiempo o habían conectado en aquel rodaje.

—Necesito que me hagas un favor —le dije a Alex el recepcionista.
Me miró con curiosidad.
—Claro. ¿Qué sería?
—He de entrar en la habitación de Chris Beets —contesté—. Y debo entrar ahora.

CAPÍTULO 9

RILEY

Avancé con mucho sigilo por la planta noble del hotel. Era la zona donde se encontraban las cinco *suites* que ocupaban los actores principales, el director de la película, y dos de los productores ejecutivos que se dejaban caer en días aleatorios.

No había sido fácil conseguir aquella llave. Claro que no. Había tenido que rogarle al recepcionista y justificar con cuidado lo que pretendía hacer. Le dije la verdad, lo que sospechaba. Él contestó que en ese caso lo que deberíamos hacer era llamar a la policía. Debatí con él durante unos minutos y le hice ver el escándalo que supondría para la productora de la película que algo así saliera a la luz, de ser verdad.

—Solo serán unos minutos. Nadie lo sabrá. Es mi responsabilidad y si por cualquier motivo alguien me pilla, tú no has tenido nada que ver con esto —le aseguré.

El chico se encogió de hombros.

—¿Sabes qué? En realidad este no es precisamente el trabajo de mi vida.

Y fue así como conseguí que me prestase una llave magnética que me daría acceso a la *suite* en la que se alojaba el mismísimo Chris Beets.

Giré a la derecha y, al fondo del pasillo enmoquetado, ubiqué la habitación número 404. Me acerqué a ella, miré atrás para asegurarme de que no había nadie más allí —lo cual era poco probable, pues se acercaba la hora de la cena y Beets aún estaría en el set de rodaje— y apoyé la oreja sobre la madera de color blanco. Agucé el oído.

No oí nada.

Acerqué la tarjeta magnética que el recepcionista nocturno me había facilitado, bajo juramento de no revelar jamás su nombre, pero me detuve en el instante antes de oír el clic.

¿Estaba segura de querer seguir adelante con aquello? Tenía otras cosas en las que pensar, empezando por tratar de adivinar qué pasaría conmigo y con Jon; si es que eso tenía algún sentido. O si merecía la pena después de todo.

Abrí la puerta.

Ese fue el momento exacto en el que fui consciente de que podía meterme en problemas. Si daba un paso adelante, si entraba en una habitación de hotel que no era la mía… Existía la posibilidad de que me despidiesen de manera fulminante, de que no volviese a trabajar jamás en ningún rodaje de Hollywood. *Tal vez tu inconsciente busca precisamente eso, irte con él a sus montañas,* pensé.

Di un paso. Dos.

Entré en la habitación de Chris Beets.

Las ventanas estaban cerradas.

Allí dentro hacía un calor seco y asfixiante. Era como si aquellas estancias no formasen parte del resto del hotel. Las paredes eran de color anaranjado y la luz se colaba a duras penas entre unas cortinas pesadas y opacas.

Me desplacé por las amplias habitaciones, en dirección al dormitorio, o donde creía que se encontraba el dormitorio. En todo caso caminaba en dirección a la luz natural, pues no quería encender los interruptores.

Fue allí donde la vi.

Sobre la cama.

Completamente vestida.

Y atada. Amordazada.

Cora Sterling convertida en una cautiva, encarnando una nueva broma macabra. Estaba sentada sobre las carísimas sábanas de la *suite*, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

—Oh, ¡dios mío! —exclamé.

Cora gimió a través del trapo que alguien le había puesto en la boca. Me acerqué a ella. Agitó los brazos, y lo interpreté como un signo inequívoco de que quería ser desatada. No entendí cómo Beets se apoderaba siempre de los papeles de héroe cuando en la vida real era un auténtico villano. No tenía dudas de que él estaba detrás de esto.

La desaté a toda prisa. Beets —supuse— había utilizado dos pañuelos. En cuanto una de sus muñecas estuvo libre ella misma se retiró la venda que le cubría la boca. Respiró intensamente, como si en algún momento le hubiese faltado el aire y estuviese a punto de desfallecer.

—¿Estás bien?

Cora asintió.

Me llevé la mano al bolsillo trasero del pantalón y saqué mi teléfono móvil.

—Voy a llamar a la policía.

—¡No! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? Todo el equipo de producción te ha estado buscando desde ayer. ¿Beets te tenía encerrada en su habitación? ¿Atada a su cama?

—Yo…yo…le di permiso para hacerlo. No quiero que llames a la policía. No quiero que llames a nadie, de hecho.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Has perdido el juicio, Cora?

Miré distraídamente las sábanas. Estaban húmedas. Se había hecho pis encima.

Se puso en pie a toda prisa.

—Era un juego, ¿vale? Algo privado entre Chris y yo. Puede que se nos haya ido un poco de las manos, pero lo cierto es que nadie te ha pedido que entres aquí, invadiendo la intimidad de uno de tus compañeros de trabajo. No creo que a Chris le haga gracia cuando se entere de esto. Si se entera. Vamos a intentar que no sea así.

Parpadeé. No daba crédito.

—Muy bien —contesté—. Entonces, ¿quieres que te ate de nuevo?

—¿Cómo?

—Cuando Chris vuelva del set vendrá aquí directamente. Ya sabes que no le gusta mezclarse demasiado con el equipo en sus ratos libres. Y verá que no estás.

—Pensará que me he desatado yo solita.

Se levantó de la cama a toda prisa. Cora puso sus manos sobre mis hombros.

—Dejémoslo aquí, ¿vale? No dirás nada. Y yo no diré nada.

—Te han estado buscando, Cora. La productora está a punto de llamar a la policía para denunciar tu desaparición.

—Es Alice, ¿verdad? No te preocupes. Me pondré en contacto con ella. Enseguida.

Esbozó una sonrisa falsa y apresurada, y acto seguido, abandonó la suite de Chris Beets a toda prisa.

Cora no me dio las gracias por liberarla.

Miré a mi alrededor, tratando de asimilar el aire viciado de aquella habitación. ¿Qué debía hacer? ¿Echar un vistazo por si encontraba algo más? Lo primero que pensé fue que debía salir de allí, llamar a Jon o a Alice. Ellos sabrían qué hacer. No más que yo, supongo, pero lo que en el fondo deseaba era que compartieran aquel secreto que no pensaba guardarme, repartirlo entre varias conciencias.

Miré los pañuelos con los que Chris había atado a Cora y que ella había dejado sobre la cama. ¿De qué iba todo aquello? No me había creído ni una sola de sus palabras.

Salí del dormitorio y crucé el salón de la gran *suite* que ocupaba Chris. Entonces fui consciente de las profundas ganas que tenía de estar en casa, de que tal vez aquel no era el trabajo de mis sueños. Que aquella había sido la última vez que había ido al desierto en pleno verano y que solo había sucedido porque allí me reencontraría con Jon Halliday.

Supongo que nunca pensé que no salir de allí era una posibilidad real.

Me refiero a la habitación.

Porque Chris estaba en la puerta de la *suite*, cerrándome el paso. No parecía sorprendido en absoluto.

Me agarró en volandas y me introdujo de nuevo en sus dominios. Ni siquiera tuve tiempo de gritar.

CAPÍTULO 10

JON

Supongo que en los últimos años mi trabajo me ha dotado de un sexto sentido para detectar el peligro. Intuí que algo iba mal en cuanto llegué esa noche al hotel.

Riley no estaba en su habitación.

Tampoco era frecuente que estuviese allí justo después de la cena, pues normalmente nos quedábamos charlando un rato en el vestíbulo o en el bar del hotel con Alice o con algún miembro de equipo.

Pero esa noche no estaba en ningún sitio. Ni en el comedor. Ni en los cómodos sofás de la entrada, ni en la piscina, ni en su habitación. Y por descontado, tampoco en la mía. De repente la idea de pasar una noche sin abrazarla me provocó un intenso agobio.

Di unas cuantas vueltas por el hotel. Alice había llegado hacía un rato y estaba hundida en uno de los sofás, exhausta pero aliviada tras la aparición de su actriz principal.

—¿Has visto a Riley? —le pregunté.

Apartó un segundo la vista de su teléfono móvil.

—No me digas que ahora ha desaparecido ella.

Me encogí de hombros. Si era una broma, no me hacía demasiada gracia.

Más bien ninguna.

Según tenía entendido, Cora Sterling había dado señales de vida hacía un par de horas. Al parecer la explicación que dio respecto a su ausencia había sido vaga e inconexa y a decir verdad, no presté ninguna atención cuando me llegó la noticia, mientras regresaba del set de rodaje un poco dolorido por una caída algo extrema.

Lo único que quería era acurrucarme en los brazos de Riley esa noche, acariciar su melena y asegurarme de que no se preocupara. Había tomado varias decisiones ese día y la más importante era que me iría con ella. A Florida o a donde hiciese falta. No estaba dispuesto a separarme otra vez de Riley. Había tenido que ir hasta aquel maldito desierto para encontrarme de nuevo con la chica que nunca olvidé y renunciaría a todo lo que fuese necesario para seguir a su lado.

Y exactamente así se lo diría.

Pero primero debía encontrarla.

Di unas vueltas más por el hotel. Recorrí todas las plantas, fui de nuevo al comedor, donde algunos miembros del equipo se habían reunido para cenar. David, el director, en cuanto me vio, levantó la mano. Me acerqué a la mesa.

Si aquello fuese un banquete de bodas esa mesa sería donde se sientan los novios y sus padres.

—Siéntate un rato con nosotros, Jon.

—Ahora no puedo, estoy buscando a Riley. ¿La has visto?

—A Riley…

—La maquilladora.

David me devolvió media sonrisa.

—Todo el mundo aquí sabe quién es Riley…

No entendí exactamente qué quería decir con eso, pero me quedaron dos cosas claras después de aquel breve intercambio: que debía proteger a mi chica a toda costa y que alguien muy específico no estaba sentado en aquella mesa. En la mesa en la que nunca faltaba. Y ese alguien no era otro que Chris Beets.

Me excusé y desaparecí de allí a toda velocidad. Di un par de vueltas más por todo el recinto del hotel y por sus exteriores. Localicé al grupo de técnicos con los que Riley se había desplazado de vuelta a Flagstaff, pero nadie sabía nada de ella. Solo uno de ellos me dio una pista:

—Yo la vi en la piscina, hará un par de horas, charlando con el recepcionista. Pasé por allí para recoger algo de mi habitación.

—¿Qué recepcionista?

—El chico que está por las noches. Creo que acababa de empezar su turno.

Murmuré un "gracias" y me dirigí a la recepción. El chaval, Alex, según indicaba la placa que pendía del bolsillo de su camisa, miraba su móvil, distraído.

—Estoy buscando a Riley.

Levantó la vista en cuanto oyó su nombre.

—Ah, sí. La vi hace un rato, en la piscina —me dijo.

Sabía perfectamente de quién le hablaba.

—Bien. La estoy buscando y no la encuentro por ningún sitio.

Respiró hondo.

—¿Crees que está bien?

—Es lo que estoy tratando de averiguar. Uno de los técnicos me ha dicho que te vio hablando con ella.

—Hace un rato. La vi en la piscina.

—¿Te dijo si iba a algún sitio?

El chico miró a izquierda y derecha, para asegurarse de que estaba solo.

—¿Puede Riley confiar en ti?

—¿Cómo?

—Ella. ¿Eres de fiar?

—Por supuesto.

Bajó la voz:

—Me pidió una llave magnética. De una habitación. Se la dejé con la condición de que no contase jamás cómo la había obtenido.

—Qué habitación.

—No estoy seguro de si debo…

—Habitación —repetí.

Mi voz sonó autoritaria.

—Cuatrocientos cuatro. Una de las *suites.*

—¿Quién se aloja ahí?

—Chris Beets.

Eran solo dos sílabas y creo que ni siquiera llegué a escuchar la segunda. Salí disparado

escaleras arriba, en dirección a la última planta. Me precipité sobre la puerta. Tenía un mal presentimiento. La golpeé.

—¡Beets! ¡Ábreme!

Pegué la oreja a la madera y traté de escuchar. No había ni un ruido al otro lado. Volví a golpear, porque aquello no podía llamarse simplemente "llamar" a la puerta. Era imposible que, si había alguien dentro de esa maldita habitación, no me hubiese oído.

—¡Beets! ¡Maldita sea!

Fue entonces cuando oí un gruñido lejano. Volví a aguzar el oído y traté de concentrarme. No sonaba al otro lado de aquella pared, era algo más lejos. Pensé a toda prisa, debatí conmigo mismo, si debía regresar a recepción y pedir que alguien me abriese aquella puerta.

No, puede ser tarde.

No lo pensé más.

Di tres pasos atrás y propiné una patada a aquella maldita puerta. La cerradura saltó por los aires.

Odié lo que vi.

En el fondo, pasadas las grandes puertas correderas que comunicaban con el espacio donde estaba la cama, estaba mi chica, privada de libertad. Vestida, amordazada.

Y delante de ella, entorpeciendo mi camino y de espaldas a mi furia, Chris Beets permanecía sentado en una silla, encarando aquella maldita cama. Los ojos de Riley estaban bañados en lágrimas. Gimió al verme.

—¡Riley!

Me lancé sobre él como una bestia herida de muerte y sin nada que perder. Chris Beets no tuvo tiempo de reaccionar a lo que le vino encima. Tampoco sé qué hubiese pasado si de repente aquella maldita habitación no se hubiera llenado de gente. Ni siquiera los reconocí a simple vista, tan ocupado como estaba en golpear a Chris.

Entraron allí el joven recepcionista del turno de noche, David, el director de la película y dos técnicos de iluminación con los que había hablado brevemente el día de mi llegada. Incluso a cuatro hombres les resultó difícil separarme de él.

—¡Para ya, Jon! ¡Lo vas a matar! ¡Ya es suficiente!

Solo cuando consiguieron apartarme de él, reaccioné. Miré a Riley. Aún estaba privada de libertad. Corrí a desatarla.

—¡Dios mío, Riley!

Riley gimió. Tenía el rostro enrojecido y sudoroso. Aquella visión horrible me perseguiría hasta el resto de mis días, aunque ya tenía muy claro que jamás iba a permitir que nada así le volviese a suceder.

La desaté y la estreché entre mis brazos.

—Jon…—murmuró mi nombre de una forma que me conmovió, como si mi sola presencia la sanase.

—Vámonos, Riley. Nos vamos de aquí.

Aún no sé explicar lo que hice, lo que Riley y yo hicimos. La cogí en brazos, ignorando mis heridas superficiales, y la llevé a su habitación, donde recogimos sus cosas. Ignoré también las llamadas de David, de Rochelle, del director del hotel. Habían llamado a la policía, se habían llevado a Beets por retención ilegal y querían saber si pensábamos presentar cargos.

No los oía.

Y en todo caso eso no era algo que debía decidir yo.

No le había hecho nada más a Riley. Nada más que atarla y asustarla, me refiero. Lo

suficiente como desear aniquilarlo.

Así no acaba esta historia de terror.

Más bien diría que *así empieza nuestra historia de amor*.

Huyendo de un hotel maldito en mitad de la noche. Con mi amada conmocionada, pero entre mis brazos, con su cabeza apoyada en mi hombro mientras conduzco, conduzco durante días hasta mis montañas de Colorado y la aparto de los monstruos que la amenazan.

—Riley. Despierta, cariño.

Ni siquiera sabía cuántas horas había conducido. Le había pedido prestado el coche de producción a Alice. El SUV en el que nos trasladábamos al set de rodaje de la película maldita que jamás nadie vería. Prestado es una forma de hablar, supongo.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete.

Me sonrió. Se refugió junto a mi brazo derecho, mientras yo luchaba contra las irrefrenables ganas de detener el coche en la cuneta, besarla y abrazarla. Y decirle, una vez más, que mientras ella quisiera yo estaría a su lado.

—¿Quieres que conduzca yo un rato? —preguntó.

—Nah. No hace falta, estoy bien. ¿Qué te parece un buen desayuno? Ahí. Fruta y tortitas.

Señalé los carteles que advertían del desvío de un restaurante gigantesco.

—Y un café enorme —añadió.

A esas alturas yo ya sabía que hablar de comida venía acompañado de una sonrisa instantánea en su rostro.

Riley no había hecho preguntas.

Había aceptado mi ayuda y agarrado la mano que le tendí con fuerza. Supongo que había entendido lo que yo ya sabía. Todo estaba bien si estábamos juntos. Incluso dejarlo todo atrás y huir hacia mis montañas. Huir de todos los Chris Beets de este mundo.

Me agarró la mano sobre el acelerador.

Riley sonrió y me besó bajó los primeros rayos del amanecer.

EPÍLOGO

Dos años después

JON

Respiré hondo. Me recreé en el aire fresco de la montaña. Estaba de pie, nervioso, delante de nuestra casa, algo tenso, con las manos en los bolsillos. Estaba esperando a Riley.

A veces recordaba aquel desierto en el que nos encontramos y miraba alrededor. Entonces alucinaba. ¿Cómo podían cambiar tanto las cosas? Allí jamás hacía calor.

Riley había estado fuera de casa toda la mañana. Yo había intentado convencerla para que fuese paciente y mirásemos las notas juntos, por Internet. Pero ella lo tenía claro:

—Voy a necesitar tu apoyo de inmediato si no he aprobado ese maldito examen, Jon, pero creo que prefiero esperar las notas con mis compañeras. Esperaremos sentadas cerca del tablón de anuncios como unas crías.

Esa mañana se había marchado emocionada y nerviosa. Quise pensar que no había respondido a mi mensaje porque me traía buenas noticias. Finalmente, vi el coche. El mismo SUV que nos llevamos del rodaje en Flagstaff y que jamás devolvimos.

Riley salió del coche. Le brillaban los ojos. Soltó una risita histérica y asintió.

Corrí hacia ella. A besarla, abrazarla y felicitarla.

—¡Felicidades, cariño! Sabía que lo conseguirías. No podía ser de otra forma.

—Oficialmente graduada. Lo hice, Jon. Ya soy profesora de arte.

Sonriendo, me rodeó con sus brazos.

—Esos niños van a tener mucha suerte. Vas a ser su profesora favorita. ¿Has pensado en cómo vamos a celebrarlo? —le pregunté.

Riley asintió.

—Pizza.

Me reí.

—Pensé que te apetecería algo más…sofisticado.

Me besó.

—Ya tengo todo lo que me apetece, Jon Halliday.

Caminamos por el camino de grava de entrada a nuestra casa. No está nada mal, pero lo mejor es el paisaje, las cumbres nevadas que vemos todos los días. Tiene ventanales y un *jacuzzi* en la parte de atrás donde Riley y yo pasamos la mayor parte de nuestros fines de semana. Y entre semana también, si puedo salirme con la mía.

Yo también he trabajado duro en los dos últimos años. Abandoné el cine y me concentré en mis clases de artes marciales. Hace unos meses inauguré mi propia escuela.

Al igual que Riley, nos alejamos de toda esa toxicidad de Hollywood, principalmente porque Chris Beets volvió al trabajo al cabo de poco tiempo.

Tras un par de semanas en prisión consiguió librarse de cualquier condena relevante, gracias al meticuloso trabajo de uno de esos abogados-tiburón que campan por el sector.

Cora Sterling no quiso testificar a favor de Riley, a pesar de que ella sufrió el mismo secuestro solo unas horas antes. Sabemos que a día de hoy siguen juntos, en una pseudo relación turbulenta. David y Alice sí trataron de ayudarnos, pero sirvió de poco.

En fin…

Qué poco nos importa ya.

Miré a Riley y besé su sien. Qué orgulloso estaba de ella. Por todo. Por cómo había superado aquella situación injusta y maquiavélica, por cómo había luchado por defender lo nuestro, una relación improbable y construida sobre un cimiento tembloroso que nos había costado estabilizar. Por cómo había decidido dar un nuevo rumbo a su existencia, abandonar aquella vida en la carretera y retomar los pinceles de otra forma. Terminó sus estudios de Bellas Artes y se preparó a conciencia para ser profesora.

No quiere ni oír hablar de regresar a una ciudad.

Entramos en casa y me dio una botella de vino para que la abriese.

La miré.

—Cariño…¿esta? Creo que tengo una mejor. Una perfecta para ocasiones especiales.

Me dirigí a la bodega y escogí un *Duckhorn* de *Napa Valley*. Uno de los mejores vinos de mi colección.

—¿Pensaste en mí mientras esperabas las notas? —le pregunté mientras la abría.

Ella asintió y sonrió. Me quedé embobado contemplando sus ojos cargados de verdad, su boca carnosa y sensual. Estaba atrapado en aquella sonrisa, y mucho más enamorado que el día en que la vi en el comedor del hotel y supe que solo estaba allí, recibiendo los golpes que merecía Beets, para llevármela conmigo.

Había extendido una alfombra roja para Riley, directa hacia mi corazón. Ese era todo el cine que necesitábamos. Ella y yo creábamos nuestra propia película, todos los días, todos los momentos.

***

*****

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic aquí. Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

*****

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en mi página de autora de Amazon, donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha. Todas mis historias están también disponibles en papel a través de multitud de plataformas digitales.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

Millonarios de Manhattan

Millones de razones
Docenas de rosas
Altas dosis de protección
El yate del deseo
Fuego en la mirada
La rehén del millonario

No deberíamos

Algo atrevido
Algo arriesgado
Algo temerario
Algo prohibido

Hotel Paradiso

Las vacaciones que necesito
El océano que nos separa
El millonario que me espera
El náufrago que la sedujo
La estrella que se esconde
El detective que me sigue
El heredero que regresa
El mafioso que la reclama

Serie MINIS

Todo por un anillo (Minis #1)
Todo por una entrevista (Minis #2)
Todo por una tormenta (Minis #3)
Todo por una aventura (Minis #4)
Todo por una película (Minis #5)

Oficina WonderBooks

Lejos de su ambición
Cerca de tu mesa
Fuera de mi alcance
Hasta que fue inevitable

Las hermanas Alcott

Su eterna promesa
Su eterna presencia

Pasión sin fronteras

El turco
El profesor de inglés
La reportera
Mercurio retrógrado

Los hombres de la montaña
A ocho metros del leñador
A cinco minutos del guardabosques

Título independiente
La huida de Bella